HARLEQUIN

BIANCA



Cruel deseo

Lathan Tavenner pensaba que Belvia merecía ser tratada con desprecio. En un intento de proteger a Josy, su tímida hermana melliza del acoso al que Lathan la estaba sometiendo, Belvia había acabado peleándose con aquel hombre, que la consideraba injustamente una adultera sin escrúpulos. El problema era que el padre de Belvia necesitaba el apoyo financiero de Lathan para su empresa, de modo que Belvia no podía enfrentarse en un duelo abierto a aquel rico empresario.



Jessica Steele

Cruel deseo

Saga: Gemelas Fereday - 01

ePub r1.0

Capítulo 1

BELVIA aparcó el coche, entró en casa y fue directamente hacia la cocina, donde esperaba encontrar a su hermana preparando la cena.
--¿,Qué tal estaba? -le preguntó Josy nada más verla.

—Podrías acompañarme mañana y verla tú misma -le propuso Belvia. Hetty era la yegua de Josy, pero, y aunque no siempre había sido así, hacía tiempo que ésta no se atrevía a ir a la cuadra. Justo desde que Marc...

—Aún no estoy...

—Preparada. Ya lo sé, hermanita -interrumpió Belvia a su hermana melliza. Ambas se parecían mucho en algunos aspectos, pero eran muy distintas en otros-. ¿Qué hay de cena? -preguntó para cambiar de conversación.

—El plato favorito de papá.

—Huevo frito con patatas, jamón y guisantes -recitó Belvia-. Bueno, voy a ducharme y a cambiarme de ropa... Oye, ¿no tienes la impresión de que papá está planeando algo?, ¿o son sólo imaginaciones mías? -le preguntó cuando ya salía de la cocina.

—Lleva un par de días más amable de lo normal, si es que eso quiere decir algo.

—Entonces, está claro -concluyó Belvia. Sabía que su padre podía ser encantador, pero nunca sin algún motivo.

—La semana pasada me comentó que no andábamos muy bien de dinero y que teníamos que ahorrar más.

—Según él, nunca andamos bien de dinero -Belvia se echó a reír-. Gracias a Dios, mamá nos dejó unos ahorrillos a las dos para que nunca tuviéramos que pedirle nada a papá.

Belvia se fue hacia su habitación. Iba pensando que sólo había pasado año y medio desde su veintiún cumpleaños, día en que

habían heredado el dinero que su madre les había legado. De no haber sido por Belvia, Josy habría permitido que su padre le quitara su parte del dinero para invertirlo éste en su propia empresa.

—Es más probable que se lo gaste en mujeres que en la empresa -le había dicho Belvia-. Además, estoy segura de que mamá no quería que papá metiese sus avariciosas manos en nuestro dinero. Si no, habría redactado el testamento de otra forma.

—Eso es cierto -concedió Josy.

Su madre nunca había tenido independencia económica hasta que un día, cuando Belvia y Josy tenían quince años, recibió la herencia de un familiar. Para entonces llevaba demasiado tiempo casada y había aprendido a ver a su marido como la persona que era: un donjuán despilfarrador. Así, se había cerciorado de que, aun guardando un poco de dinero para sí misma, sus hijas pudieran asegurarse el futuro. Un año más tarde, falleció.

Belvia se desnudó, entró en la ducha y se mojó el pelo. No eran mellizas idénticas: ella era más alta que Josy y, si bien ambas tenían ojos marrones, piel suave y satinada y unas facciones muy delicadas, Belvia era rubia, mientras que Josy tiraba a pelirroja; había nacido diez minutos antes que aquélla, pero era tan tímida que, desde muy pequeñas, parecía claro que sería Belvia quien tendría que protegerla allá adonde fueran.

Al terminar el instituto, un instituto sólo de chicas, Josy, que no había logrado superar su timidez, le pidió a su hermana que hablara con su padre para que la dejara quedarse en casa y ocuparse de las labores del hogar.

—¿Estás segura? Sería mejor que salieras fuera y conocieras...

—¡Por favor, Bel! -le rogó Josy.

—Está bien, tranquila. Yo me encargaré de todo.

Belvia conversó largo y tendido con su padre y acabó convencida de que éste había accedido por puro egoísmo; para que alguien le hiciera de sirvienta.

Desde ese día, no había habido problemas en casa: después de recibir la herencia, Belvia aprendió a conducir, se compró un coche de segunda mano y enseñó a su hermana a conducirlo también. Josy se compró otro coche de segunda mano y empezó a pensar que por fin podría hacer realidad su deseo de tener un caballo. Belvia la ayudó a encontrar una cuadra donde guardarlo.

Salió de la ducha, empezó a secarse y sonrió al recordar lo alegre que Josy se había puesto al ver a Hetty por primera vez.

La había comprado sin discutir sobre el precio y, durante los siguientes meses, pasó todo su tiempo libre en la cuadra. Por su parte, Belvia estaba encantada en una contaduría en la que había conseguido entrar para ganar experiencia profesional.

Se dio cuenta de que, de la misma manera que su vida iba viento en popa, también soplaban nuevos vientos para Josy: un día, a la hora de la comida, la había sorprendido en la cuadra manteniendo una amena conversación con un hombre que llevaba unos pantalones de mozo de cuadra.

Estaba estupefacta, pues nunca había visto a su hermana intercambiar más de dos palabras con ningún hombre de su edad. Se alegró mucho al comprobar que Josy estaba perdiendo parte de su tremenda timidez y, cuando estaba a punto de marcharse para que su hermana pudiera seguir charlando tranquilamente con aquel hombre, ésta dio media vuelta y la vio.

—¡Belvia! -exclamó sonriente. Luego, sin vacilar un instante, le presentó a Marc.

Marc tenía veinticinco años, trabajaba en la cuadra, era francés y tan tímido como Josy. A Belvia le cayó bien en seguida, por lo atento que se mostraba con su hermana. A partir de ese día, el nombre de Marc estuvo presente en todas las conversaciones de las gemelas

—¿Quién es Marc? -le preguntó un día su padre.

—Un mozo de la cuadra. ¿Puedo traerlo a casa? -respondió para sorpresa de todos-. Me gustaría presenta...

—¡Un mozo de la cuadra! -exclamó Edwin Fereday. Nada más, pero suficiente.

Meses más tarde, a pesar de aquel incidente con su padre, Josy le dijo a su hermana que se iba a casar con Marc.

—¡Enhorabuena! -exclamó Belvia entusiasmada.

Le bastó una mirada para estar segura de que su hermana se sentía feliz-. ¿Habéis decidido cuándo? -preguntó emocionada.

—Pronto, el mes que viene.

—Entonces no tenemos mucho tiempo para los preparativos; pero nos arreglaremos. Tendré que... -Belvia miró a su hermana y se detuvo-. ¿Qué pasa?

—Es que no quiero celebrar una gran boda -respondió angustiada.

—Nadie puede obligarte a hacer nada que no quieras -comentó Belvia con tranquilidad-. ¿Prefieres que hable yo con papá? Aunque, claro, supongo que Marc preferirá hablar personalmente con él, ¿no?

—¡Qué va! Antes se moriría -contestó Josy. Luego le explicó que habían decidido casarse en secreto y marcharse a la casa de Marc en Francia a pasar la luna de miel. De vuelta, vivirían en un piso cerca de la cuadra.

—¿No quieres que papá y yo estemos con vosotros el día de la boda? -le preguntó con tacto. La idea de perderse la boda de su hermana le resultaba inimaginable.

—¡Pues claro que quiero que tú estés! Pero no él. A Marc también le incomoda su presencia, y no quiero que papá lo mire con desdén, por encima del hombro, por ser un mozo de cuadra y no un neurocirujano.

A Belvia la conmovió que Josy, a la que siempre había tenido que proteger, estuviera protegiendo a su vez al hombre con el que iba a casarse.

—¿Cuándo se lo dirás a papá? ¿Antes o después de la boda? ¿Quieres que se lo diga yo? -insistió traviesamente para provocarla un poco.

—Se lo diré yo... después. De momento le diré que me voy de vacaciones y, cuando regrese y me vaya a vivir con Marc, le pondré al comente.

—¡Ay, Josy! -exclamó Belvia emocionada-. No te imaginas cuánto te voy a echar de menos.

Sólo habían pasado tres meses de aquella conversación. Belvia despertó de su ensimismamiento al oír el coche de su padre. Había llegado pronto: tal vez tenía pensado cenar fuera; aunque, como siempre, no había avisado a Josy. Entonces recordó el día de la boda: se había pasado toda la ceremonia llorando de alegría. Pero también recordó el día siguiente, cuando Josy la llamó desolada desde Francia y le dijo que Marc se había caído mientras montaban a caballo: había muerto.

Comprendía que su hermana, después de lo que había pasado, prefiriera que su padre nunca supiese nada de la boda; así que le

dejó un mensaje a la secretaria del señor Fereday, en el que le decía que se marchaba una semana de vacaciones. Se fue a Francia inmediatamente, asistió con su hermana al funeral de Marc y luego regresaron a Surrey.

Josy volvió a casa con su familia. Como seguía muy sensible y no quería que su padre se enterara de que se había casado y quedado viuda en poco más de veinticuatro horas, decidió refugiarse cada vez más en sí misma, para aislarse del mundo exterior. Belvia empezó a preocuparse, pues, aunque Josy aparentaba comportarse con normalidad, estaba segura de que aún no había superado la trágica muerte de Marc y de que tenía que sentirse muy desorientada. El permiso que había pedido en la contaduría ya se le había acabado; pero Belvia se sentía incapaz de ir a trabajar y dejar sola a su hermana tantas horas.

—¿No vas hoy a trabajar? -le preguntó un día Josy, como si no se hubiera dado cuenta de que hacía seis semanas que no iba.

—Lo he dejado -sonrió.

—Pero yo creía que...

—No me había parado demasiado a pensar en el tipo de empresa en que me metía -afirmó quitando importancia a su sacrificio-. Voy a tomarme un tiempo hasta que sepa de verdad a qué quiero dedicarme.

—Mientras tanto, ¿te ocuparás de entrenar y montar a Hetty para que siga en forma? -preguntó Josy, que seguía sintiendo un enorme cariño por su yegua.

—Por supuesto -sonrió. No le costaba nada pasarse un rato por la cuadra; pero deseaba que su hermana la acompañara. Tenía la sensación de que Josy no aceptaría la muerte de Marc hasta que no regresara a la cuadra.

Belvia salió de su habitación y bajó a comprobar si Josy se encontraba bien. Hacía tres meses de la muerte de Marc, pero parecía que no había pasado ni un solo día.

—Si quieres, yo me encargo de freír los huevos. Arréglate un poco antes de la cena -le propuso. Josy sonrió y siguió el consejo de su hermana.

En contra de lo que había pensado, su padre no salió fuera a cenar esa noche.

—¿Has tenido un buen día en el trabajo? -le preguntó Belvia

para disimular el silencio de su hermana: hasta su padre había comentado la semana anterior que Josy llevaba unos días en los que apenas hablaba.

—Tan bueno tomo se puede esperar de un día de trabajo -respondió con amabilidad mientras Josy le ponía un plato de sopa. Belvia estaba convencida de que tramaba algo. Ojalá descubriera sus intenciones a tiempo para poder preteger a su hermana.

—¿El negocio va bien? -preguntó a sabiendas de que, según él, siempre estaban atravesando una situación crítica. Sólo pretendía que su padre no se fijara en Josy, que seguía muy ausente y abstraída.

—La verdad es que no. Aunque no hay nada que no pueda solucionarse con una pequeña inversión -respondió.

«Y ahora nos pedirá nuestro dinero», pensó Belvia mientras hacía acopio de valor para enfrentarse a su padre en caso de que fuera necesario.

—Son tiempos difíciles -comentó Belvia finalmente. Había escogido las palabras con cuidado, pues quería mostrarse firme y dejar claro que no tenía intención de ceder; pero tampoco deseaba ser cortante: podía ser que no tuviera un gran concepto de él, pero era su padre al fin y al cabo y lo quería.

—Sí, así es. Sin embargo, estoy convencido de que superaré este pequeño bache.

«Pues no será con nuestro dinero», pensó Belvia.

—Si quieres que le eche un vistazo a la contabilidad de la empresa... -le propuso para intentar desviar el cariz de la conversación, pues sabía que su padre jamás le dejaría fisgonear en sus libros de contabilidad.

—No va a hacer falta: mañana vendrá a cenar unode los empresarios más eminentes del país -anunció.

—¿Qué? -preguntó Belvia atónita. Su padre nunca invitaba a nadie a cenar; menos todavía a un eminente empresario, si es que había alguno así-. ¿Que has invitado a quién?

—A Latham Tavenner -respondió Edwin Fereday.

Belvia se quedó boquiabierta: Latham Tavenner era uno de los empresarios más prestigiosos de cuantos había oído hablar. ¿Qué relación podía existir entre aquel prohombre de los negocios y la Compañía de Productos Fereday?

—¿Y por qué va a venir aquí? -preguntó con desconfianza.

—¡Porque se lo he pedido! -espetó su padre bruscamente tras advertir el tono desconfiado de su hija.

Belvia había heredado la diplomacia de su madre y no la falta de tacto de su padre; y, de algún sitio, una cierta inteligencia:

—¿Y sabe que va a invertir en Productos Fereday? -le preguntó con gran perspicacia. Conocía demasiado bien a su padre.

—¡No, no lo sabe! -exclamó-. Todavía no. Y espero que no se lo digas. Tú sólo tienes que...

—Yo -se adelantó Belvia, que no estaba dispuesta a que ni su padre ni nadie la amenazara- no estaré en casa.

—¡Por supuesto que estarás en casa!

—No, ni lo sueñes. Kate Mitchell, una antigua compañera de trabajo, va a dar una fiesta por su jubilación. Le prometí que iría.

—Entonces tendrás que llamarla para deshacer tu compromiso.

—No, no pienso llamarla.

El señor Fereday la miró muy irritado y, de pronto, esbozó una sonrisa que no le gustó nada a Belvia.

—Está bien. Si ésa es tu última palabra, adelante. Tendremos que dejar que sea Josy quien se ocupe de nuestro invitado.

Esos eran los momentos en los que Belvia se daba cuenta de por qué su padre le resultaba tan odioso a menudo. Miró a Josy, para quien no podía haber peor noticia. No conocía a Latham Tavenner, pero no era necesario: era un hombre de gran éxito que había conocido mucho mundo. Le bastó una mirada para entender que la idea de hacer de anfitriona para aquel hombre aterrorizaba a su hermana.

—De acuerdo, me quedaré en casa -accedió. Sonrió a Josy, la cual le expresó su agradecimiento con la mirada-. ¿Y quieres que cocinemos algo en concreto para nuestro invitado?

—Me importa un rábano, con tal de que os deshagáis en atenciones -respondió.

Así que se trataba de eso. Por fin tenía claro lo que andaba maquinando su padre: necesitaba realizar una importante inversión en la empresa y, dado que los bancos no estaban dispuestos a prestarle ni un duro más, pretendía ganarse el favor de Latham Tavenner. El motivo de invitarlo a cenar no le resultaba tan evidente; pero quizá los negocios funcionaban de esa forma:

comidas suculentas y botellas de un buen Oporto. No le gustaba en absoluto tener que «deshacerse en atenciones» y, de hecho, le molestaba tener que ser amable con una persona para que estuviera de buen humor cuando su padre intentara sacarle el dinero.

Belvia se levantó temprano al día siguiente. Cada vez estaba más indignada con su padre por haberles pedido que se «deshiciesen en atenciones». ¿Acaso hacía falta? Estaba lo suficientemente bien educada como para tratar con amabilidad a cualquier invitado.

Bajó las escaleras y se encontró a Josy, que se había levantado incluso antes y ya estaba preocupada por la visita del invitado.

—¿Qué has pensado para la cena de esta noche? -le preguntó Belvia.

—Una ensalada de tomate y cordero asado con patatas.

—Muy bien. Cenaremos eso. Si quieres, preparo una sopa para acompañar.

—Perfecto -respondió Josy. Luego, como si tuviera miedo de que Belvia cambiara de opinión, le recordó que tenía que llamar a Kate Mitchell para avisarla de que no podría asistir a la fiesta.

—Hola, Kate -saludó Belvia a la señora Mitchell, que había sido la primera en darle la bienvenida cuando entró en la empresa Newman and Company-. ¿Disfrutando de tu último día?

—La verdad es que, llegado el momento de la verdad, tengo sentimientos contradictorios -respondió-. Ya te contaré esta noche en la fiesta...

—Es que, me ha surgido un problema...

Cinco minutos más tarde, Belvia colgó el teléfono y fue hacia su hermana.

—¿Se ha molestado mucho? -le preguntó Josy no bien hubo colgado su hermana.

—Un poco. Le he prometido que me pasaré a verla después. Mucho después -contestó. Luego, al ver la cara de Josy, se justificó-. Papá no querrá que estemos delante cuando le pida el dinero al señor Tavenner; así que una vez haya terminado la cena y nos hayamos «deshecho en atenciones», podremos desaparecer -aclaró.

Estuvo a punto de comentarle lo que Kate le había dicho después de que Belvia le preguntara, sin concederle apenas importancia, si Newman and Conmpany había negociado con Latham Tavenner en alguna ocasión; pero Josy ya estaba bastante tensa, y decidió dar el

tema por zanjado.

Se pasaron toda la mañana limpiando el salón y decorando la mesa donde cenarían; y entre unas cosas y otras, es decir, entre preparar el cordero, pelar las patatas y enjuagar el mejor juego de platos, cubiertos y vasos de porcelana que tenían, dieron las dos de la tarde. Sólo entonces pudo Belvia ir a la cuadra a montar a lletty.

Si su padre no quedaba satisfecho de sus esfuerzos, mala suerte, pensó Belvia mientras montaba sobre los lomos de la yegua de su hermana. Con todo, no podía evitar sentirse incómoda, pues no le agradaba la idea de que su padre invitara al empresario para pedirle un préstamo; no le agradaba la idea de que su padre utilizara a las personas.

Aunque no quería tener que ver con aquel enredo, tenía gran curiosidad por conocer a ese empresario ambicioso del que Kate le había hablado. Esta no lo conocía, pero le había dicho que tenía fama de ser un hábil negociador. Seguía soltero, aunque no porque le faltaran pretendientes dispuestas a cambiar su estado civil. Por último, Kate sabía que él y su hermana, a la que al parecer estaba muy unido, se habían quedado huérfanos siendo muy pequeños y se habían criado en casa de unos familiares.

Si todo eso era cierto, pensaba Belvia mientras volvía a casa, si aún estaba soltero y había muchas mujeres detrás de él, ¿cuántos años tendría? Tenía que ser un hombre joven. ¿O acaso ya era un anciano, gordo y calvo, y las mujeres sólo perseguían su dinero?

Al llegar a casa fue a la cocina, donde se encontró a Josy, que se iba poniendo más y más nerviosa a medida que se acercaba el momento de hacer de anfitriona.

—Pasará en seguida -le dijo Belvia para animarla-. Venga, olvídate de esto, date una ducha y ponte algo bonito.

La acompañó arriba y allí se fue cada una a su habitación. ¿Qué debía ponerse, teniendo en cuenta que luego tendría que ir a una fiesta y no tendría tiempo para cambiarse?

—¡Belvia! ¡Estás radiante! -exclamó Josy al ver su vestido negro.

—¡Será que tú no te has mirado al espejo! -le dijo para animar a su hermana, que llevaba un vestido verde claro que contrastaba con su pelo rojizo-. Tú sí que estás preciosa.

—¡Qué va! -respondió antes de recibir un abrazo de Belvia.

—Voy a tener que hacer algo contigo y con la poca autoestima

que tienes -le dijo seriamente. Entonces sonó el timbre de la puerta. Josy apenas logró disimular el pánico que la invadió. Una vez se hubo cal¡nado, Belvia fue a abrir la puerta... se quedó de piedra.

Latham Tavenner no era ningún anciano y tampoco estaba calvo ni gordo: era alto, moreno, tenía ojos grises y, aproximadamente, unos treinta y cinco años. Belvia no sabía por qué, pero, cuando éste la miró, sin mostrar interés, pero tampoco desinterés, su corazón le dio un vuelco; ¿no resultaba ridículo?

Prefirió no darle importancia y siguió al invitado y a su padre para que éste procediera a las presentaciones:

—Ésta es Belvia, la melliza pequeña -dijo con jovialidad-. Belvia, nuestro invitado, Latham Tavenner.

—Encantada -le dijo Belvia. Le extendió la mano y todo su cuerpo se estremeció al contacto con aquella mano firme. Luego, sin sonreír, Latham la soltó y se giró hacia Josy.

—Y ésta es mi otra hija, Josy.

—Hola -dijo ésta. Tragó saliva y le extendió también la mano.

Belvia se acercó un centímetro a Josy y vio que Latham Tavenner resbalaba la mirada de una a otra hermana.

—Hola, Josy -respondió tras una breve pausa y, a pesar de que Belvia creía que aquel hombre parecía incapaz de sonreír, sonrió. Luego soltó su mano y pareció hacer un amago de querer iniciar una conversación con Josy, quien miró fugazmente a Belvia como pidiéndole ayuda.

—Si nos disculpa -intervino antes de que pudiera dirigirse a su hermana- tenemos que darle los últimos toques a la cena.

«¡Santo cielo!», pensó Belvia, mientras acompañaba sus palabras con una sonrisa, al recibir aquella mirada gris, que no era fría, sino helada. ¿Quién se creía que era?, se dijo mientras se llevaba a su hermana, agarrándola por el brazo.

—¡Es increíble! -exclamó Josy en cuanto se quedaron a solas.

—¿En qué sentido? -le preguntó Belvia con calma.

—¿Es que no lo has visto! Educado, atractivo...

—Y de cena come niñas pequeñas -añadió Belvia burlonamente, en un intento de controlar sus propios nervios. No cabía duda de que era educado. Y atractivo. No tenía de qué preocuparse, pues a ella no le había sonreído; Latham Tavenner se había interesado por Josy.

Belvia corroboró esta conclusión cuando, despúes de volver al salón, después de tomar la sopa y servir el cordero, Latham Tavenner intentó entablar conversación con su tímida hermana.

—¿Qué carrera estás estudiando, Josy? -le preguntó tomándose la confianza de tutearla.

—Josy prefiere quedarse en casa y ocuparse de mí y de nuestro padre -intervino Belvia. Luego, al ver que Latham Tavenner la miraba como diciendo «¿y quién te ha preguntado a ti?», se apresuró a añadir-. Es una maravilla cómo tiene siempre la casa.

Por fin había librado a Josy de sus preguntas. Estaba claro que Belvia y él no se habían caído bien; pero la educación del empresario le llevó a hacerle a ésta la misma pregunta:

—¿Y tú qué estudias?

—Belvia estaba haciendo unas prácticas en una contaduría -se adelantó su padre.

—¿Estaba?

—Acabó aburriéndose y decidió dejarlo -contestó el señor Fereday; ésa respuesta irritó a Belvia, harta ya de los dos.

—Pero seguro que te las ingenias para estar ocupada, ¿verdad? -preguntó con familiaridad, dirigiéndose directamente a ella.

—Voy tirando -acertó a decir.

—Por ejemplo, ¿qué has hecho hoy? -era evidente que no se refería a lo que había estado cocinando ni a los preparativos de la cena. Se había formado una opinión de ella, corroborada por el anterior comentario de su padre, y la consideraba vaga, superficial y caprichosa.

—No mucho, la verdad -respondió. No tenía intención de hacerle cambiar de opinión: mientras hablara con ella, dejaría tranquila a Josy-. Me pasé la mañana dando vueltas, llamando a unos amigos... ese tipo de cosas. Y esta tarde fui a dar un paseo con Hetty.

—¿Hetty?

—Es la yegua de Josy, y...

—¿Es que a Josy no le importa que montes en su yegua?

De haber tenido más confianza con él, lo habría mandado a paseo. Estaba harta de esa mirada fría y arrogante.

—Por un día, no pasa nada -respondió con una sonrisa falsa-. Josy estaba muy ocupada para ir a ver a Hetty, así que pensé que

podría hacerle ese favor.

—¡Qué gran detalle por tu parte! -exclamó con ironía.

Bueno, con un poco de suerte se olvidaría de ella y se pondría a hablar con su padre. Sin embargo, y Belvia no sabía muy bien qué sentía al respecto, volvió a dirigirse a Josy.

—¿Hace mucho que montas a caballo, Josy?

—Sí -susurró con timidez. Belvia notó una nubede tristeza en los ojos de su hermana y se apresuró a intervenir para protegerla.

—¿Quieres más patatas con el cordero? -le preguntó ofreciéndole una fuente.

—Gracias -respondió Latham con educación, aunque dedicándole una mirada que daba a entender que no quería perder tiempo hablando con ella.

Tampoco Belvia quería perderlo con él y, francamente, le daba igual que,pensara que era una vaga y que sería incapaz siquiera, por ejemplo, de limpiar la casa un poco si Josy no se encargara de ello.

Por suerte, su padre decidió tomar la palabra y Latham Tavenner se cansó de hacer preguntas a Josy para que luego las contestara su hermana. Perfecto.

Al terminar la cena, a Belvia le resultaba del todo indiferente que su padre intentara utilizar a aquel hombre. Ninguno de los dos le caía bien y, según ella, estaban hechos el uno para el otro.

—La cena estaba deliciosa -le dijo Latham a Josy.

—Gracias... Belvia hizo la sopa -añadió humildemente.

—Cualquiera sabe abrir un sobre de sopa instantánea, ¿no? -dijo Belvia restándose mérito. Sin embargo, se dio cuenta de que Latham sabía distinguir entre la sopa casera y la de sobre, y de que a ese hombre no le gustaban las mentiras, por intrascendentes que éstas fueran.

—Disculpa -dijo Josy, que había empezado a retirar los platos a la cocina. Su tarea había terminado y no volvería a dejarse ver en toda la noche.

Así las cosas, y como quiera que Belvia se había quedado en casa para ayudar a Josy en ese compromiso, aquélla decidió desaparecer igualmente.

—Si me permitís... -dijo mientras se levantaba de la silla.

—¿Adónde vas? -le preguntó su padre inquisitivamente.

—Fuera -contestó.

—¿A estas horas?

—He quedado -respondió sorprendida por el interrogatorio.

¿Acaso se creía que se iba a ganar el respeto del invitado tratándola como si fuera una cría? Por otro lado, ¿quién se creía Latham Tavenner que era para estar mirándola con tanto desprecio? Una cosa era que se hubiera quedado huérfano de pequeño y pensara que había que tener más respeto por los padres, y otra muy distinta esa mirada tan...

—Es que sólo puede librarse de su esposa después de la hora de cenar -prosiguió Belvia cuando ya estaba saliendo del salón, para quien quisiera escucharla.

Le daba igual que su padre pudiera sentirse violento por aquella salida de tono; se la había ganado por hablarle así delante de su invitado. Luego miró a Latham Tavenner, que parecía, ya no incómodo, sino incluso furioso.

Esos ojos grises le daban miedo, así que abandonó su compañía definitivamente, sintiendo, eso sí, un extraño estremecimiento interior. Subió a su habitación por el bolso y las llaves del coche, salió de casa y fue a la fiesta de Kate. Sin embargo, no lograba dejar de notar una cierta turbación.

Intentó ser positiva y decidió que tal vez le había hecho un favor a su padre al desairarlo delante de su invitado: quizá Latham Tavenner quisiera compensar esa falta de respeto de Belvia hacia su padre y, a tal fin, le prestara el dinero que necesitaba para la inversión. Además, estaba convencida de que Latham jamás volvería a aceptar otra invitación, lo que significaba, por suerte, que nunca más tendrían que verse las caras.

Capítulo 2

A PESAR de que la fiesta había sido entretenida, Belvia no había podido dejar de pensar en Latham Tavenner. Regresó a casa y, después de ducharse, se metió en la cama a dormir y a soñar con ese maldito hombre. Tardó en dormirse.

A la mañana siguiente, su padre no estaba en casa cuando Belvia despertó; pasaría el fin de semana fuera junto a su amante de turno.

—¿Estuvo bien la fiesta? -le preguntó Josy a la mañana siguiente cuando Belvia entró en le cocina.

—Sí, muy bien -respondió. Luego se sentó en una silla y le contó alguna anécdota de la fiesta.

—¿Café? -le ofreció Josy.

—Sí, me apetece mucho.

—Anoche hablaste mientras dormías -comentó Josy al tiempo que le llenaba la taza de café.

—¿Ah, sí? -preguntó sorprendida. Siempre había hablado en sueños cuando algo la angustiaba; pero eso no había vuelto a ocurrile desde que se recuperó de la muerte de su madre-. Hacía mucho que no me pasaba. ¿Dije algo interesante?

—Nada, cosas sin sentido -sonrió Josy-. ¿Te preocupa algo?

—En absoluto.., aparte de que tenemos que limpiar el salón.

—Lo habría limpiado yo anoche, pero...

—Lo sé... -la interrumpió Belvia con delicadeza. Sabía que su hermana lo habría dejado limpísimo si no hubiera tenido miedo de volver a encontrarse con Latham Tavenner. Al parecer, ese hombre había turbado el ánimo de las dos. Belvia había estado pensando en él antes de dormirse y no encontraba otra razón que pudiera haberla angustiado tanto como para hablar en sueños.

—Voy a echar un vistazo al salón -prosiguió Belvia después de

acabarse el café de un trago y decidir que necesitaba un poco de ejercicio físico.

—¿No quieres desayunar?

—No tengo hambre -contestó Belvia. Se dio cuenta de que nunca había perdido el apetito hasta conocer a Latham Tavenner. Era ridículo que ese hombre, al que apenas había visto más de una hora, la trastornara tanto.

Más tarde, mientras colocaba los cojines de un sofá del salón, llamaron a la puerta. Oyó que su hermana abría la puerta y luego la cerraba. Entonces vio a Josy entrar en el salón con un ramo de flores.

—¡Son preciosas! -exclamó Belvia con sinceridad.

—Son de... él -susurró Josy asustada.

—Bueno, sólo querrá agradecer la cena de anoche -repondió para tranquilizarla.

—¡Pero tu nombre no está en la tarjeta! -exclamó angustiada.

—Ya, ¿y? -comentó. Le habría sorprendido sobremanera que se hubiera acordado de ella.

—Tú también preparaste la cena. Creo... creo que le gusto -dijo Josy preocupada.

«Lo que está claro es que yo no le gusto», pensó Belvia, que no sabía si agradecerle su sinceridad por no mencionarla en la tarjeta o si tacharlo de grosero y maleducado por el mismo motivo.

—¿Y qué hombre iba a resistírsete? -la provocó.

—¿Te importa ponerlas en tu habitación? -le rogó Josy, que no quería ver nada que le recordara a ese hombre, el cual, sin duda alguna, la intimidaba.

—Claro que no -respondió... quizá demasiado rápido: tampoco ella quería acordarse de Latham Tavenner-. No, será mejor que se las lleve a Tracey esta tarde cuando vaya a la cuadra. Seguro que a ella le encantan.

—Sí, muy buena idea -exclamó Josy, algo más aliviada. Tracey era una de las encargadas de cuidar la cuadra y sentía auténtica devoción por las flores-. Pero no le digas que me las mandaron a mí, ¿vale?

—Le diré que me las mandó uno de mis muchos admiradores -dijo Belvia riéndose. Le hacía gracia pensar en Latham Tavenner como un admirador suyo. Nada más lejos de la realidad.

Por lo demás, el fin de semana transcurrió sin mayores novedades y a Belvia le agradó comprobar que, el domingo por la noche, su hermana ya estaba más serena y parecía haberse olvidado un poco de Latham Tavenner.

También Belvia estaba más sosegada cuando despertó el lunes. Bajó al salón, donde su padre estaba charlando con su hermana, les dio los buenos días y luego se fue a la cocina.

—Estoy haciendo unas tostadas -dijo Belvia cuando vio a Josy entrar en la cocina-. ¿Te pasa algo, Jo? -le preguntó, pues la encontraba nerviosa de nuevo.

—Papá me acaba de dar un sermón sobre cómo hay que comportarse y tratar a los invitados...

Dado que nunca llevaba a ninguno a casa, estaba claro que, cuando hablaba de «invitados», su padre se refería a Latham Tavenner, lo cual la enfureció; pero, aunque estuvo a punto de ceder a un arrebato y decirle a su padre por las claras que ellas no querían tener nada que ver con sus dudosas estrategias de financiación de la Compañía de Productos Fereday, consideró que en ese momento era más importante tratar de calmar a Josy.

—Bueno, tampoco te amargues. Antes de que papá vuelva a invitar a alguien, pueden pasar siglos; no creo que tengas que preocuparte por nada.

—Pero, ¿y si lo hace?

—No lo hará -afirmó con firmeza-. Y si se diera el caso, basta con que te vayas de casa unas horas: ya me ocuparé yo personalmente.

Josy seguía sin parecer muy convencida. Belvia salió al jardín para aprovechar la espléndida mañana de verano que hacía. Pensó que su hermana y ella debían buscarse un sitio donde vivir las dos juntas; el problema era que Josy era muy tímida y, al cambiar de piso, tendrían que conocer nuevos vecinos.

Media hora después, volvió a casa a tomarse un refresco en la cocina. ¿No le vendría bien relacionarse con gente nueva? No, concluyó Belvia. Su hermana seguía ausente, siempre con la mirada perdida en el espacio, desolada aún por la muerte de Marc.

—¿Qué te pasa? -le preguntó Belvia a Josy, que tenía peor cara que nunca, cuando ésta entró en la cocina.

—¡Acaba de llamar!

—¿Quién? -preguntó mientras le acercaba una silla.

—Latham Ta... Tavenner.

Belvia se quedó sin respiración: también ella estaba conmocionada.

—¿Qué quería? -le preguntó aparentando estar tranquila mientras se sentaba junto a Josy en otra silla.

—Esta noche hay un concierto de beneficencia en Londres. Un gran espectáculo. Tiene dos entradas y quería saber si me apetecía acompañarlo.

—¿Y le has dicho que no?

—¿Cómo iba a negarme? -exclamó Josy-. ¿Cómo iba a dejarlo plantado después del sermón que me ha dado papá esta mañana? Se volvería loco si se enterara de que he desairado al hombre al que persigue para obtener el préstamo que necesita.

—Está bien, vamos, cálmate -le aconsejó Belvia-. Bueno, ¿y qué le has dicho?

—Al principio, cuando me enteré de quién era -dijo Josy después de respirar profundamente para no perder el control-, no pude articular palabra. Luego, con bastante amabilidad, él me dijo: «Espero que no me hayas olvidado ya». Estaba histérica y, entonces, al acordarme de lo que me dijiste de ocuparte tú personalmente de los invitados, le pregunté si quería hablar contigo.

«Tiene que haberle parecido una idea fascinante», pensó Belvia, aunque no lo compartió con su hermana, pues no la veía de humor para bromas.

—Entonces te dijo que no amablemente y te pidió que salieras con él. Y, ya que no te has negado, se supone que aceptaste su invitación -intervino Belvia.

—Eso creo. Esta noche vendrá un chófer a recogerme en una limusina. Bel,ino puedo ir! Él está tan seguro de sí mismo y yo... ¡yo dudo de todo! Ese hombre me da un miedo horrible.

Belvia dedicó los siguientes cinco minutos a sosegarla, a asegurarle que pronto dejaría de sentirse insegura; que todo se debía a la terrible pérdida que había sufrido.

—Y -concluyó- si tanto miedo te da, no dejaré por nada del inundo que vayas con él a ningún lado.

—¿No? -preguntó Josy. Belvia negó con la cabeza-. Pero, ¿y qué pasa con papá? No puedo defraudarlo.

—Deja que yo me encargue de papá. Lo llamaré al trabajo.

Belvia descolgó el auricular al instante. Su padre no estaba en ese momento en su despacho, así que habló con Vanessa Stanley, su secretaria desde hacía cinco años. Según el señor Fereday, se trataba de una mujer de un corazón tan duro como suave era su apariencia exterior; pero Belvia creía que esa acusación se debía a que había intentado acercarse a ella y ésta había reaccionado diciéndole que le atraían más los hombres de su edad, es decir, de unos treinta años.

—Si no le importa esperar, puedo ir a buscarlo. ¿O prefiere que le diga que la llame?

—No, mejor espero a que lo encuentre -respondió. Cuanto antes sacara a Josy de aquel enredo, mejor.

—Espero que sea realmente urgente -dijo su padre con rudeza después de un buen rato de espera. No le gustaba que lo llamaran al trabajo.

—Latham Tavenner ha llamado para pedirle a Josy que salga esta noche con él. Papá, ¡Josy no puede ir! -afirmó tajantemente.

—¿Y por qué no? -preguntó.

—Porque ese hombre la intimida: ¡por eso! -respondió.

—¡Bobadas!

—Bueno, me da igual lo que pienses: no va a ir. -Dile que se ponga.

—Está en su cuarto -mintió Belvia.

—Entonces dile de mi parte que nos hace falta su dinero. Por cl amor de Dios, todo lo que tiene que hacer es salir un rato con él; ¡no se la va a comer!

—Pero ya sabes que Josy es muy tímida...

—Ya va siendo hora de que supere su timidez. Dile de mi parte que tiene que ir. ¡Y punto! -concluyó el señor Fereday. Colgó el teléfono hecho una furia.

«¿Cómo pudo aguantarlo tantos años mamá?», se preguntó Belvia.

—¿,Qué ha dicho?

Belvia estaba tan enfadada que se había olvidado de que Josy estaba delante.

—Bueno, no lo he pillado en un buen momento -admitió. Estuvo a punto de proponerle su idea de marcharse a vivir a otro sitio las

dos juntas; pero, entonces, vio que Josy estaba a punto de romper a llorar. No era justo. ¿Cómo podían obligarla a salir con ese hombre cuando no hacía ni cuatro meses que se había quedado viuda?-. Pero, tranquila, no vas a ir. Antes voy yo. ¿Me acercas la guía de teléfono? -le preguntó finalmente.

—¿Qué vas a hacer?

—Le diremos que tienes jaqueca.

Josy pareció esperanzada, pero diez minutos más tarde volvió a entristecerse: Belvia había llamado a la empresa de Latham Tavenner y, al preguntar por él, le respondieron que no podían localizarlo. -¿Quiere que le deje un mensaje?

—Me gustaría hablar con él personalmente.

—¿Me puede repetir de parte de quién es? -preguntaron. En realidad, Belvia aún no se había identificado.

—Soy Fereday, Belvia Fereday -respondió. Y entonces fue cuando le contestaron lo de que el señor Tavenner iba a estar fuera de la ciudad todo el día. No sabía bien por qué, pero Belvia tenía la corazonada de que se trataba de una mera excusa, de una mentira-. Si le dejo un mensaje, ¿lo recibirá hoy?

—Me temo que no puedo prometérselo. El señor Tavenner llama a veces al final del día; pero no es seguro que lo haga.

Belvia barajó la posibilidad de dejarle un mensaje diciéndole que Josy no se presentaría; pero, de esa forma, su hermana habría quedado en mal lugar. Además, el pretexto de la jaqueca no era suficiente, pues podía habérsele pasado al llegar la noche.

—Está bien. Adiós, gracias -se despidió. Colgó el teléfono y se dirigió a Josy, que lógicamente se había dado cuenta de que el plan de su hermana no había funcionado-. Mira, no es necesario que vayas.

—Sí lo es -respondió Josy-. Tengo que hacerlo: por papá.

—¡Maldita sea! -exclamó Belvia; era consciente de que, lo odiaran o lo amaran ninguna de las dos lo defraudaría llegado el momento de la verdad. Aquella situación le parecía realmente injusta-. ¡No! ¡Me niego! ¡No vas a ir! -espetó.

—Tengo que ir.

—No, no es verdad...

—Afrontémoslo, Bel -la interrumpió Josy-. No puedes ponerte en contacto con él y va a mandar un coche para que me recoja. Si el

chófer aparece sin mí, no tendrá tiempo de invitar a otra mujer. Jamás querría volver a saber nada de papá. Tengo que... cumplir con mi palabra; con la palabra de los Fereday.

Belvia era consciente de que la palabra lo era todo en el mundo de las altas finanzas. No quedaba más remedio: había llegado la hora de ayudar a su hermana con algo más que palabras.

—Está bien -sonrió-. ¿Qué me voy a poner? -preguntó Belvia. Había decidido ir ella, aunque estaba segura de que a Latham Tavenner no le agradaría la idea del cambio de hermana.

Por lo menos no tuvo que aguantar los comentarios de su padre, que aún no había vuelto de trabajar cuando llegó la limusina.

—Belvia, ¡estás guapísima! -le dijo Josy al despedirse. Llevaba un vestido blanco y unos pendientes muy elegantes.

Era justo lo que necesitaba oír. Belvia no era tímida con los hombres, pero en esa ocasión estaba nerviosa. No quería imaginar cómo se sentiría Josy de haber sido ella la que se montaba en aquel lujoso coche.

—Y recuerda: si papá se empieza a poner insoportable, dile que tenías el estómago revuelto y que, antes que vomitar en la limusina o romper la palabra de un Fereday, decidí ir yo en tu lugar -dijo Belvia.

Josy asintió y, segundos más tarde, Belvia, que llevaba recogido su largo y rubio cabello en un moño que le sentaba muy bien, desapareció.

No se atrevía a pensar qué diría Latham Tavenner cuando la viera. A medida que se acercaban al auditorio, la intranquilidad de Belvia fue yendo en aumento. Llegó incluso a sentirse revuelta, como se suponía que debía estar Josy.

La limusina se detuvo. Belvia miró por la venta

villa, pero no vio a Latham Tavenner en ningún sitio. Entonces, de pronto, abrieron la puerta del coche y, como salido de la nada, apareció: ¡santo cielo! Tenía un aspecto inmejorable.

Latham no podía creer lo que estaba viendo. Belvia hizo ademán de abrir la boca para contarle la excusa que habían preparado; pero estaba tan nerviosa y su corazón latía a tal velocidad, que no consiguió decir ni media palabra. De modo que esquivó aquellos ojos, grises y fríos, y salió del coche con tanta elegancia y compostura como pudo.

Un segundo después, Belvia estaba de pie junto a aquel atlético empresario. La verdad era que no se habría extrañado si Latham Tavenner la hubiera devuelto a la limusina y le hubiera pedido al chófer que volviese a dejarla donde la había encontrado.

—¡Había invitado a tu hermana! ¡No a ti! -exclamó cuando se recuperó de la desagradable sorpresa de ver a Belvia, en vez de a Josy.

—Es que... -balbuceó cohibida.

—Estamos entorpeciendo la circulación -bramó Latham Tavanner mientras la ayudaba a salir de la limusina con brusquedad. Belvia vio que había una larga hilera de coches esperando a que el chófer de Latham se marchara. Notó su firme mano sobre el brazo-. Intenta parecer contenta. Seguramente aparezcan fotos de este concierto en los periódicos de mañana -le dijo Latham en alusión a la avalancha de fotógrafos que los rodeaba.

Belvia sonrió, entró en el auditorio y se alegró de ser ella y no su hermana la que estuviera pasando ese mal rato. Josy no habría sido capaz de aguantar la presión de los periodistas y los cámaras de televisión; de mantener la serenidad delante de todas esas personas que Latham le estaba presentando a Belvia.

A pesar de que a Latham no debía de agradarle demasiado la perspectiva de pasar con ella toda la noche, éste la estaba tratando con gran amabilidad; de todos modos, Belvia suponía que, una vez que se quedaran a solas, tendría que soportar sus críticas incisivas.

Cuando llegaron a sus butacas, sólo faltaban unos cinco minutos para que el concierto empezara. Belvia dejó de aparentar estar interesada en aquel espectáculo y se giró hacia Latham para hablarle. Este la miró con tal arrogancia que la hizo vacilar momentáneamente.

—Siento haber venido yo en vez de Josy -empezó a disculparse, pues era muy importante para su padre que Latham no se disgustara-, pero se puso enferma de pronto y...

—¿Tu hermana está enferma?

—No se encuentra bien, aunque espero que mañana ya esté mejor. El caso es que pensamos que un Fereday tenía que cumplir su palabra, así que... -dijo para salvaguardar el honor de la familia.

—¿Y pensaste que me sentaría desolado si no hubiera venido

nadie? -preguntó con tanta incredulidad como arrogancia.

—No, claro que no, pero...

—¡Menuda tontería! -exclamó con desdén.

—¡Serás estúpido! -murmuró Belvia para sí; apenas pudo reprimir sus ganas de pegarle un puñetazo. En ese momento, se apagaron las luces y Latham soltó una risilla despreciativa, como si hubiera oído aquel insulto.

Belvia no logró concentrarse durante la primera

media hora del concierto. ¿Qué le pasaba? Nunca en su vida había insultado a nadie; ofender no formaba parte de su comportamiento habitual. Y tampoco había tenido nunca ganas de pegar a nadie.

Él. él tenía la culpa. ¿Quién se creía que era? No,

y por nada del mundo le pediría disculpas. Era un canalla. Sin embargo, cuando llegó el entreacto, ya más calmada, pensó que tendría que rebajarse para no acabar con las esperanzas de su padre.

Tal vez Latham se había sorprendido por aquella airada reacción; quizá hasta le hubiera hecho gracia. Si estaba de buen humor, podría pedirle con diplomacia que dejase tranquila a su hermana.

—¿Te apetece beber algo? -le preguntó en cambio Latham cuando se encendieron las luces.

—No, gracias -sonrió. Prefería quedarse allí para intentar hablar con él, aunque, la verdad, la expresión de su cara seguía tan arrogante y hostil como siempre.

—Seguro que no te importa que yo sí me tome una copa -dijo. Acto seguido, se levantó y la dejó sola. Belvia no podía creérselo. Ojalá no quedara una gota de nada en el bar.

Seguía rezongando algunos minutos después, cuando un hombre de su edad más o menos se sentó junto a ella.

—Me ha parecido verla con Latham Tavenner, ¿no es verdad?

—Sí -respondió después de dudar un segundo.

—Rodney Phillips -se presentó-. Supongo que no tardará en volver, así que seré directo: ¿podría darme su número de teléfono?

Después de tanta tensión, fue agradable descubrir que tenía ganas de echarse a reír. Rodney Phillips era sencillo e inofensivo.

—No, claro que no -dijo riéndose.

—¡Es usted tan bella! -exclamó. Luego pensó que tal vez se había tomado demasiadas confianzas-. ¿Puedo traerle un helado?, ¿cualquier cosa? -le ofreció.

—Lo que puede hacer, Phillips, es levantarse de mi asiento -intervino Latham Tavenner de repente.

—Disculpe, señor -se excusó. Se puso de pie como un resorte y se marchó tan inesperadamente como había llegado.

—¿Trabaja para ti?

—¿Te estaba molestando? -le preguntó Latham después de responder afirmativamente con la cabeza.

—No, resultaba agradable hablar con él -dijo a modo de indirecta.

Sin embargo, Latham lo interpretó de otra forma: como si estuviera alardeando por haber atraído a aquel hombre.

—Es demasiado joven para ti -respondió. Belvia estaba irritada: ¿pretendía mantenerla alejada de sus empleados?

Se quedó sentada, maldiciéndolo, durante el resto del concierto. Prefería marcharse andando a casa antes que pasar un solo segundo más en compañía de Latham; pero su padre confiaba en el dinero de Tavenner.

—Me ha gustado mucho -dijo falsamente al salir del auditorio.

—Imagino que tendrás hambre -propuso.

—Y mucha -mintió. Seguro que, durante la cena, encontraría la ocasión de pedirle, con tacto, por supuesto, que se olvidara de Josy.

Como por arte de magia, el chófer que la había llevado apareció delante de ellos nada más salir a la calle. Se metieron en la limusina y permanecieron en silencio hasta llegar a un viejo edificio. Belvia se dio cuenta de que Latham la había llevado a comer al restaurante de su club. Belvia se alegró de estar en un sitio discreto, pues allí podrían hablar con más tranquilidad que en un pub.

—Intenté localizarte por teléfono -inició por fin la conversación-; pero...

—¿Y se puede saber por qué querías hablar conmigo? -la interrumpió. Belvia comprendió definitivamente que no le caía bien a Latham Tavenner.

—Oye, mira, por sorprendente que te parezca, tampoco a mí me agrada tu compañía -exclamó. Estuvo a punto de agarrar la jarra de agua y empaparlo, pero, por suerte, el camarero llegó en ese

instante con el primer plato. Se tragó lo que tenía ganas de decirle y centró su atención en la sopa.

—¡Mmm! ¡Está muy rica! -comentó con diplomacia-. Siento que Josy no haya podido...

—Y tu acompañante de esta noche tampoco pudo, ¿verdad? -volvió a interrumpirla.

—Mi, ¿qué? -exclamó ofendida-. Para que lo sepas, los hombres con los que salgo no acostumbran a dejarme plantada -se desahogó.

—¡Qué barbaridad! No te vendría mal que alguien te enseñara un poco de humildad.

Belvia no estaba de acuerdo, pero, en cualquier caso, esperaba que Latham no se creyera el hombre indicado para dar lecciones de humildad. Belvia no había conseguido comportarse con el tacto que le hubiera gustado y apenas lograba ocultar la repulsión que ese hombre le producía.

—Mira, lo siento si te he ofendido -empezó con ánimo apaciguador-. Te llamé por teléfono porque Josy tenía el estómago algo revuelto y pensé que debía llamarte para explicarte... eso, que no se encontraba bien -concluyó convencida de que no la estaba creyendo.

—Y como no pudiste localizarme, decidiste venir tú en su lugar, ¿,es eso?

Tal como lo había dicho, sonaba como si pensara que Belvia era una presuntuosa al pensar que él podría considerarla a la altura de Josy.

Estuvo muy cerca de explotar, pero, de nuevo, controló su enojo. Tenía que defender a su hermana y olvidarse del resto. Tenía que protegerla de aquel hombre tan masculino y tan... tan todo.

—Bueno, digamos que...

—Pareces estar conteniéndote. ¿Me equivoco? -Intento no resultar brusca -confesó.

—Es decir, que por mucho que lo adornes, no me

va a gustar lo que voy a oír.

—El caso es que, Josy, mi hermana... -Ya sé quién es Josy.

—Es muy tímida -logró decir sonriendo, a pesar de las ganas que tenía de clavarle el tenedor entre los ojos-. Increíblemente tímida.

—Parecía normal cuando la llamé esta mañana. -También tiene muy buenos modales -explicó Belvia.

—¿Estás intentando decirme algo? -le preguntó.

—Mi hermana no está acostumbrada a estar con hombres -dijo con más brusquedad de lo que había deseado.

—En cambio, tú lo estás de sobra.

—En realidad, no -contestó cuando se hubo reprimido por enésima vez. Estaba deseando darle unabofetada-. Pero, no estamos hablando de mí, sino de Josy y de que... Simplemente, esta noche, por ejemplo: Josy no está acostumbrada a toda esa gente, las fotos, la televisión...

—¿Se habría sentido muy presionada?

—Sí, exacto.

—Pero tú tampoco estás acostumbrada y has reaccionado bien -dijo sin la menor intención de alabarla.

—Yo no soy Josy. Soy diferente -dijo con calma.

—En eso estoy de acuerdo: nunca había visto dos mellizas tan diferentes.

—No te andes con rodeos: ¡insúltame! -dijo para provocarlo. Sabía que no debía estallar, pero aquella insinuación le había dolido. Respiró profundamente y trató de recobrar la compostura-. Lo único que te pido es que, si tienes intención de quedar otra vez con ni¡ hermana, tengas en cuenta lo tímida que es y la trates con mucha delicadeza.

Latham Tavenner la miró a la cara con frialdad y se detuvo en sus labios. Luego se fijó en sus ojos.

—Yo trato a cada mujer como se merece -espetó con insolencia.

Belvia no podía creer lo que estaba oyendo. Se sentía ultrajada. En ese momento supo que nunca en su vida había odiado tanto a nadie.

—Muchas gracias! -gritó. Luego se levantó y salió hec ha una furia del restaurante.

Capítulo 3

CUANDO Belvia despertó a la mañana siguiente, lamentó haber desairado a Latham Tavenner; pero ya era tarde para arrepentirse. No recordaba haber estado tan enfadada en su vida, así que la culpa tenía que ser de él.

—¿Es tarde? -preguntó Belvia cuando su hermana entró en su habitación con una taza de té.

—También llegaste tarde. Papá acaba de irse a la oficina. Dimme, ¿qué tal te fue anoche? ¿Todo bien?

—¿Le dijiste a papá que fui porque pensamos que teníamos que cumplir con la palabra de los Fereday? -le preguntó para ganar tiempo mientras intentaba decidir qué debía contarle a Josy.

—Sí. Y aparte de murmurar algo así como que al menos una de sus hijas tenía cierto sentido del deber, cenó tranquilamente y se marchó de casa.

—No hay de qué preocuparse -sonrió-. ¿Sabes? No creo que a Latham Tavenner le entusiasmara verme a mí en vez de a ti; pero se comportó con muchísima educación al recibirme -admitió Belvia, que prefirió no comentar su odioso comportamiento después de salir del concierto.

—¿No se molestó mucho?

—Le expliqué que tenías el estómago revuelto, y creo que se lo tragó -respondió. Belvia se preguntaba como podía mentir con tanta convicción-. Despues del concierto, me llevó a cenar al restaurante de su club.

—¿Y crees que por fin se olvidará de mí y se fijará sólo en ti? -preguntó esperanzada.

—Nunca se sabe -respondió aun a sabiendas de que no había la más remota posibilidad al respecto-. Gracias por el té. Será mejor

que me vaya levantando -dijo para cambiar de conversación.

Poco después de levantarse, Belvia empezó a pensar, a su pesar, en Latham Tavenner. Sólo había estado con él en dos ocasiones; pero su innegable atractivo y su virilidad le habían dejado huella. Era cierto que le había faltado al respeto al levantarse y marcharse del restaurante de esa manera, pero él había estado muy impertinente toda la velada: la había dejado sola mientras iba por una copa, la había estado provocando todo el rato y había culminado sus ofensas afirmando que la estaba tratando como creía que se merecía.

Se dio una ducha para calmarse, pues de nuevo estaba malhumorada. Estaba convencida de que volvería a dejarlo solo en el restaurante si se repitieran las mismas circunstancias. No tenía tan claro, en cambio, si esa próxima vez tendría la misma suerte a la hora de localizar al chófer.

—¿Regresa ya a casa, señorita Fereday? -le había preguntado nada más verla salir del restaurante sola.

—El señor Tavenner ya no necesitará sus servicios esta noche. ¿Podemos irnos?

Aunque al despertar no se arrepentía de nada, a medida que el día iba avanzando empezó a lamentar las repercusiones que su comportamiento podría tener; ¿cómo iba a querer Latham Tavenner negociar con su padre después de aquella cena?

Pasó la mañana cabalgando a lomos de Hetty y, cuando regresó a casa, hacia las tres, sonó el teléfono.

—¿Así que llegaste a tu casita de Surrey? -preguntó la arrogante voz que Belvia llevaba oyendo en su cabeza todo el día. Era evidente que no llamaba para interesarse por si había llegado sin problemas a casa.

—Sí, gracias. ¿Y qué tal todo por Londres? -preguntó, aunque era consciente de que Latham no quería perder el tiempo charlando con ella.

—¿Está Josy en casa?

—¿Qué vas a decirle? -respondió Belvia protectoramente.

—No creo que sea asunto tuyo -contestó con desdén tras una pausa.

—Por supuesto que es asunto mío. Ya te dije anoche que era muy tímida.

—¿Es que siempre atiendes así todas las llamadas personales de tu hermana?

—¿Y por qué no había de hacerlo? -respondió Belvia, a la que no le agradaba que Latham tuviera nada «personal» con Josy; lo peor de todo era que tenía la sensación de que su oposición a esa relación no se debía a un deseo de proteger a su hermana-. En fin, Josy no se encuentra aún bien -comentó.

—Lástima. Ella es tan dulce y agradable... Tenía la esperanza de que ya se hubiera recuperado para invitarla a salir conmigo esta noche.

—No creo que vaya a estar en condiciones; pero espera un segundo. Subiré a preguntárselo.

En ese momento Belvia vio aparecer a Josy. Puso una mano sobre el auricular y le dijo:

—Es Latham Tavenner. Quiere saber qué tal te encuentras y si te gustaría salir a algún sitio con él.

—¡No! -exclamó nerviosa.

—Está bien, no te preocupes -la tranquilizó. Luego levantó la mano del auricular-. Lo siento, Latham, pero Josy no cree que deba salir de casa todavía.

—Entonces, ya habrá otra ocasión. Volveré a llamar -amenazó antes de colgar.

—¿Qué te ha dicho? -preguntó Josy alterada al comprobar que Latham seguía interesado en ella.

—Que espera que te mejores en seguida -contestó sin mencionarle que seguiría insistiendo. Era lo más conveniente. De hecho, unas horas después, Josy parecía que se había olvidado de aquella llamada e incluso tenía un aspecto menos sombrío, como si por fin estuviera empezando a superar la muerte de Marc.

Sin embargo, Josy.iba a tener que seguir sufriendo: esa noche, mientras las dos hermanas cenaban con su padre, éste les comentó que la situación de su empresa atravesaba un momento crítico y que necesitaba a toda costa contar con el apoyo y el dinero de Latham Tavenner. Al oír esto, Josy puso una cara de angustia que no escapó a la atención de su padre.

—¿A qué viene esa cara? -preguntó.

—El... Latham Tavenner... ha llamado por teléfono esta tarde.

—Interesante... ¿Qué quería?

—Pues...

—Yo hablé con él -se adelantó Belvia.

—De acuerdo, ¿qué quería?

—Quería hablar con Josy; pero no le dejé -osó a decir. Pensó en mentirle; pero, ¿cómo iba a engañar a su propio padre?

—¿Cómo que no le has dejado? -exclamó enfurecido-. ¿Tienes idea de lo que hay en juego?, ¿de la cantidad de personas que se quedaran sin trabajo si la empresa quiebra? ¿Cómo te atreves a ofender a la única persona que puede sacarnos del agujero en que estamos?

—No estaba ofendido -se defendió-. Puede que un poco disgustado, pero...

—Pero nada. Te da igual que la empresa se vaya a pique, ¿no?

—Claro que no me da igual.

—Pues eso parece. Parece que, como tú sí tienes dinero, el resto del mundo...

—Te puedes quedar con mi dinero, si es eso lo que quieres -lo interrumpió Belvia sin pensar dos veces lo que decía.

—Y con el mío -la apoyó Josy.

—Ya es muy tarde para eso -dijo después de unos segundos. Su oferta lo había sorprendido-. Ahora necesito más dinero del que podáis reunir entre las dos. Dinero que podría haber conseguido si os hubierais comportado un poco mejor con Latham Tavenner. Belvia, estoy muy disgustado contigo.

—Lo siento -se disculpó Belvia, a pesar de que no creía merecer las críticas de su padre.

—Sentirlo no sirve de nada, a no ser que hagas algo para arreglar lo que has estropeado.

—¿Arreglar lo que he estropeado? ¿Qué quieres que haga? ¡Latham Tavenner quiere salir con Josy, no conmigo! -exclamó. Luego miró a su hermana, cuya ansiedad era patente-. Y no creo que Josy deba tener ninguna relación con él si no...

—Eres tú la que lo has liado todo -le echó en cara a Belvia-. No creo que fueras a morirte porque lo llamaras y lo invitaras a cenar mañana.

Belvia quiso protestar, pero sabía que, de hacerlo, su padre le diría que, a la hora de la verdad, él tenía razón; que de qué servía sentirlo si no hacía nada al respecto. Además, pensó en todas esas

personas que se podían quedar sin trabajo y en sus pobres familias, y comprendió que tenía que ceder.

—No vendrá si soy yo quien se lo pide -dijo Belvia. Sintió un escalofrío en la espalda; no estaba segura de si aquella visita le daba miedo por Josy o por ella misma.

—Pues entonces dile que es tu hermana la que quiere que venga.

—Pero ya le he dicho que Josy no se encontraba bien y resultaría sospechoso que mañana ya estuviera en condiciones de hacer de anfitriona -argumentó Belvia.

—¡Santo ciclo! Pues que venga cualquier otro día de la semana.

—No sé el teléfono de su casa -dijo Belvia intentando resistir la presión de su padre.

—Yo te lo daré -contestó. Sacó una pluma, arrancó una hoja de su diario y lo anotó. Luego permaneció callado hasta que terminó de cenar. Después se marchó de casa.

—Entonces, ¿te importa si llamo a Latham Tavenner? -le preguntó a su hermana.

—No parece que haya más opciones -respondió Josy.

Belvia se preguntó si no debía proponerle muy en serio la posibilidad de que ambas se marcharan a vivir.juntas a otra casa en un futuro próximo; pero no quería dejar en la estacada a su padre ni meterle a Josy más presión de la que ya tenía que soportar.

Se levantó y ayudó a Josy a quitar la mesa. Ese no era el momento, pero había resuelto sacar a su hermana del techo de su padre.

—¿No crees que deberías llamarlo ahora? -preguntó Josy con ansiedad cuando hubieron terminado de fregar.

¿Por qué sentía Belvia un incómodo cosquilleo si la llamada no tenía nada que ver con ella?

—Parece que no está -respondió después de esperar un rato, intentando ocultar la mezcla de sentimientos que estaba experimentando. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de colgar, alguien se puso al otro lado de la línea:

—¿Sí? --preguntó esa inconfundible voz; esa voz masculina que la hizo temblar.

—Ah, hola. Empezaba a pensar que habías salido.

—¿Qué puedo hacer por ti? -preguntó. Estaba claro que había reconocido la voz de Belvia, pues ésta no necesitó identificarse.

—Yo... me preguntaba si te gustaría venir a cenar este sábado -propuso Belvia. Luego tuvo que esperar unos cuantos agónicos segundos mientras Latham digería la invitación.

—Espera un momento a ver si lo entiendo -dijo finalmente, como si no comprendiera lo que acababa de oír, a pesar de que Belvia sabía que Latham había ocupado uno de los primeros puestos en la cola cuando se repartió la inteligencia-; ¿me estás pidiendo que vaya a cenar a tu casa este sábado?

—A mi familia le gustaría que cenases con nosotros. Yo sólo soy la portavoz -le dijo con la esperanza de que intuyera que, si por ella fuera, preferiría morirse de hambre a volver a cenar con él.

—Josy, ¿estará allí? Si para entonces se encuentra bien, claro -preguntó Latham con un cierto sentido del humor, del cual se percató Belvia.

—Sí... si para entonces está bien -convino.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Podrás estar a pesar de tu aventura con el hombre casado? -la acusó Latham. Su voz había sonado tan ruda, que Belvia tuvo claro que no habría hombre en el mundo capaz de contrariar a Latham y que siguiera vivo para arrepentirse. Respecto a lo de la aventura, ella era la única culpable de que tuviera esa idea en la cabeza: ¿acaso no le había dicho el pasado viernes que salía tan tarde porque su pareja sólo se podía librar de su mujer a esas horas?

—He cancelado la cita que tenía el sábado. Mi padre dijo que te encontrarías más a gusto si éramos cuatro a la mesa.

—No tenías que haber cancelado ninguna cita por mí. Supongo que ya te resultará bastante difícil encontrar un momento para ver a tu amante a espaldas de su mujer.

—¡Exacto! -respondió ofendida-. Bueno, ¿vas a venir o no?

—Dile a tu hermana que me llame -gruñó. Belvia tuvo la sensación de que ambos colgaron al mismo tiempo.

Permaneció unos segundo maldiciendo a ese indeseable, pero luego se dio cuenta de que Josy esperaba sus noticias con ansiedad.

—Yo... lo he estropeado.

—¡Dios mío! Papá se pondrá hecho una furia. ¿Qué te ha dicho el señor Tavenner?

—El... quiere que lo llames tú -dijo apresuradamente. Josy se

quedó pálida-. Pero no tienes por qué hacerlo si no quieres -añadió con firmeza.

—Lo llamaré -dijo Josy después de recordar brevemente el enfado de su padre durante la cena.

—Pero no lo hagas hoy -le propuso Belvia, aunque en seguida pensó que quizá no tenía derecho a hacerle retrasar esa conversación hasta el día siguiente; a mantenerla en un estado de nervios que no le permitiera pegar ojo en toda la noche-. Aunque, pensándolo bien, tal vez sea mejor pasar el mal rato cuanto antes.

—Lo consultaré con la almohada -afirmó Josy, que no lograba reunir el valor suficiente para enfrentarse de inmediato a ese hombre tan seguro de sí mismo.

Belvia no conseguía dormirse: su odio hacia Latham Tavenner se lo impedía. ¿Cómo era capaz de poner a Josy en esa situación tan embarazosa? Cierto que no tenía la menor idea de la tragedia que le había sucedido a Josy; pero no por eso podía justificarse su comportamiento. El mismo tenía que haberse dado cuenta, antes de que Belvia se lo dijera, de lo tímida que era Josy. Y, sin embargo, ¡ahí estaba, esperando a que lo telefoneara!

En ese momento, Belvia «vio» la cara de ese atractivo y arrogante hombre. Metió la cabeza bajo la almohada en un intento de escapar, de huir de aquellas visiones que la perseguían.

Pero al día siguiente no tuvo forma de escapar de él:

—Belvia, ¿llamaste anoche a Latham Tavenner?-le preguntó su padre nada más sentarse a la mesa a desayunar.

—Sí.

—¿Y?

—Todavía no hay nada fijo -respondió. Su padre esperó; quería saber más-. Pero estará arreglado antes del sábado por la noche.

—Más vale que sea así -gruñó. Luego terminó de desayunar sin decir ni una sola palabra y se marchó a la oficina.

—Quizá deberías pensarte lo de marchamos a vivir por nuestra cuenta una vez que papá haya conseguido el préstamo -le comentó entonces Belvia a su hermana.

—No, no podría hacerle eso.

—Por supuesto que puedes, cariño. Podríamos encontrar un piso pequeño en algún sitio y...

—¿Y qué pasaría con papá? ¿Quién cuidaría de él?

—Ya es mayorcito para cuidarse él solo y, si no, pues que pague a una asistenta.

—No, no puedo, Bel... Ahora no...

—No pasa nada. No te agobies. Sólo era una idea -sonrió Belvia, que tenía la esperanza de que, con el paso de los días, Josy se fuera haciendo a dicha idea.

Por la tarde, Belvia fue a la cuadra a ver a Hetty. No le había recordado a Josy que tenía pendiente la llamada a Latham Tavenner y, en realidad, se le había ocurrido que quizá podría llamarlo ella misma, decirle que Josy iba a pasar unos días fuera e invitarlo a cenar el sábado. Para entonces, a la hora de cenar, Josy ya habría vuelto a casa.

Iba a contarle el nuevo plan a su hermana; pero nada más verla se dio cuenta de que algo iba mal.

—¿Qué ha pasado? -le dijo acercándose a ella.

—Lo llamé.

—¿Al trabajo? -le preguntó. Tenía que haberle costado mucho sacar fuerzas para hacer eso.

—Pensé que te estaba cargando con demasiada responsabilidad, así que...

—Oh, Josy -dijo Belvia a la vez que abrazaba a su hermana.

—De todos modos, si te soy sincera, tenía la esperanza de que si llamaba a Latham Tavenner a su despacho, no tendría tiempo para atenderme y podría dejar un mensaje diciendo que había llamado, y así...

—¿,Y así no tendrías que llamarlo otra vez? -se adelantó Bclvia.

—Pero no resultó ser una idea tan brillante como yo esperaba, porque después de que en recepción me preguntaran cómo me llamaba, Latham Tavenner se puso al aparato y... casi me muero.

—Da igual, ya lo has llamado. Ya ha pasado lo peor -intentó animarla Belvia, aunque dudaba que su hermana fuera a lograr olvidarse de Latham-. ¿Estuvo muy hostil?

—No, la verdad es que no. De hecho, supongo que podría decirse que, si bien hablaba con firmeza, su tono parecía bastante agradable.

¡Agradable! Parecía increíble que ese hombre pudiera ser agradable.

—Y, ¿en qué sentido dices que habló con firmeza? ¿Te aseguró

que vendría el sábado a cenar?

—Fue firme en su decisión de no venir a cenar -contestó. Su preciosa voz parecía a punto de quebrarse-. Pero comentó que, dado que el otro día cociné yo, ahora debía invitarme él a su casa.

—¡Ni se te ocurra! -exclamó Belvia agitada-. ¡No irás! ¡De ninguna manera!

—Pero, Bel, tengo que ir. Ya oíste a papá...

—No tienes que hacer nada de eso -insitió Belvia, que no quería seguir oyendo hablar del tema y aún no había encajado la invitación que Latham Tavenner le había hecho a su hermana-. ¿La invitación era para ti sola? ¿No invitó a papá también? -preguntó. Sabía de sobra que ella no sería bien recibida.

—Me invitó sólo a mí. Eso lo dejó bien claro. Estoy obligada a ir-dijo angustiada-. Si no, la empresa de papá se arruinará y toda esa gente se quedará sin trabajo y...

—Déjalo de mi cuenta. Ya se me ocurrirá algo -le prometió Belvia. Tenía hasta el sábado para pensar en algo brillante.

Al llegar el sábado, el señor Fereday ya se había enterado de que Latham Tavenner había invitado a Josy a cenar a su piso de Londres, noticia que le agradó sobremanera. Belvia, para no enrarecer el ambiente de casa, prefirió no desengañarlo. Latham Tavenner había ofrecido mandar un coche, pero Josy le había dicho que iría en el suyo propio. Belvia se negaba a permitir que ese hombre cenara a solas con Josy. Ni en su piso ni en ningún sitio. Antes tendrían que pasar por encima de su cadáver.

Sin embargo, a Belvia no se le ocurría nada para sacar a su hermana de aquel compromiso. Si decía que el coche de Josy se había estropeado, Latham mandaría otro a recogerla. Tal vez podría llamarlo y decirle que, por mucho que Josy se lo hubiera asegurado, era demasiado tímida y no aparecería. Pero, en ese caso, Latham Tavenner no querría volver a saber nada de esa familia, y el señor Fereday se encontraría en una situación muy apurada.

—Tengo que ir -dijo Josy preocupada una vez terminaron de comer el sábado por la tarde.

Belvia no necesitaba preguntar adónde. Las dos lo sabían de sobra.

—Ya te he dicho que no vas a ir-reiteró Belvia-. He decidido que voy a llamarlo a ver si quiere verme a mí. Entonces le explicaré

que... que como te ha ocurrido recientemente algo muy penoso...

—¡No! ¡No quiero que le cuentes lo de Marc! - exclanmó Josy, cuyos ojos se anegaron de llanto súbitamente.

—¿Tanto te importaría, cariño? -le preguntó rodeándola con un brazo.

—Él se lo contaría a papá y yo... no soportaría que se burlase...

—Vamos, tranquila, no te preocupes -dijo Belvia, aunque pensaba que ahí tenían un buen pretexto: si Lathani Tavenner tenía el sentido del honor que le atribuían, se ciaría cuenta de que estaba turbando el ánimo de una mujer viuda que ya estaba de por sí afligida-. De todos modos, lo llamaré a ver si quiere verme.

—¿Con qué propósito?

—Le haré ver lo tímida que eres y lo difícil que te resulta hacer nuevas amistades -respondió intentando aparentar una seguridad en sí misma que en modo alguno poseía.

—¿Crees que con eso será suficiente?

—Podemos intentarlo. De algún modo, conseguiré que te deje tranquila.

Belvia fue hacia el teléfono y marcó el número de Latham Tavenner; pero no contestaba. Estuvo llamándolo cada media hora, siempre en vano. ¿No se suponía que tenía que estar en casa esperando a su invitada?

De pronto miró la hora y se dio cuenta de que se le había echado el tiempo encima. Descolgó el auricular por última vez y, como Latham Tavenner seguía sin dar señales de vida, a Belvia sólo le quedó una opción: como ya hiciera la anterior ocasión, tendría que, para tormento de ambos, presentarse en lugar de su hermana. Belvia subió al baño, se duchó y se cambió de ropa.

—Me siento fatal. No sé cómo te dejo que hagas esto -le dijo Josy a su hermana al despedirla.

—Tú manténte alejada de papá si vuelve pronto a casa, cosa que dudo. Nunca se enterará de quién de las dos fue -dijo Belvia. Arrancó el coche y sonrió, a pesar de sentir un gran desasosiego, pues sabía que no iba a ser bien recibida. Además, llegaba tarde.

Belvia se esforzó por apaciguar sus nervios. Llegó al piso de Latham, aparcó el coche y, cuando iba a entrar en el edificio, un portero uniformado la detuvo.

—El señor Tavenner me está esperando –sonrió Belvia.

—¿Puede decirme su nombre, señorita? -le preguntó.

—Fereday. Bel... Señorita Fereday.

Belvia seguía muy inquieta al entrar en el ascensor. ¡Qué ganas tenía de que todo pasara y de estar de vuelta en casa! Llamó al timbre de la puerta de Latham y esperó a que la fulminaran.

No estaba muy equivocada. La puerta se abrió y Latham Tavenner apareció: alto, vital, vestido de sport... y con ojos incrédulos. Tan sorprendido estaba que, mientras Belvia reunía fuerzas para articular palabra, Latham dio un paso al frente y miró a ver si había alguien más, como si no creyera que Belvia se hubiera vuelto a presentar en lugar de su hermana.

—¿Dónde está Josy? -preguntó sin hacer mención al elegante vestido que Belvia llevaba.

—Ella...

—¡No me lo puedo creer! -exclamó. Estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices. -¡Puedo explicártelo!

—Tu hermana debía haber llegado hace una hora.

—Intentó llamarte por teléfono, pero no estabas en casa. Y me perdí mientras venía -mintió-. Lamento llegar tarde.

—En realidad, no te esperaba.

¿Cómo podía pensar Josy que ese hombre era amable? Entonces, Belvia imaginó que Latham Tavenner habría decidido que Josy se merecía que la trataran con amabilidad, mientras que ella jamás seria dispensada con tales lujos.

—¿Puedo entrar?

—Voy a cenar -la informó ariscamente.

—Yo tampoco he cenado -se atrevió a decir. Esperaba que reaccionase de forma violenta, pero, aunque no llegó a sonreír, sí se mordió los labios como si algo le hubiera hecho gracia-. Quería hablarte de Josy -añadió. Tenía que dejar zanjada esa cuestión esa misma noche.

—¿Te va a llevar mucho tiempo?

—Seré tan breve como pueda -le prometió, aunque no tenía ni idea de qué podía decirle sin mencionar a Marc.

—Compartiré contigo mi cena -murmuró no muy ilusionado.

Por fin entró en casa y se dirigieron hacia una sala de estar enmoquetada que tenía espacio suficiente para ,seis sofás, aunque en realidad sólo contaba condos, unas pocas sillas y alguna mesa

baja.

—Vamos al comedor directamente -dijo su anfitrión, guiándola.

—¿Puedo lavarme las manos primero? -preguntó en cambio, pues no sabía cómo ganar tiempo para que se le ocurriera un modo de pedirle que dejara tranquila a Josy.

—La segunda puerta a la derecha, por ahí -indicó Latham, que parecía estar ya arrepentido de haberla dejado entrar en casa.

Cuando diez minutos más tarde se unió a Latham en el salón, seguía con la mente en blanco. Había dos cubiertos sobre la mesa y él estaba de pie frente a uno de ellos. A pesar de su enojo, Lathani esperó a que Belvia se sentara antes de hacerlo al. Belvia agarró un cuchillo y lo untó de un pata exquisito.

—¡Está riquísimo! ¿Lo has hecho tú?

—Sabes de sobra que no -gruñó. Luego volvió a morderse los labios de esa manera tan peculiar. Su boca era fabulosa.

—Ya... -vaciló. Belvia sabía que no debía hacer más comentarios de ese estilo si no quería que Latham la echara de casa antes de haber tenido oportunidad de hablarle de su hermana... ¿cómo podía estar pensando en lo fabulosa que era su boca, cuando precisamente había ido a ver a ese hombre para apartarlo de su hermana?-. Señor Tavenner -dijo. Sin embargo, al darse cuenta de que Latham la estaba estudiando con la mirada, se olvidó de cuanto iba a decir.

—Realmente eres hermosa -le dijo Latham Tavenner. Belvia no podía creer lo que había oído ni el tono tan impersonal en que la había halagado-. ¿Se puede saber por qué, con la cantidad de virtudes que tienes, te has ido a liar con un hombre casado?

Belvia estaba tan sorprendida de aquellos piropos, por muy impersonal que fuera el tono en que se los había dicho, que no logró explicarle que en realidad no tenía ninguna relación adúltera con ningún hombre. Tuvieron que pasar cinco segundos antes de poder volver a hablar.

—Señor Tavenner...

—¿«Señor Tavenner» dos veces seguidas? -se burló, como para recordarle que el martes anterior, al hablar por teléfono, ella lo había llamado Latham.

—¿Prefieres que te llame por tu nombre?

—Prefiero que te comas el paté para poder servir el siguiente plato.

Belvia se sintió aliviada por aquella tregua, pues no era de buena educación hablar con la boca llena. Tenía un poco de tiempo para pensar en cómo defender a Josy.

—Estaba todo muy rico -dijo de corazón después de terminar de comer-. Y ya sé que no lo has cocinado tú -añadió.

—Hay cosas que se me dan mejor -confesó. Belvia pensó que tal vez Latham tuviera a una de sus amantes en la cocina, cocinando para ellos. Esa idea, no sabía por qué, le resultaba repulsiva; pero Tavenner le resolvió las dudas-. Mi asistenta es una virtuosa en la cocina. ¿Quieres vino? -le ofreció.

—No, tengo que conducir -respondió Belvia con una sonrisa; debía estar totalmente lúcida durante esa conversación.

Belvia no podía resistirse, se veía impulsada a admirar esa fabulosa boca, que seguía sin hacer amago de sonreír. De hecho, cuando lo miró a los ojos, se dio cuenta de que no tardaría en realizar algún comentario incisivo.

—¡Qué increíble! Eres tan respetuosa con el cóigo de circulación que ni siquiera te tomas una opa. Es una lástima que no seas tan respetuosa con el matrimonio.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? -estalló Belvia.

—¡Perdona! ¡Pero eres tú la que ha reconocido estarmanteniendo una relación adúltera!

—No, yo... -vaciló-. En realidad...

—¡Qué curioso! Creía que podías inventar mentiras sin descanso.

—¡De acuerdo! Te he mentido... un poco -reconoció Belvia.

—Más bien diría que en cuanto has tenido la menor oportunidad.

—¡Oye, escucha! -exclamó furiosa. La relativa tranquilidad de la cena ya formaba parte del pasado. Se puso de pie bruscamente-. Si te he mentido, ha sido porque tenía buenas...

—¿Sí? ¡Venga, por favor! -se mofó.

—¡Porque tenía buenas razones! Y por lo que respecta a lo de la relación adúltera...

Latham también se había puesto de pie y, justo cuando Belvia estaba deseando tenerlo más cerca para darle una bofetada, dio un par de pasos y se puso frente a ella.

—No me mientas -le ordenó Latham después de agarrarla de un

brazo.

—¿Qué?

—Que no me mientas. Ya sé que vas de cama en cama y que no te importa lo más mínimo que...

—¿Cómo te atreves? ¡Yo no voy de cama en, cama! Yo...

—¡Ahora me vendrás con que todavía eres virgen! -No lo creerías, ¿verdad?

—Por supuesto que no lo creería.

—¡Pues que te parta un rayo! -exclamó. Intentó marcharse, pero Latham seguía sujetándola-. ¡Aléjate de mí! -gritó. Luego le dio un empujón con todas sus fuerzas, pero no le hizo retroceder ni un centímetro.

—Dios mío, ¿cómo puedes ser tan remilgada? -preguntó. Belvia vio un brillo en aquellos ojos grises que no le gustó nada. Un segundo después, las manos que antes le sujetaban los brazos, rodearon su cuerpo. A pesar de los esfuerzos que Belvia hizo por liberarse, Tavenner acabó dándole un salvaje y violento beso.

—¡No! -gritó en cuanto Latham apartó los labios de su boca. Eso fue todo cuanto le dio tiempo a decir antes de que volviera a besarla.

Intentó por todos los medios escaparse, pero él no se lo permitió. De hecho, lo único que conseguía resistiéndose era que Latham la sujetara con más fuerza. Podía sentir el calor y la fortaleza de su cuerpo, que la asustaba y debilitaba sus propias fuerzas.

Pero el miedo la ayudaba a luchar con más vigor. Intentó darle una patada en la espinilla, pero no acertó. Intentó retorcerse y girarse para escapar, pero todo era inútil: la lluvia de besos salvajes no parecía sino haber comenzado.

—Sigue así, amorcito, ya verás qué bien lo vamos a pasar.

—¡Estúpido engreído! -respondió malhumorada.

Latham empezó a besarle el cuello y Belvia se quedó sin respiración.

De pronto se dio cuenta de que, si bien seguía estando en peligro, de alguna manera, ya no se sentía amenazada; tenía el miedo bajo control. Decidió que, ya que sus esfuerzos por liberarse lo excitaban aún más, tendría que tener la frialdad de permanecer quieta. No tenía nada que perder y, tal como estaban las cosas, sí mucho que ganar. Podría, por ejemplo, conseguir que la sujetara

con menos fuerza. Quizá consiguiera un poco de espacio para intentar darle otra patada y, mientras se recuperara, saldría corriendo.

Así, Belvia decidió dejar de pelear y, para su sorpresa, funcionó. Un instante después, Latham se separó y, sin dejar de sujetarla, la miró a la cara. Entonces sonrió, aunque más tarde Belvia se dio cuenta de que no debía haber confiado en aquella sonrisa; pero era la primera sonrisa sincera que le dedicaba y estaba tan sorprendida, que no se acordó ni de intentar darle una patada.

Luego fue demasiado tarde. Latham siguió reteniéndola, pero ya con delicadeza. Bajó la cabeza y su boca buscó la de ella y le dio un profundo beso. Belvia estaba perdida. Nunca en su vida le habían dado un beso tan maravilloso, tan delicioso.

—Latham -susurró Belvia desconcertada. Se miraron a los ojos. Su corazón no había estado nunca tan acelerado y, cuando Latham volvió a reclamar sus labios, ella no puso la menor objeción. Belvia movió las manos, ya libres, y se sintió contenta de poder rodear aquel cuerpo varonil.,

Era como estar en el paraíso. El la sujetaba con fuerza, pero sin rudeza. Sus dedos expertos le bajaron un poco la cremallera del vestido. Empezó a besar la desnudez de sus hombros y Belvia se quedó sin respiración al sentir aquellos cálidos labios.

Lo atrajo para sí. Una vez más sus labios volvieron a encontrarse, pero Belvia ya no estaba preocupada por nada. Su mágica boca seguía aferrándose a sus labios, y sus dedos empezaron a acariciarle la espalda; la cremallera bajada ya por completo. Se apretaron más aún y Latham le quitó el sujetador.

De repente, Belvia sintió que su sangre bullía. Era consciente de que a medida que se besaban se estaban moviendo. Pensaba, aunque no con mucha claridad, que sólo se habían desplazado un metro; pero cuando abrió los ojos para recrear la vista con la presencia de Latham, se dio cuenta de que estaba en el umbral de un dormitorio.

Belvia creía que el corazón iba a romperle las costillas. Eso no podía estar pasando. Belvia sabía que no estaba bien; pero Latham la había ablandado de tal forma que no estaba claro qué era correcto y qué, incorrecto. Sólo sabía que no quería detenerse, a pesar de que había algo que sí la retraía.

—No... no puedo seguir adelante -consiguió decir. Tuvo la sensación de que no lo odiaba, de que en realidad le gustaba mucho cuando su cara se iluminaba con aquellas sonrisas maravillosas.

—Tú decides, hermosa Belvia -murmuró-. Aunque... ¿quizá un último beso?

Justo lo que necesitaba. Sonrió y Latham entendió la invitación de aquellos labios sonrientes. Belvia creía que ya había aprendido mucho esa noche sobre las distintas formas de besar; pero cuando Latham volvió a apretar sus caderas y tomó su boca, conoció una nueva dimensión de la pasión y así, irreflenable

mente encendida, dio un paso más allá y se adentró en el dormitorio.

—¿Me deseas? -le preguntó Latham.

—¡Sí!, ¡sí! -susurró ansiosa por retomar la conversación con los labios. Belvia permaneció entre sus brazos deseosa de que Latham le enseñara todo cuanto supiera; pero, de pronto, se quedó sola, a más de un metro de distancia de Latham.

Belvia se sintió desconcertada, lo miró a la cara y vislumbró una mirada que indicaba su nulo interés por hacerla suya.

—Pero... ¿Qué...? -preguntó jadeante. No fue capaz de hilvanar dos palabras seguidas después de ver su mirada de burla.

—¡Qué gran actriz! -exclamó, mostrando a las claras que no tenía ningún deseo de hacerle el amor-. ¿Y eres tú la que dice que no va de cama en cama?

Belvia se quedó boquiabierta, conmocionada, y acto seguido la sorpresa cedió el paso a la cólera; la rabia la consumía. La había engañado y había estado totalmente a su merced. Había estado jugando con ella para poder mofarse y preguntarle «¿Y eres tú la que dice que no va de cama en cama?». Siguió enfurecida después de «despedirse» de Latham. Lo único que la satisfacía era el dolor que sentía en la mano derecha, el cual indicaba que en esa ocasión no había fallado; de hecho, su bofetada había dado en el blanco.

Capítulo 4

EL DOMINGO, Belvia se despertó temprano después de no pegar ojo en toda la noche. En contra de lo que esperaba, los recuerdos del último encuentro con Latham la atormentaban más todavía que al acostarse.

Le habría gustado quedarse en la cama todo el día. ¿Cómo podía haber sido tan insensata? Antes de conocer a Latham Tavenner siempre se había considerado muy calmada y racional; pero ya no sabía qué pensar de sí misma.

Deseaba convencerse de que todo había sido culpa de él; de que si no hubiera la besado con tanta maestría, si no la hubiera acariciado con tanta ternura, ella no habría reaccionado de esa forma. Había perdido la cabeza.

Oyó que Josy se había levantado, así que decidió saltar de la cama y darse una ducha rápida. Su hermana estaría ansiosa por saber qué había pasado. De hecho, la había esperado por la noche, pero su padre había llegado en esos momentos y ella se había escabullido para que no la viera.

Belvia no sabía qué iba a contarle su hermana. El único motivo por el que había ido a ver a Latham era apartarlo de Josy y, sin embargo, no había podido sacar ese tema de conversación en toda la noche. En cualquier caso, no podía explicarse nada de lo que había sucedido. ¿Cómo había podido, si su intención 1inicial había sido la de ser amable, darle una bofetada y marcharse del piso corriendo?

Cada vez que recordaba aquellas escenas se acaloraba. ¿Cómo podía haber compartido aquella intimidad con ese hombre al que odiaba, ella que siempre había sabido que sólo se entregaría si sentía verdadero amor? Por supuesto, le molestaba el

comportamiento de Latham Tavenner; pero eran sus propias reacciones las que más la martirizaban.

¿Y él? ¿No se suponía que era a Josy a quien pretendía? Belvia sabía que no era ninguna experta en relaciones sexuales, pero tampoco era tan ingenua como para no darse cuenta de cuándo la deseaba un hombre, por mucho que se contuviera e incluso la rechazara.

¿O quizá era más ingenua de lo que creía y Latham sólo había querido demostrar que ella iba «de cama en cama»? Se alegró de haber golpeado al muy canalla; pero luego pensó en la ruina que aquella bofetada podía suponerle a su padre. Estaba desesperada. Entonces, Josy llamó suavemente a la puerta.

—Hola, Jo -la saludó de buen humor-. Te has levantado muy pronto.

—Tú también... ¿qué tal te fue? -preguntó inquieta.

—Bien -respondió con una amplia sonrisa. Aunque tuviera que inventarse una enorme mentira, quería que su hermana se olvidara un día de sus preocupaciones.

—¿Lograste convencerlo de que estaba perdiendo el tiempo conmigo? -siguió interrogándola. Belvia supo entonces que su hermana no sería capaz de soportar que Latham la estrechara entre sus brazos como la había estrechado a ella.

—Tal como dijiste, sabe ser muy amable cuando quiere. Me invitó a cenar y se mostró muy comprensivo... con lo de tu timidez, quiero decir. Me pidió que te deseara suerte y que superaras ese problema -concluyó Belvia.

—¿Y ya no volverá a llamar a casa por teléfono?

—No -mintió con firmeza, dispuesta a hacer guardia delante del teléfono toda la semana.

Por suerte, el señor Fereday estaba ocupado con otros asuntos y no se acordó de preguntarle a Josy cómo le había ido con Latham. Además, como había quedado con una mujer y estuvo fuera todo el domingo, el día pasó sin que nada encrespara el mar de tranquilidad en el que Belvia creía que su hermana se hallaba.

Durante el resto de la semana, Belvia se las ingenió para salir al paso cada vez que su padre hablaba de Latham Tavenner, lo cual, afortunadamente, nunca sucedió en presencia de Josy. También se ocupó de contestar al teléfono siempre que pudo, aunque tenía que

salir todas las tardes a la cuadra para montar a Hetty. Con el paso de los días, logró relajarse poco a poco.

Llegado el siguiente domingo, y dado que Latham Tavenner seguía sin dar señales de vida, Belvia empezó a pensar que quizá había renunciado de veras a Josy; sin embargo, horas después, pudo comprobar que ése no era el caso: su padre no había vuelto a casa y Belvia estaba en el salón tomando una taza de té con Josy... Sonó el teléfono. Después de toda la semana esperando que Latham Tavenner lamara, 1Belvia ya no creía que fuera a hacerlo nunca, motivo por el cual dejó que Josy contestara.

—Digas? -preguntó Josy, que un segundo más tarde se quedó pálida.

Belvia reaccionó inmediatamente, saltó de la silla y le arrebató el auricular a su hermana:

—¡Diga!

—Si no te importa, estaba hablando con Josy -afirmó malhumorado Latham Tavenner después de una breve y silenciosa pausa. Por desgracia, no le había perdonado su intento de romperle la mandíbula.

—Lo siento -murmuró con educación, sin saber muy bien si estaba siendo educada por ella, por Josy o por su ;padre y los trabajadores de la empresa-. Josy se ha ido corriendo: tenía unas cosas al fuego -añadió. Entonces vio que la tensión del rostro de Josy iba desapareciendo y le dijo que sí con la cabeza cuando ésta le indicó que iba a colocar las tazas del té en el fregadero.

—Ya, claro, espero que no se incendie la casa - comentó con sarcasmo.

—Dime, ¿por qué quieres hablar con Josy? -le preguntó cuando ésta hubo salido del salón.

—Se dice «por, favor, dime por qué...» -respondió Latham llamándole la atención sobre sus modales. ¿Cómo era posible que le costara tan poco esfuerzo sacarla de sus casillas? Tenía ganas de volver a pegarle.

—¿Hay algo que podamos hacer por ti?

—¿Que podamos?

—Está bien, que yo pueda.

—¿Es que no crees que ya has hecho suficiente?

—Creo que -dijo reprimiendo su irritación-cuando te sacu...

pegué el sábado, te lo tenías merecido, lo cual, si tienes algo del sentido del honor que dicen que tienes, tendrás que reconocer que es...

—Pero, ¿cómo te atreves a hablarme tú de honor?

Maldita sea, otra vez le estaba sacando a colación lo de su relación adúltera con el hombre casado.

—Bueno, entonces los dos pecamos de lo mismo -dijo tras vencer sus ganas de aclararle la verdad, aunque deseaba que Latham tuviera mejor opinión de ella-. Oye, parece que Josy tiene algún problema en la cocina; ya sabes, sigue allí... ¿quieres que le deje algún recado?

Latham no contestó y Belvia empezó a desesperarse: quería romper ese silencio que parecía estar diciendo «puedo prescindir de los Fereday», lo cual sería maravilloso para Josy, pero la ruina de su padre.

—Es con tu hermana con quien quería hablar -respondió por fin-. Tengo entendido que sabe bastante de caballos y me gustaría conocer su opinión acerca de un caballo que estoy pensando en comprar.

Belvia sabía que aquello era una excusa; que si necesitaba asesorarse ya se rodearía de personas más expertas. Lo peor de todo era que, al parecer, Latham no se había olvidado de Josy. Probablemente habría pasado la semana fuera, en viaje de negocios, y la estaba llamando nada más llegar. Se dio cuenta de que tendría que terminar, empezar más bien, lo que había ido a hacer la semana anterior: apelar a sus sentimientos, si es que tenía, para que dejara de presionar a su hermana.

—Mira. Latham -empezó con tono conciliador. -¡Ah! ¿Sigues ahí?

—La cuestión es... -vaciló.

—¿Sí?

—Pues... ¿podemos quedar?

—¿Quieres un segundo combate? -preguntó tras una nueva larga y mortificante pausa. Estaba claro que se refería al puñetazo de la semana anterior.

—No -respondió al instante, para que supiera que ésa no era su forma habitual de comportarse.

—Entonces, ¿me estás pidiendo una cita? -preguntó con

incredulidad, sin querer entenderla-. ¿Me estás pidiendo que salga contigo?

—No, no es eso en absoluto -aseguró con agresividad. ¿Quién se creía que era?-. Necesito hablar contigo para explicarte...

—Qué le pasa a Josy -terminó la frase-. No te salió muy bien la última vez que lo intentaste -le recordó. No, ese canalla no iba a dejarle olvidar esa «última vez».

—Por favor -se rebajó. De nuevo, el silencio se apoderó de la conversación.

—Supongo que podría invitarte a comer -pensó en voz alta. ¿Ese mismo día? ¿Y qué podía ponerse?-. Pero no sé por qué había de hacerlo... aunque, bueno, ya sabes dónde vivo; pásate esta noche -propuso. Y, sin más, él colgó el teléfono de golpe.

Hasta entonces, Belvia siempre había tenido la ventaja de decidir con quién quería salir; pero se había visto obligada a renunciar a ese privilegio para proteger a Josy y a su padre. Entonces, al pensar en su hermana, se acordó de que estaría nerviosa a la espera de saber el resultado de la conversación telefónica.

Belvia aceptó el hecho de que estaba a merced de míster «pásate esta noche; fin de la conversación».

Iría porque tenía que ir, pero, ¡Dios!, ¡cómo deseaba que Latham Tavenner desapareciera de sus vidas!

—¿Qué quería? -le preguntó Josy nada más verla.

—Nada preocupante -sonrió-. Le habían dicho, papá seguramente, que sabías de caballos y quería conocer tu opinión sobre un caballo que está pensando en comprar.

—¿Le dijiste que ya no quiero saber nada de caballos? -preguntó nerviosa.

—Claro, no te alarmes. Te dije que no tendrías que preocuparte más por Latham, ¿no? Y lo habrías podido comprobar tú misma si no hubiera hecho la tontería de quitarte el teléfono -afirmó sonriendo.

Pero dejó de sonreír cuando, con el paso de las horas, el momento de volver a encontrarse con Latham se acercaba. ¿Podía pasarle algo que no le hubiera sucedido ya? Estaba muy inquieta y decidió ponerse un elegante vestido rojo de manga corta, como si el ir bien vestida le diera seguridad.

—No me habías dicho que fueras a salir-le dijo Josy al verla.

—Se me ocurrió pasarme a ver a Kate, por si se sentía un poco desorientada con lo de la jubilación. ¿Quieres acompañarme? -le propuso para disimular, tentando a la suerte.

—No, gracias -sonrió Josy.

—Hasta luego. No creo que tarde mucho en volver... a no ser que Kate quiera sentirse acompañada y nos quedemos charlando hasta tarde.

Belvia estaba ansiosa por acabar con su encuentro de esa noche; pero no tenía ninguna prisa por volver a encontrarse con Latham Tavenner. En cualquier caso, como no quería cenar con él, se aseguró de no llegar a su piso antes de las nueve.

—Buenas tardes, señorita Fereday -la saludó el portero, que la acompañó hasta el ascensor y pulsó el botón del piso al que iba amablemente. Ya no quedaban porteros así. Cuando salió del ascensor, Belvia sólo podía pensar en el hombre al que había ido a ver. Llamó al timbre.

La hizo esperar un rato, pero acabó oyendo sus pasos. que se acercaban a la puerta. Estaba muy nerviosa, como un flan. La puerta se abrió y Latham apareció vestido de sport, tan alto y arrogante corno siempre.

—Adelante -la invitó. Sus ojos grises se fijaron en el rubio cabello de Belvia y en su vestido ceñido-. Estaba terminando de cenar; puedes preparar el café -dijo con voz de mando.

—Creo que sé dónde está la cocina -comentó con calma.

Allí encontró lo necesario para preparar el café. Intentó tranquilizarse y encontrar algún tema con el que romper el hielo. ¿El trabajo? No, no podía cometer un fallo así. Latham Tavenner era un empresario muy perspicaz y Belvia no quería que sospechara de ella o de su familia. Su padre se enfadaría mucho si se enterara de que había sugerido que quería hacer negocios con él; al señor Fereday no le gustaba mostrar sus intenciones.

Fue hacia al salón con una bandeja y dos tazas de café y Latham le indicó que las dejara sobre una mesa baja que había frente a un cómodo y lujoso sofá.

—¿Hace mucho que vives aquí? -le preguntó.

—Un tiempo -respondió-. Está bien situado y me viene bien para los negocios.

Belvia se sentó en el sofá y, de pronto, sintió que iba a perder el control: Latham se había sentado a su lado.

—Entonces, ¿no vives siempre aquí? -dedujo de la respuesta de Latham.

—Estoy fuera muy a menudo.

—¿Como esta semana? -preguntó al acordarse de lo que había pensado después de hablar con él por teléfono.

—Aterricé esta mañana -confirmó.

Así que había estado fuera del país incluso. No era buen presagio para su hermana que, nada más regresar, Latham la hubiera llamado con el pretexto de la compra del caballo.

—¿Leche? -le ofreció Belvia después de servirle el café. Era consciente de que estaba esquivando el tema del que había ido a hablar.

—No, gracias -respondió. Belvia estaba intentando organizar sus pensamientos para hablar de Josy, pero Latham la desconcentró-. ¿Y dónde te has dejado al novio esta noche?

—No hay tal novio -contestó.

—Antes no te importaba admitir que lo tenías -le recordó. Belvia se dio cuenta de que la conversación estaba tomando un mal cariz.

—Ya, pero... -intentó explicarse. Sin embargo, después de mirarlo a la cara, comprendió que ya era demasiado tarde para convencerlo de que no había ningún hombre casado en su vida. Además, ¿por qué tenía que convencerlo de algo que tenía que ver con su vida privada?

—¿Te importa si hablamos de otra cosa? -preguntó con calma, aunque sabía que sería él quien decidiría cuándo cambiar de tema.

—¿Te incomoda hablar de tu amante?, ¿del hombre con el que disfrutas a espaldas de su mujer?

—Te digo que no hay tal... -exclamó; pero no siguió adelante, pues sabía que estaba perdiendo el tienmpo-. No he venido para hablar de mí.

—¿Ah, no?

— ¡No! -espetó. Ya empezaba a tener ganas de darle otra bofetada.

—Entonces, a ver, déjame adivinar... será algo relacionado con tu hermana.

—Sabes de sobra que se trata de ella -comentó malhumorada.

—¿Lo sé? La última vez que estuviste aquí, en principio con la misma cantinela, acabaste, perdón si soy indiscreto, mostrando mucha curiosidad por mi cuerpo.

¡Ya estaba bien! Se levantó como un resorte del sofá y, a la misma velocidad, volvió a sentarse, pues Latham estaba tirando de su brazo con firmeza. Era evidente que él decidiría cuándo dar por terminada la discusión. Intentó resistirse y marcharse, pero acabo cediendo a su mayor fuerza.

Durante el forcejeo, Belvia sintió algo indefinido al tocar a Latham, cuya mano derecha había llegado incluso a rozarle los pechos.

—¡Ah! -exclamó como si le faltara el aire. El cuerpo de Belvia estaba convulso y Latham no retiraba la mano. Era más, como si no tuviera suficiente con aquel ligero contacto con sus pechos, desplazó una de las manos hasta abarcar uno de sus senos.

Belvia lo miró fijamente y trató de controlar sus emociones. Quería decirle que no, pero estaba demasiado paralizada como para hablar.

Entonces, Latham empezó a mover sus dedos con suavidad. Belvia intentaba tranquilizarse, pero le resultaba muy complicado calmarse mientras aquella mano seguía acariciando su seno. Cuando ascendió hasta su pezón endurecido, Belvia sintió que perdía el control. Se estaba derritiendo por él, por ese tacto cálido y sensual.

—No... no sigas -dijo a duras penas. La mano de Latham se detuvo en seco-. Yo... -tenía que alejarse de él para recobrar la compostura.

Esquivó su mirada y se levantó, sin que Latham intentara impedírselo en esta ocasión. Sabía que no podía marcharse de esa habitación sin dejar zanjada la cuestión de su hermana; pero en ese momento estaba más preocupada por no perder el juicio que por Josy.

Sin saber por qué, sus pasos la dirigieron inconscientemente hacia la cocina, donde intentó relajarse. El problema fue que Latham la siguió, lo cual hacía inútil cualquier propósito de lograr un poco de autocontrol. Decidió darle la espalda, como si pensara que no ver su irresistible e inteligente rostro la ayudaría. Pero eso no sucedió, porque Latham se acercó a ella hasta que Belvia sintió su respiración en el cuello.

—Belvia, tú me deseas, ¿verdad'?

—Estoy... confusa -respondió. Había sido capaz de no inmutarse antes los besos de otros hombres, pero la mera presencia de Latham la hacía enloquecer.

Belvia sabía que Latham estaba jugando con todos los ases de la baraja a su favor y, por eso, se quedó sorprendida cuando, incapaz de seguir oponiéndole resi:.tencia, Latham no aprovechó la situa

ción y, en cambio, se limitó a colocarle las manos sobre los hombros, acariciándolos suavemente.

No podía reprimir su deseo durante más tiempo, así que apoyó la nuca contra su pecho y exclamó su nombre.

—¡Latham!

La giró hasta poder mirarla cara a cara y, al mirarse, Belvia no encontró la fría mirada que siempre se había interpuesto entre ellos.

—Latham -susurró de nuevo.

Sus brazos le rodearon el cuerpo y Belvia se sintió en la gloria. Latham la abrazó sin pronunciar palabra; un abrazo que demostraba que podía ser muy cariñoso.

Lo miró a los ojos hasta que Latham bajó la cabeza lentamente para besarla. La fue guiando hacia el salón mientras sus lenguas seguían explorándose y allí se separó, la miró con dulzura y volvió a besarla.

Belvia sonreía tímidamente y su corazón latía desenfrenado. Colocó los brazos alrededor de las anchas espaldas de Latham y, porque lo deseaba, lo besó una vez más. Apretó el cuerpo contra el pecho de Latham, que había empezado a dibujar un sendero de besos por el cuello de Belvia. Sentía su cuerpo, ardiente y varonil, y ansiaba tener más muestras de su pasión. Su cuerpo estaba incendiándose con aquellas caricias de fuego.

Quería que le bajara la cremallera del vestido tal como había hecho la semana anterior, pero Latham no lo hizo. Prefirió seguir besándola mientras le acariciaba la cadera y luego más, más arriba...

—Latham -volvió a susurrar extasiada. Ya no se acordaba de que la anterior vez que había estado entre sus brazos él la había rechazado. No, era diferente, era dulce, era indescriptible.

—¿Estás bien? -preguntó Latham sofocado.

—Sí -respondió gozosa; gozo que aumentó cuando por fin se

decidió a bajarle la cremallera del vestido hasta la cintura.

Latham descubrió los hombros desnudos de Belvia y fue retirándole el vestido lentamente. Sintió cierta timidez cuando vio su vestido cayendo hacia el suelo e imaginó su cuerpo cubierto solamente por la lencería de encaje que llevaba.

—¿Pasa algo? -preguntó Latham al ver que Belvia estaba sujetando el vestido a la altura de la cintura. -Soy un poco... tímida.

—¿Tímida? -repitió sorprendido, aunque al acercarse a besarle el sujetador, pareció darse cuenta de que, en parte, sí compartía cierto rasgo familiar de timidez.

Belvia, a pesar de sentirse seducida por aquel bullicio de cálidas sensaciones, por esos labios que besaban sus senos, supo de pronto por qué quería que Latham fuera su primer amante y, en cambio, por qué no debía serlo.

—No... no quiero seguir -logró suspirar. Entendió que Latham se extrañara, pues había dado claras muestras de lo contrario.

—¿No quieres? -preguntó mirando alternativamente a sus ojos y al sujetador.

—No está bien -dijo, aunque deseaba que fuera ese hombre quien le hiciera el amor por primera vez.

—¿Como que no está bien? -repitió.

—No... no puedo -vaciló mientras empezaba a ponerse el vestido de nuevo. ¿Por qué no la ayudaba a subirle la cremallera?

Cuando volvió a mirarlo, el calor de sus ojos y el tono cariñoso de su voz habían desaparecido.

—¿Te pasa lo mismo con él?

—¿Con él?

—¡Con tu amante! -exclamó.

—Maldita sea, vete a... -prefirió no terminar la frase, pues recordó que había ido para hablar de Josy; aunque quizá ya no fuera el mejor momento-. ¿Puedo llamarte por teléfono?

— ¿Debo deducir que no vas a pasar aquí la noche?

—Ni un segundo más -respondió. Quería pegarle y besarlo al mismo tiempo. Salió de su casa echando pestes. Al ir a su casa se había preguntado qué podría pasarle que no le hubiera pasado ya; pues ya lo sabía: la muy tonta se había enamorado de él, mientras que Latham sólo deseaba su cuerpo. Y aun así, habría bastado con que se lo pidiera con amabilidad y se habría quedado en su piso.

Capítulo 5

SE ACOSTÓ con la esperanza de que al despertar descubriría que se había equivocado; que, en realidad, no estaba enamorada de Latham Tavenner. Pero el lunes, nada más abrir los ojos, se dio cuenta de que su enamoramiento no era una mera ilusión y que iba más allá de lo físico, de todo; más allá incluso de que Latham fuera indiferente hacia ella y prefiriera a su hermana Josy.

—¿Qué tal estaba Kate? -le preguntó ésta cuando Belvia bajó a desayunar.

—Bien, disfrutando de la vida -respondió después de acordarse de que había puesto a Kate como excusa para salir de casa. Se alegró de estar de espaldas a Josy en ese momento, para no tener que mirarla a la cara.

—Ya va siendo hora de que busques otro trabajo -intervino el señor Fereday cuando Belvia le sirvió un plato de huevos y bacon.

—¿A qué viene eso? -preguntó. Sin duda, el fin de semana no le había ido tan bien como habría deseado. ¿O era que la falta de dinero empezaba a preocuparlo de verdad?

Se había olvidado de que, aunque quisiera liberar a Josy de las garras de Latham, tenía que tratarlo con delicadeza para que no cambiase de idea respecto a la inversión en la empresa de su padre.

No, no había sido muy delicado pegarle un puñetazo, ni mostrarse dispuesta a hacer el amor para luego dejarlo a medias. A ese paso, la siguiente vez que Latham viera a su padre no le daría ni los buenos días.

—¿Quieres más café? -le ofreció Josy.

—No, gracias -respondió. Entonces se acordó desolada de que había quedado en llamarlo para volver a intentar hablar de Josy. Belvia necesitaba ver y tocar a Latham para alimentar su amor;

pero, al mismo tiempo, no se atrevía a telefonearlo.

Lo más seguro era que Latham no esperase su llamada después de cómo se habían despedido; aunque, como había ido a verlo para hablar de Josy, tal vez no le extrañaría tanto.

Belvia se acercó al teléfono muchas veces a lo largo del lunes, pero no se decidió a llamar. Y el martes sucedió lo mismo. El miércoles, en cambio, se levantó y se dijo que sería capaz de oír la voz del hombre al que amaba sin que se le rompiera el corazón.

Aun así, dejó pasar algo de tiempo y a las nueve se puso a leer el periódico de la mañana. Luego, a las nueve y media, le resultó imposible, pues Josy estaba cerca del teléfono y Belvia no quería que oyese su conversación con Latham para no preocuparla.

A las diez y media, decidió que ya estaba bien de excusas y dudas; que lo llamaría desde una cabina. En ese momento, llamaron a la puerta.

—Yo voy -le dijo a Josy, que estaba limpiando el salón.

No tenía ni idea de quién podría ser. Abrió pensando más en la llamada que iba a hacer que en quién aparecería tras la puerta: su corazón dio un vuelco, pues allí, frente a ella, se encontraba el hombre alto y moreno al que amaba.

—Eh... -tenía la garganta seca. Se puso colorada al verlo impecablemente vestido.

—Santo cielo, creía que las mujeres ya no se sonrojaban -comentó Latham al ver las mejillas arreboladas de Belvia.

—Y yo creía que los hombres no eran tan poco galantes como para decirlo en alto -respondió. Tenía la esperanza de que su rubor se debiera a que en su último encuentro ella había estado medio desnuda, y no a que, de tanto amarlo, verlo le produjera tanta alegría-. Josy no está -comentó bruscamente.

—No he venido a ver a tu hermana -respondió después de mirarla con frialdad algunos segundos, sin mostrar la más mínima sonrisa.

—¡Ah! -exclamó. Su corazón estaba acelerado. Belvia creía que iba a desmayarse-. ¿Has venido a... verme?

—Exacto. Sabía que eras inteligente.

«¡Qué gracioso!», pensó Belvia despectivamente. Sin embargo, tenía que admitir que si no quería ver a Josy y su padre estaba en la oficina, sólo podía haber ido a verla a ella.

—Adelante -dijo. En ese momento, justo después de haberle mentido diciendo que no estaba, apareció Josy. Belvia, a pesar de todo, a pesar de notar que su hermana se había sorprendido e incluso asustado por la visita, miró a Latham con gesto amable. Al hacerlo, pudo ver en su cara que no le había sentado bien aquella nueva mentira-. Josy, ¿te importa dejamos a solas? -le pidió con tacto.

—Claro, claro -respondió. Se sintió tan aliviada que no le importó no saber por qué la echaban. De todos modos, sus modales le impedían marcharse sin saludar a Latham-. Buenos días, señor Tavenner.

—Buenos días, Josy.

Acto seguido, Josy se fue hacia la cocina.

—¿Vamos al salón? -propuso Belvia, que aún no imaginaba por qué habría ido a verla. Estaba temblando. ¿Qué estaba haciendo allí si no quería hablar con su hermana, tal como había dicho? ¿Por qué quería verla a ella?

Latham cerró la puerta y Belvia, al mirarlo a la cara, con el corazón sobresaltado, supo que no debía haberlo hecho. Latham estaba estudiando cada facción de su cara, recorriendo sus largas piernas y su delgado cuerpo. Belvia quería hablar, pero, además de que no sabía qué decir, tenía la garganta seca.

—He pensado que -arrancó Latham ahorrándole el problema-, dado que parece que nos atraemos sexualmente... -se detuvo al ver que las mejillas de Belvia enrojecían de nuevo.

—Adelante -le instó Belvia, aunque habría preferido que Latham no hubiera sido tan directo; tratándose de ese tema, no estaba acostumbrada.

—Teniendo eso en cuenta, he decidido que sería mejor que yo viniese aquí para hablar de lo que querías la otra noche.

—¿De Josy? -preguntó. Latham asintió con la cabeza. Entonces, Belvia se dio cuenta de que ese hombre no era tan desalmado como ella había imaginado. Se había dado cuenta de que no podían hablar en su piso, donde siempre saltaba la chispa de su mutua pasión, y había decidido ir a su casa sin esperar a que lo telefoneara-. Siéntate. ¿Quieres un café? -le ofreció.

—No, gracias -respondió. Si tenía prisa, no daba esa impresión, pues permaneció de pie frente al sofá en espera de que Belvia

tornara asiento primero.

Esta optó por sentarse en una silla y, cuando los dos estuvieron acomodados, se dio cuenta de que Latham estaba esperando, dándole vía libre para que hablara de lo que quisiera.

—Josy es muy tímida -dijo después de tomar aire. Estaba nerviosa.

—Sí, eso ya me lo dijiste.

—Muy nerviosa.

—Ya, eso también me lo habías dicho.

Belvia miró a Latham, que parecía tranquilo y relajado. Dado que era ella la que había querido que ese encuentro tuviera lugar, tendría que llevar el peso de la conversación. Eso la molestaba, pero le daba confianza en sí misma.

—De verdad, no puedo creer que realmente te interese.

—¿Por qué no?

—Pues porque... -vaciló. ¿Cómo que por qué no? Lo sabía de sobra-. Porque...

—¿Sí?

—Ya sabes... Por tu forma de... bueno, sexualmente...

—Quieres decir, ¿por ti? -preguntó, aunque Belvia estaba segura de que sabía la respuesta.

—Sí, ¡justo eso es lo que quiero decir! -exclamó irritada. Tenía que tranquilizarse; enfadándose no conseguiría nada. Desde luego, no parecía que eso fuera a quitarle el sueño a Latham, que la estaba mirando fijamente una vez más. Belvia habría dado cualquier cosa por saber qué o en quién estaba pensando.

Ella creía que en Josy, y por eso se quedó boquiabierta cuando, de pronto, sin venir a cuento, le preguntó sin rodeos:

—Belvia, ¿cómo calificarías tu vida sexual?

—Bueno, yo... -balbuceó. Hizo todo lo posible por reaccionar; no sabía con seguridad qué contestara esa pregunta. ¿Lo preguntaba por cómo se había sonrojado al abrirle la puerta y verlo allí de pie tan...? Latham estaba esperando una respuesta y Belvia decidió ser sincera-. Yo no... Tú eres con quien más lejos he... -no le resultaba sencillo contestar tan abiertamente.

Y entonces tuvo ganas de volver a abofetearlo, pues Latham no parecía dispuesto a creerla; nunca lo había estado. La miró enfadado y, como si no pudiera permanecer quieto, se levantó del

sofá y fue hacia la chimenea.

—No me vengas con ese cuento -le ordenó-. ¡Mujer, tanto te cuesta decir la verdad!

Belvia pensó en mandarle a paseo. No la creería si le decía la verdad, así que, ¿qué opciones tenía? Tragó saliva. Si tenía que mentir, lo haría.

—Es muy satisfactoria -respondió, aunque no entendía qué tenía que ver su vida sexual con lo que estaban discutiendo.

—De acuerdo, sigue -respondió. Daba la impresión de que Latham creía que había tenido que esperar mucho tiempo para oír un par de palabras sinceras.

—Que siga, ¿con qué? -Belvia lo miró a los ojos y se dio cuenta de que Latham pensaba que estaba intentando demorar la conversación y que no iba a aguantar mucho más.

—Con tu hermana.

—No estoy segura... -vaciló.

—¡Arranca de una vez! -le ordenó. La miró con impaciencia y Belvia dedujo de su mirada que si no empezaba a hablar pronto, Latham se marcharía del salón e iría en busca de Josy.

—¿Puedo... puedo confiar en ti? -le preguntó Belvia, consciente de que tenía que decirle algo más que lo de la timidez de su hermana, pero sin saber el qué.

—Creo que más de lo que yo puedo confiar en ti.

—¡Serás...! -estaba tan agitada que tampoco ella podía seguir sentada. Ya que él estaba ocupando el espacio de la chimenea, Belvia decidió ponerse a mirar por la ventana. Mientras intentaba calibrar cuánto debía contarle y pensaba en Josy y en lo mal que lo estaba pasando, sintió que las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

Quería calmarse y escapar, pero, después de secarse discretamente una lágrima, se dio cuenta de que no había escapatoria, porque Latham se había acercado. Ella no se atrevía a darse la vuelta y mirarlo. Se aproximó más todavía hasta rozarle la espalda.

—¡Estás temblando! -exclamó. Belvia negó tal afirmación; pero, de pronto, Latham la giró con ternura para verle la cara-. ¿Qué te pasa, Belvia? -preguntó con gran delicadeza y dulzura, mientras acariciaba su barbilla y le levantaba un poco la cabeza.

Belvia miró aquellos ojos grises y supo que podía confiar en Latham.

—Josy... es una persona muy especial; una persona encantadora -empezó a hablar mientras seguía intentando recobrar la calma-. Nunca ha hecho ni pensado nada malo.

—¿Y?

—Y... no quiero que nadie le haga daño.

—Yo no le haré daño -respondió con suavidad.

—Es que ya se lo estás haciendo -le dijo apresurada-. Le estás haciendo daño pidiéndole salir.

—¿Tan delicada es? -preguntó con desconfianza.

—No sólo eso... -respondió. No podía contar nada más.

—Cuéntamelo todo -le pidió Latham. Sabía que Belvia estaba ocultándole algo. Esta lo miró a los ojos y se sintió reconfortada.

—Tengo... -vaciló.

—¿Miedo? -se adelantó. Ella asintió con la cabeza-. No lo tengas. Puedes confiar en mí. Te lo prometo.

Belvia estaba desconcertada. Quería gritar; quería explicarle que Josy sólo deseaba estar tranquila. Sin embargo, tenía la sensación de que nada detendría a ese hombre si no le daban una buena razón. Lo miró a la cara y en sus ojos vio comprensión. Volvió a darse la vuelta y miró por la ventana, aunque Latham prestó atención a lo que decía:

—Dime por qué no debo salir con tu hermana. Seguro que hay más hombres que también quieren -dijo. A Belvia le dolió tanto interés por Josy en vez de por ella-. Tiene que haber salido con otros hombres...

—Sólo con uno -respondió finalmente, convencida de que podía confiar en Latham por completo-. Y fue alguien muy especial para ella -añadió.

—¿Fue?

—El... -Belvia se mordió un labio- murió.

—¿Hace poco?

—No hace ni cuatro meses.

Latham se quedó en silencio unos segundos y, de nuevo, Belvia habría dado cualquier cosa por poder leer sus pensamientos.

—¿Por qué no me ha dicho nada tu padre? -preguntó en un tono que le hizo ver a Belvia que, de haber sabido eso, Latham no habría

presionado tanto a Josy. Se fue hacia la silla donde había estado antes sentada, para alejarse de ese hombre que encendía todas sus pasiones.

Latham se sentó de nuevo en el sofá y la miró sin

decir una sola palabra, a la espera de una respuesta. -Mi padre... no sabe nada al respecto -tuvo que

confesar.

—¿No sabe que había una persona muy especial para tu hermana y que murió? -preguntó intentando ocultar su incredulidad, pero dejando claro que, una vez que Belvia se había abierto a él, no pararía hasta saber hasta el último detalle.

—Josy no quería que lo supiese -se sorprendió Belvia diciendo.

—Así que tú también guardaste el secreto, ¿verdad?

—Me pidió que no dijera nada -contestó. Esperaba poder poner punto final a la conversación con eso, pero Latham siguió preguntando.

—¿Porqué?

—¿Por qué? -repitió. Intentaba ganar algo de tiempo para pensar. No quería seguir hablando, pero intuía que Latham no se conformaría con lo poco que sabía-. Porque... como sabes... pues... mi hermana es muy tímida. Le cuesta mucho relacionarse.

—Sí, eso ya lo sé -afirmó pacientemente. Belvia notó en el tono de su voz que estaba de veras interesado por lo que tenía que contarle.

Lo miró a la cara y vio en ella una sonrisa alenta

dora, que le dio ánimos para seguir desvelando el secreto de su hermana.

—Pero aunque siempre ha sido muy tímida con las personas, se ha sentido muy a gusto con los animales; sobre todo, con los caballos.

—De hecho, tiene un caballo, ¿no? -dijo con un tono de voz tan cálido que Belvia apenas pudo resistir las ganas de abrazarlo que le entraron.

—Sí. Heredamos algo de dinero de nuestra madre cuando cumplimos veintiún años, hace año y medio, y Josy se compró a Hetty con parte de su dinero...

—¿Qué hiciste tú con el tuyo? -preguntó Latham. Belvia no se lo esperaba. ¿No estaban hablando de Josy?

—Dejé el trabajo que entonces tenía y empecé a estudiar en algo que me gustaba de veras -contestó sonriente. Belvia vio que aquella seria mirada gris se había detenido en la curva de sus labios. El corazón empezó a desbocársele-. En cualquier caso, fue una época muy agradable para las dos. Yo estaba haciendo algo que me gustaba y Josy tenía a Hetty. No tenemos sitio donde guardar caballos; pero eso no supuso problema alguno, porque hay una cuadra a un par de kilómetros y Josy consiguió que admitieran allí a Hetty.

—Y supongo que iría a verla todos los días, ¿verdad?

—Sí. Realmente fue una época muy feliz de su vida. En cuanto terminaba los quehaceres de casa, se iba a la cuadra. Daba igual que fuera sábado, lunes, que lloviera o hiciera sol... Y, poco a poco -continuó con voz quebrada al recordar-, a medida que pasaba más y más tiempo en la cuadra, fue tomando confianza con un hombre que trabajaba allí como mozo.

—Un día me confesó que Marc... -se quedó sin voz. Le dolía tanto como a su hermana.

—¿Que se había enamorado de Marc? -le preguntó con mucho tacto.

Belvia asintió con la cabeza. Estaba demasiado emocionada para hablar. Carraspeó para aclararse la voz.

—Un día le pidió a papá si podía invitar a Marc a casa para presentárselo. Era muy importante para ella, pero...

—A tu padre no le pareció buena idea -se adelantó.

—¿Cómo sabías...? -interrumpió su pregunta. ¿En qué estaba pensando? Su padre estaba intentando impresionar a Latham y ella había estado a punto de mostrarle lo clasista que en realidad era-. Mi padre sólo quiere lo mejor para Josy. Y para mí también -añadió para no dejar tan mal a su padre.

—Pero tú no querías casarte con un mozo de cuadra -señaló Latham. Belvia habría preferido no tomar protagonismo. El motivo de aquella conversación no tenía nada que ver con ella.

—¿Cómo has adivinado que Josy quería casarse con Marc? -preguntó para no centrar en sí misma la atención.

—Es obvio.

—Sí, supongo que lo es -convino.

—Pero tu padre se negó a que se casara con el hombre al que

amaba.

—Josy no le pidió su permiso ni su bendición. -¿Ah, no?

—No -contestó. Sabía que Latham quería más, pero no debla seguir adelante.

De pronto, Latham se levantó del sofá y, sin prisa, se sentó en el brazo de la silla en la que ella se encontraba. Belvia se quedó aturdida. Estaba muy cerca. Demasiado. Tanto que empezaba a ponerse nerviosa. Latham se inclinó para tomar sus manos con dulzura.

—¿Y entonces? -le preguntó con suavidad. Belvia tuvo que luchar lo indecible para ocultar lo que estaba sintiendo; para no mostrarle su amor.

—Entonces se casó con él en secreto -no bien hubo contestado, se arrepintió de lo que acababa de decir.

—¿Tu padre no sabía que una de sus hijas se había casado? -preguntó Latham asombrado.

—Y sigue sin saberlo -añadió aterrorizada por su confesión. Latham tenía que prometerle que no le diría nada a su padre-. Josy decidió, dando muestras de una firmeza que jamás sospeché en ella, que se casaría con Marc y se lo diría a mi padre al volver de la luna de miel; pero...

—¿Fue entonces cuando Marc murió?, ¿en la luna de miel? -preguntó Latham.

Después de decirle que Josy iba a contárselo a su padre pasada la luna de miel, no tenía sentido negarse a hablar de la tragedia que le había sucedido a Marc antes de que el viaje de novios terminase.

—Sí. Josy le dijo a nuestro padre que se iba fuera unos días; con eso bastó. Yo la acompañé a la boda. Sólo había un testigo más. Lloré de lo mucho que me alegraba por ella --comentó. Ya que había empezado, quería terminar cuanto antes-. Fueron a Francia a ver a la familia de Marc, para decirles que se habían casado y pasar allí la luna de miel; pero sólo un día más tarde, Josy me llamó desde Francia y me dije que Marc había muerto.

—Y fuiste a Francia en seguida para consolarla -comentó Latham, dándolo por sentado.

—Exacto. Llamé a la secretaria de mi padre para dejarle un mensaje, en el que le informaba de que yo también había decidido tomarme unas pequeñas vacaciones, y salí disparada. Josy no

reaccionaba. Estaba como ida... Regresamos después del funeral.

—¿Y aun así no le contasteis a vuestro padre lo que había ocurrido? -preguntó Latham, que no cabía en su asombro.

—Josy no quería -respondió Belvia. ¿Quién podía culpar a su hermana después de la reacción que había tenido su padre al enterarse de que Marc era un mozo de cuadra?

—¿Me estás diciendo que tu padre no sabe nada del matrimonio de tu hermana?

—Precisamente.

—¿Que no tiene ni idea de que está viuda?

—La más mínima -respondió-. Y, por favor, prométeme que no le dirás nada. Dame tu palabra de...

—¿Es que tu padre no se dio cuenta de que a Josy le ocurría algo? -la interrumpió Latham.

—Josy siempre ha pasado muy desapercibida debido a su timidez.

—¿Incluso dentro de la familia? -preguntó sorprendido.

—No, claro que no. Pero siempre ha sido muy tranquila, así que... Bueno, mi padre está siempre muy ocupado, así que no se dio cuenta de que estaba algo más callada y abstraída de lo normal. De todos modos... -no supo si continuar.

—De todos modos, ¿qué? -insistió Latham.

—De todos modos, yo siempre daba la cara por ella y la justificaba cuando Josy sentía ganas de salir corriendo y se iba a llorar a su cuarto.

Durante unos segundos, sintió que Latham le apretaba las manos con más fuerza. De pronto, las soltó, se levantó del brazo de la silla y volvió hacia la chimenea. Entonces, para sorpresa de Belvia, le oyó decir:

—Todo lo cual demuestra que eres una magnífica hermana.

Se quedó boquiabierta. ¿A qué venía eso? Habían estado hablando de Josy, no de ella. Le había bastado un piropo para desarmarla; sin embargo, tenía que ser fuerte. Se lo debía a Josy. Intentó pensar en algo que decir, algo que la apartara del centro de la conversación:

—Tengo entendido que tú también eres una maravilla como hermano -comentó sin saber a quién se lo había oído decir; sin saber apenas nada, tan desconcertada como estaba.

Latham le dedicó una mirada que distaba mucho de ser agradable, como si hablar de la hermana de éste le hubiera recordado algo desagradable. ¿Es que no se llevaban tan bien como tenía entendido? Sea como fuere, Latham la estaba mirando con gran hostilidad.

—Teniendo en cuenta tu incorregible tendencia a contar mentiras -replicó con agresividad, desaparecido por completo el tono comprensivo y tierno de su voz-, ¿qué debo creer de cuanto me has contado?

¿Cómo podía ser tan canalla! ¡La había hecho hablar para luego llamarla mentirosa

—Todo lo que te he dicho sobre mi hermana es verdad -afirmó después de levantarse para mirarlo a la cara. Estaba empezando a sentir temblores por todo su cuerpo, pero no sabía si eran debidos a la rabia o a una reacción emocional hacia Latham; en cualquier caso, lo único que tenía claro es que, antes de que se marchara de casa, tenía que hacerle prometer que nunca diría nada de cuanto había oído esa tarde.

—Quiero que me prometas que no le dirás nada a mi padre de lo que te he contado.

—¿Eso es todo? -respondió.

Ya estaba fastidiándola de nuevo. Pero no debía explotar. Se alejó unos pasos para tranquilizarse y contestar.

—De hecho, no -lo miró fijamente: Latham parecía imperturbable-. También quiero que me prometas que vas a desistir -le ordenó.

—¿Cómo que desistir?

¿Cómo podía ser tan impertinente? ¡Sabía de sobra a qué se refería!

—¡Josy, mi hermana! ¿Harás el favor de dejarla tranquila? -le suplicó. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué tenía que andar rogándole que se olvidara de su hermana cuando cinco segundos antes se lo había ordenado?-. No es posible que la... ames, ¿verdad que no? -preguntó. No sabía si sería capaz de soportar una respuesta afirmativa; capaz de soportar que no la amara a ella.

Pero Latham no contestó y Belvia, con el corazón en un puño, empezó a sentir que lo odiaba, porque, sin decir una palabra, era capaz de hacerla pasar de la exigencia al ruego.

—Por favor -insistió Belvia-, por favor, dime qué tienes pensado hacer.

Latham se alejó de la chimenea y, cuanto más se

cercaba a Belvia, más rápido latía el corazón de sta. El sofá estaba aún entre medias de ambos.

—Te mantendré al corriente -respondió unos segundos después, tras mirarla a la cara y ver la preocupación que ésta reflejaba.

—¡Por favor! -imploró. No podía marcharse así; sin embargo, Latham ya estaba saliendo del salón.

—Ya hablaremos -le prometió finalmente.

Capítulo 6

BELVIA estuvo angustiada hasta que se acostó y el jueves, al despertar, seguía desesperada. Nada más marcharse Latham, se dio cuenta de que, después de haberle contado el secreto de su hermana, éste podría manejarla como a una marioneta. Si Latham quería, Belvia estaría obligada a hacer cualquier cosa que él deseara a cambio de mantener la boca cerrada. Estaba a su merced.

Sabía que si había confiado en Latham era porque lo amaba; porque se había mostrado muy comprensivo y atento. Pero eso no le servía de nada. Estaba desquiciada: lo amaba con tanta intensidad que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él; pero, al mismo tiempo, su amor hacia Josy era irrenunciable, y tenía que protegerla.

Belvia se levantó de la cama. Se preguntaba cuándo la llamaría. La noche anterior, su corazón se había disparado al sonar el teléfono: había imaginado que sería él, pero resultó que la llamada era para su padre; algo relacionado con un torneo de golf que la Compañía de Productos Fereday estaba promocionando. Belvia no comprendía cómo era posible que la empresa de su padre estuviera promocionando nada, cuando se suponía que estaba al borde de la bancarrota. Claro que, según su padre, las apariencias eran casi más importantes que el estado real de la empresa.

Salió de la habitación con la esperanza de no tener que inventar nuevas mentiras: no le había inmportado mentir al hombre al que amaba; pero haberle mentido a su hermana no le agradaba. Nada más irse Latham, Josy le había preguntado:

—¿Qué quería?

—Nada importante -había respondido Belvia. No quería preocuparle diciéndole que Latham seguía interesado en ella-.

¿Recuerdas el concierto del lunes? -preguntó para despistarla.

—Sí -contestó Josy.

—Pues esa noche... -vaciló. Tenía que inventarse algo rápidamente.

—No te pasó nada, ¿verdad? -preguntó preocupada.

—No, ya te dije que Latham se comportó copio un caballero. El caso es que durante la velada conocí a un hombre que se llamaba Rodney Phillips y que trabaja para Latham -se le ocurrió. Hasta ahí todo verdad--. Pues resulta que, al parecer, le pidió a Latham mi número de teléfono y éste se lo dio. Sin embargo, luego se enteró de que el tal Rodney tiene fama de ponerse muy pesado con las mujeres en cuanto se torna un par de copas; así que Latham creyó que tenía la obligación moral de advertirme, porque está convencido de que Rodney Phillips me va a llamar para que salga con él.

—¡Qué detalle! -alabó Josy. Belvia no entendía cómo era capaz de inventarse esas historias y le pidió disculpas mentalmente a Rodney Phillips, al que había considerado del todo inofensivo.

El teléfono no sonó en todo el día, así que Belvia se acostó enfadada: odiaba tener que esperar, que hacer guardia delante del teléfono, que salir de casa exclusivamente para montar a Hetty y volver corriendo a casa, temiendo que Latham hubiera llamado en su ausencia.

—¿Te apetece venir conmigo al supermercado? -le preguntó Josy el viernes por la mañana.

—¿Te importa si me quedo en casa? -respondió. Calculó que ir y volver le llevaría unas dos horas-. Es que quería ordenar el armario y desprenderme de la ropa vieja, y como no empiece pronto...

—Si tienes intención de deshacerte de ese vestido verde que tanto me gusta, ya sabes que yo me lo quedo encantada -la interrumpió Josy. Belvia se sintió muy alegre: no tanto porque hubiera aceptado su excusa sin molestarse, sino porque era la primera vez desde hacía siglos que su hermana mostraba cierto interés por la ropa. ¿Estaba empezando a recuperarse? Lo deseaba con todas sus fuerzas. Belvia sabía que acababa de dar un pequeño paso; pequeño, pero en la dirección adecuada.

Josy sólo llevaba fuera quince minutos cuando llamaron a la puerta. Belvia se puso a temblar. No podía ser él, se repetía una y

otra vez mientras iba a abrir. ¿Qué hombre de negocios podía sacar tiempo dos veces en una misma semana para hablar de algo que no tenía nada que ver con los negocios?

Puso la mano en el pomo de la puerta, respiró profundamente y abrió: era él. No llevaba ropa de trabajo, a pesar de ser día laborable. En cualquier caso, su mera presencia le hizo sentir un gozo inmenso.

Por su parte, Latham estaba mirando sus pantalones ajustados y su camisa. ¿En qué estaría pen

ando?

—¿Vienes por mí o por Josy? -preguntó mientras procuraba relajarse.

Latham la miró sin parpadear unos segundos. Debía do estar recordando la conversación que habían tenido la vez anterior que Belvia le abrió la puerta, cuando ésta había dicho que Josy no estaba en casa, y él, que había ido a verla a ella.

—Por ti.

Belvia no le ofreció una taza de café, pues era evidente que ese hombre había ido a negociar; tenía toda la baraja en su mano, así que estaba derrotada de antemano. Intentó no ponerse nerviosa.

—Vamos al salón -propuso. Latham la siguió en silencio. Belvia le indicó que se sentara en la silla en la que ella había estado la vez anterior y luego se sentó en el sofá.

—Hoy sí que es verdad que Josy está fuera -comentó cuando se hubieron sentado, con la esperanza de retrasar el momento de oír lo que Latham había ido a decirle.

—¿Ha ido a algún sitio interesante?

—Sólo al supermercado -respondió. De pronto, quería saberlo todo cuanto antes, por malo que fuera.

—¿Crees que Josy se encuentra lo suficientemente bien como para que la dejes sola unos días? -preguntó sin rodeos.

Belvia lo miró con cautela. La verdad era que, si bien agradecía estar acompañada, a Josy le gustaba disfrutar a veces de la soledad. Y si su comentario sobre el vestido verde quería decir algo, empezaba a estar recuperada.

—¿En qué estás pensando? -preguntó. No tenía intención de mostrarle su confianza en la recuperación de Josy, pues ya había sido demasiada franca la última vez.

—Tengo una pequeña finca en Wiltshire, a la que suelo ir algunos fines de semana. De hecho, voy para allá ahora.

—¿Sí? -preguntó con cortesía.

—He invitado a un matrimonio mañana. Se quedarán a dormir y -añadió- me gustaría que vinieras conmigo y estuvieses allí.

Belvia estaba muy confusa. La idea de pasar con él todo el día, de estar a su lado todo el fin de semana, aunque acompañados a partir del día siguiente, sonaba maravillosamente. Sin embargo, de pronto, bajó de las nubes: no podía ser tan sencillo; él no la amaba.

—¿Por qué? -preguntó.

—Aunque no creo que seas tan buena ama de casa como tu hermana, estoy seguro de que sabrías manejarte en la cocina -respondió.

De modo que quería que cocinara para él y para sus invitados. No parecía que eso fuera un problema, aunque ya había confiado en él el miércoles y se había arrepentido después.

—¿Y qué tiene esto que ver con Josy? -le preguntó.

—Tú decides. Si vienes, no volveré a molestar a tu hermana.

Belvia se quedó sin respiración. Estaba claro que si podía afirmar eso de forma tan categórica es que no estaba enamorado de ella, ¿no? ¡Qué estupendo! Estaba emocionada. En realidad, Latham sólo se había interesado por Josy porque la consideraba un objetivo inalcanzable; pero no la amaba.

Belvia tuvo que reunir todas sus fuerzas para no dar muestras de su tremendo alivio, de su gran alegría. Además, ¿por qué tenía que alegrarla tanto ir de asistenta, a limpiar y cocinar? Pero entonces pensó en su hermana y en su padre; si éste se enterase de lo que estaba sucediendo, no haría sino presionar a Josy para que saliera con Latham.

—¿Tendré una habitación para mí sola? -preguntó entonces, dejando de lado cualquier otra preocupación.

Pues claro que tendría una habitación para ella. Se dio cuenta de que acababa de hacer una pregunta estúpida. Más le valía haberse quedado callada. Sin embargo, no supo cómo interpretar la sonrisa gentil que se dibujó en el rostro de Latham mientras éste la miraba fijamente. No se fiaba de esa sonrisa.

—La casa tiene tres habitaciones -respondió por fin. Belvia se sintió aliviada, pues eso quería decir que sí tendría su propia

habitación. Pero Latham siguió sonriendo, lo cual inquietó a Belvia, que se dio cuenta de que había cantado victoria demasiado pronto; de que su preocupación no había sido injustificada-. Lamentablemente, hice unas obras y la habitación de en medio la convertí en dos baños: uno para cada dormitorio.

—Entonces, la casa sólo tiene dos dormitorios, ¿no es así? -preguntó aparentando cierta frialdad. No quería revelarle lo inquieta que estaba; pero tenía que dejar las cosas muy claras antes de poner un pie en aquella casa.

—Tus cursos de contabilidad te mantienen en muy buena forma, ¿eh? -comentó mordazmente. Belvia tuvo ganas de pegarle un bofetón por insolente, pero era cierto que tampoco hacía falta una calculadora para restarle uno a tres.

—Bueno, ¿y dónde dormiría si aceptase?

—Tranquila, nunca me perdonaría que no durmieses en un dormitorio -respondió con amabilidad-. Y yo no tengo intención de dormir en el sofá del salón -añadió para ahorrarle la siguiente pregunta.

Belvia tragó saliva, a pesar de que quería aparentar tener controlados los nervios. Estaba aturdida. No tenía ni idea de qué estaría Latham maquinando.

—¿No estarás pensando en que la mujer de tu amigo duerma conmigo en una habitación mientras que tú...? -pero Latham llevaba ya un rato diciendo que no con la cabeza.

—Ni se me había ocurrido.

¡Santo cielo! ¡Cuánto lo odiaba!, ¡cuánto lo amaba y lo odiaba!

—Entonces, ¿quieres decir que, cuando tus invitados vengan mañana, tendré que dormir en la misma habitación que tú? -insistió.

—Eso es. Sabía que no me equivocaba: eres una chica lista -comentó con ironía.

No podía quitarle esa sonrisa irónica de una bofetada, pero, a cambio, lo fulminó con la mirada. Sin embargo, Latham no pareció inmutarse. Belvia pensó en no ir, pero luego se acordó de Josy y tuvo la certeza de que debía aceptar aquella invitación; así, al menos, dejaría tranquila a su hermana.

—¿Y crees que voy a dormir en tu cama? -preguntó con hostilidad, hecha un rnanojo de nervios. A Latham le resultó

divertido que pudiera mostrarse tan hostil y, al mismo tiempo, preguntarle algo así, visiblemente dispuesta a ceder.

—Seguramente, estarás encantada -se burló de Belvia, cuyos ojos se pusieron rojos de cólera. ¡Qué canalla!, ¡qué maldito cerdo asqueroso! ¡Sabía de sobra la influencia que su cuerpo ejercía sobre ella!

—¿Es que no te importa lo que los demás puedan nsar de mí? -preguntó amparándose en lo único ue podía argüir en su defensa. No, antes dormiría el suelo que a su lado en la cama. -¡Ay, virgen santa! -exclamó tan amanerada como irónica e irreverentemente-. Ahora resulta que a la señorita le importa el qué dirán. ¿Desde cuándo es eso?

Belvia se levantó de la silla enfurecida y se dirigió hasta la ventana. De seguir cerca de él, sería capaz de estamparle cualquier cosa en la cabeza. Estaba de espaldas a Latham, pero había notado que él también se había puesto en pie.

Estaba atrapada. No tenía salida. Aunque, bueno, ya que él pensaba que mantenía una relación adúltera con un hombre casado, quizá podía decirle que tenía mejores cosas que hacer que irse con él a su chalet... No, tampoco: ¿qué más le daba a Latham todo eso?

—¿Qué pasaría si no voy y no hago de sirvienta para ti? -preguntó desafiante después de girarse para mirarlo a la cara.

—¿Cuándo dices que vuelve tu hermana? -preguntó a modo de respuesta. Es decir, Belvia tenía que elegir entre ella o Josy.

—Te estás tirando un farol -se atrevió a contestarle. Belvia no podía creerse que se hubiera enamorado de un hombre que, después de saber las circunstancias en las que su hermana se había quedado iuda, fuera capaz de apostar tan fuerte.

Latham se limitó a irse hacia la puerta en silencio. Belvia se apresuró a cerrarle el paso:

—¡Está bien! Tú ganas -cedió Belvia, que estaba convencida de que, si lo dejaba salir del salón, Latham no volvería a perder el tiempo en mirarla e iría detrás de su hermana. Lo miró a los ojos y no pudo evitar amarlo. Se sintió derrotada-. ¿Me prometes que, si dormimos en la misma habitación, no... te pondrás... amoroso? -preguntó con calma.

Latham la miró a los ojos con una mirada tan tierna, que ablandó el corazón de Belvia; pensaba que le diría que se olvidase

de todo, que no tenía por qué ir; pero, de pronto, toda aquella ternura se desvaneció y su mirada se hizo malévola:

—¿Y qué me dices de mi reputación? -preguntó. Belvia no sabía cómo era capaz de controlarse y no darle una bofetada.

—Si accedo a esto, ¿dejarás tranquila a mi hermana? -claudicó.

—Tienes mi palabra -respondió con calma después de mirarla muy serio varios segundos.

—Me gustaría que nos fuésemos antes de que Josy vuelva -comentó Belvia después de pensárselo unos segundos.

—No creo que necesites más que unos pocos minutos para meter algo de ropa en una bolsa. Sólo va a ser un fin de semana -dijo mientras abría la puerta de la casa para meterle prisa.

Belvia subió a su habitación. La cabeza no paraba de darle vueltas con mil preguntas a las que no sabía responder: ¿por qué ella? Estaba claro que Latham no la amaba... Belvia se sintió alegre de que tampoco amara a Josy... Y tampoco creía que la sopa que le había preparado para aquella primera cena le hubiera gustado tanto como para que se acordara de ella.

Quizá, pensándolo bien, se debía a que el chalet sólo tenía dos dormitorios: Latham necesitaba a alguien que cocinase para él y para sus invitados y, como no tenía una habitación para una cocinera, se había decantado por ella al acordarse de cuánto le había gustado su sopa.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando, sin siquiera llamar a la puerta, Latham Tavenner entró en la habitación.

—¡Podía estar cambiándome! -exclamó. Tuvo que aguantar una mirada de incredulidad que decía: ¿a qué tanto escándalo?; si ya te he visto medio desnuda. Belvia se quedó asombrada al verlo entrar en su cuarto y empezar a curiosear y mirar por la ventana.

—Había pensado que quizá necesitabas ayuda para bajar la maleta -dijo dándole la espalda.

—Apenas he empezado a hacerla -respondió. Se creería caballeroso el muy cretino...

—Esperaré... ¿Te ocupas tú del jardín? -preguntó para iniciar una conversación. Belvia deseó fulminarlo con la mirada.

—Josy se encarga de casi todo -respondió con frialdad mientras abría y cerraba cajones y metía ropa interior y de noche en la maleta. Metió también algunas artículos de tocador y luego eligió

alguna otra prenda del armario. Tenían que marcharse antes de que Josy regresara-. Tengo que dejarle una nota a Josy y hacer una llamada de teléfono antes de...

—¿A quién? -la interrumpió Latham, que había dejado de contemplar el jardín, se había dado media vuelta y la estaba mirando con fiereza.

—¡A mi club de fans! -repondió airada-. No te entiendo: tan pronto eres amable como te pones inpertinente. ¿Tanto te costaría ser una misma persona más de dos segundos seguidos?

—Es parte de mi encanto. ¿A quién? -insistió.

Lo miró enojada. Latham se acercó a ella y ésta empezó a sentirse amenazada, no tanto por él como por los efectos que podía tener en ella su proximidad. Bastaría con que la tocara con un dedo para...

—¡Esto es ridículo! -exclamó-. Simplemente tengo que llamar a la cuadra para... -estaba tan irritada que no supo ni terminar la frase. Además, como no parecía dispuesto a marcharse de la habitación, tendría la oportunidad de escuchar la conversación.

Fue hacia el teléfono de la mesilla de noche y se negó a dirigir una sola palabra más a Latham. Por suerte, la persona con la que quería hablar no estaba ocupada. Terminada la llamada, Belvia fue hacia el escritorio. Intentó no hacer caso a Latham, pero, de pronto, se encontró con que éste estaba mirando por encima del hombro, leyendo la nota:

Josy, me ha llamado Kate. Estaba algo triste. Ya sabes, supongo que tendrá que ver con la depresión posjubilación. Le he dicho que me iba a pasar el fin de semana con ella. Por cierto, llama a Tracey. Ella se encargará de montar a Hetty hasta que yo vuelva. Te veré el domingo.

Un beso, Belvia.

—¿Quién es Kate? -quiso saber Latham.

—¡Por Dios! ¿Estás seguro de que has leído bien hasta el último punto? -preguntó Belvia con ironía. Latham se echó a reír y a ella le entraron ganas de acompañarlo en las risas. ¿Estaría perdiendo el juicio?-. Kate es una antigua compañera de trabajo -le contestó ariscamente; cualquier cosa menos darle a entender que compartían el mismo corrosivo sentido del humor.

Dejó la nota en la mesa del recibidor y salieron de casa. Belvia

se sorprendió al ver que Latham había prescindido de los servicios de su chófer y estaba conduciendo él mismo.

Estaba segura de que no iba a disfrutar ni un solo segundo durante los siguientes dos días; pero no podía negar que estar sentada a su lado hacía bullir sus emociones. ¡Iba a estar todo un fin de semana junto a Latham!

Latham se había desviado de la autopista para ir por un camino con más vistas. Después de un rato al volante, se detuvo frente a un hotel que parecía muy acogedor.

—Comeremos aquí -comentó.

—¿Entonces no tengo que empezar a hacer de sirvienta todavía? -preguntó con hostilidad. Y, sin embargo, no podía evitar amarlo. Se derretía por él.

—Eres increíble -contestó de buen humor. Belvia no sabía qué hacer. Una hora antes, se había mostrado agresivo e implacable y no le había dejado más opción que aceptar su «invitación». Y, de pronto, pues hasta entonces apenas si habían hablado, se mostraba simpático y educado: hasta le había abierto la puerta del coche al salir.

Dadas las circunstancias, la comida transcurrió mejor de lo esperado. Pensaba que no iba a ser capaz de probar bocado con tanta tensión como había entre ambos; pero, de nuevo, Latham se mostró muy correcto en la mesa y la trató con gran gentileza, de modo que, de alguna manera, Belvia logró comportarse igualmente con sus habituales buenos modales.

Estaban pasando un rato tan agradable que llegaron a los postres sin darse cuenta.

Latham había logrado incluso hacerla reír al referirle una pequeña anécdota relacionada con el trabajo; pero lo miró a la cara y dejó de reír lo amaba. ¿Era ésa la razón de que se sintiera tan a gusto con él?

—¿Te pasa algo? -le preguntó Latham, que parecía sentirse tan unido a ella que era capaz de notar el más leve cambio en su humor.

Belvia negó con la cabeza, consciente de que sólo unos minutos antes le habría respondido con una respuesta cortante. Pero lo amaba tanto, que no quería ser ella la que crispara de nuevo el ambiente. Simplemente quería pasar unas horas agradables para

guardarlas en el recuerdo como un tesoro, pues no sabía qué podría suceder durante los próximos dos días. Sólo quería pensar en el presente, aunque, al mismo tiempo, le alegraba saber que el fin de semana concluiría pronto y Latham dejaría así de perseguir a Josy. Belvia sabía que no volvería a verlo después de esos dos días.

Latham la estaba mirando fijamente. Belvia sonrió, pero cerró los ojos por temor a que éstos desvelaran lo que de verdad estaba sintiendo.

Siguieron de buen humor después de salir del hotel; pero, más tarde, al pasar por una pequeña ciudad, Latham detuvo el coche de repente:

—Hablando de supermercados -comentó con voz de mando. Sus fabulosos labios volvieron a sonreír mientras aparcaba.

—¡Bonita manera de pasar la tarde de un viernes! -dijo Belvia un poco disgustada mientras empujaba un carrito y se abría paso entre la multitud.

—¿Siempre está así de lleno?

—Eso creo -se echó a reír. Lo amaba tanto que hasta hacer la compra resultaba emocionante su lado-. ¿Qué quieres?

—¿Qué sugieres? -respondió después de mirarla primero a los labios y luego a los ojos.

—¿Yo? Eres tú el que quiere hacer la compra.

—Y tú eres la cocinera -le recordó. Esa vez, en cambio, se lo dijo con tanta deferencia que Belvia no tuvo motivo para molestarse.

—Supongo que tienes un frigorífico.

—Supongo.

Le volvieron a entrar ganas de reír, así que giró la cabeza hacia el área de las verduras y legumbres, para disimular.

—¿Esto es un chalet? -preguntó cuando hubieron llegado a Rose Cottage, una enorme villa con tanto terreno que no se veía ningún otro edificio alrededor.

—¿Te gusta?

—¡Es preciosa! -exclamó. Estaba nerviosa. Sabía que, en otras circunstancias, ella viviría feliz y relajada en un sitio como ése-. ¿Cómo la conseguiste?

—Alguien que conozco me la vendió.

Belvia sintió celos. ¿Y si ese conocido era en realidad una conocida? Prefería no saberlo y esquivar aquellos ojos que la

estaban radiografiando.

—Será mejor que metamos la compra.

El interior de la villa respondía a la imagen que Belvía tenía de lo que debía ser un retiro de fin de semana. Tenía un salón enmoquetado muy acogedor con un par de sillas, un sofá para tres personas y una mesita. En el comedor, que era mucho más pequeño y estaba pegado a la cocina, sólo había espacio para una mesa y cuatro sillas.

Ayudó a Latham a descargar lo que habían comprado, pero lo que de veras le apetecía era comprobar qué tal estaban los dormitorios. Tuvo su oportunidad cuando, más tarde, Latham salió un momento al coche.

Al salir de la cocina, Belvia agarró su maleta, que estaba a los pies de las escaleras, y subió al piso de arriba. Tal como le había anunciado Latham, había dos dormitorios con baños anejos. En uno de los dormitorios, había dos camas y en el otro, una de matrimonio. Belvia echó un vistazo a los armarios: perfecto, había ropa de cama suficiente.

Sacó unas sábanas y se puso manos a la obra. Primero se ocupó de la cama de matrimonio, en la que ella dormiría sólo esa primera noche. Al día siguiente cambiaría las sábanas para los invitados. Luego fue al otro dormitorio. Echó un vistazo por la ventana, desde la que se veía, al frente, una vista preciosa: y, justo debajo, estaba el coche.

De pronto, cuando se iba a retirar de la ventana, se dio cuenta de que Latham estaba dentro del coche usando un teléfono móvil. Sólo entonces se percató de que no había visto ningún teléfono dentro de la villa, lo cual resultaba muy conveniente para aislarse de todo durante los fines de semana. Claro que, si llevaba el móvil, se perdía bastante el encanto. Se imaginó que Latham estaba hablando con alguna mujer, quedando con ella para la siguiente semana. Tenía que tranquilizarse.

Luego pensó que tal vez debiera llamar a su hermana para comprobar que se encontraba bien. Pero si hablaba con ella, tendría que contarle más mentiras; así que desestimó la idea y se puso a hacer las dos camas.

Poco después, cuando estaba colocando las almohadas, oyó a Latham entrar en la villa y subir las escaleras. Se dirigió

directamente a la habitación en la que Belvia se encontraba. ¡Claro: ése era su dormitorio! ¡No tendría que compartir con él la cama de matrimonio!

—Pensé que ésta era... tu habitación -vaciló-. He ido haciendo las camas; también la de la otra habitación. Pensé que...

—Cálmate -le sugirió Latham con una sonrisa en los labios.

—Pensé -insistió. Quería decir de una vez por todas lo que tenía que decir- que podría dormir esta noche en la cama de matrimonio... yo sola. Y mañana cambiaré las sábanas -añadió.

Latham dejó en el suelo una maleta que llevaba en las manos y se acercó a Belvia. Sus increíbles y maravillosos brazos la agarraron y la atrajeron con delicadeza hacia su pecho. Así permanecieron, abrazados, durante unos segundos. Belvia se sentía protegida y, curiosamente, creía que tampoco él quería separarse; que se sentía cómodo teniéndola entre sus brazos.

Entonces, Latham la apartó con dulzura y le dio un ligero beso en la mejilla:

—¿Qué me vas a cocinar? -preguntó. Belvia estaba conmovida por aquel beso tan afectuoso.

—¡Si acabamos de comer! -dijo riendo, mientras daba un paso atrás, alejándose en dirección a la puerta.

—¿Y eso qué tiene que ver? -preguntó.

Belvia salió del dormitorio, pues temía que, de seguir allí, acabaría arrojándose a los brazos de Latham. Tomaron una cena sencilla: una sopa de sobre y una ensalada de tomate. De postre, podían elegir entre yogur de chocolate o tarta de queso. Los dos optaron por la tarta.

—Prepararé al café -se ofreció Latham.

—Muy bien -contestó Belvia encantada por aquella iniciativa, mientras iba a la cocina para tirar los restos de la cena a la basura.

Volvieron al salón para tomarse el café. Belvia estaba decidida a no prodigarse en sonrisas alegres para que Latham no sospechara lo enamorada que estaba de él.

—¿Hace mucho que compraste el chalé? -preguntó. Luego pensó que parecía un poco maniática: ¿no le había preguntado también, en otra ocasión, que hacía cuánto tiempo que se había comprado el piso de Londres?

—No mucho -respondió-. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si no me gusta, me veré obligada a mentir -respondió inquieta, aunque convencida de que, en cualquier caso, él insistiría hasta dar con la verdad.

—No lo dudo -respondió con una sonrisa simpática. Se había acordado de la nota que Belvia le había dejado a su hermana-. ¿Debo deducir, por la nota que le has dejado a Josy y por tu conversación telefónica con Tracey, que te estás ocupando de montar a Hetty simplemente porque tu hermana no se siente con fuerzas?, ¿debo deducir también que no se debía a que eras una egoísta, como me dejaste creer en su momento?

—¡Basta, señor Tavenner! Si sigue así, corre el riesgo de descubrir que no soy tan terrible como usted pensaba -comentó con desenfado. Latham la obsequió con una cálida mirada que encendió el corazón de Belvia. Tenía que cambiar de conversación-. ¿Tú montas a caballo? ¡Qué digo, claro que montas!

—¿Ah, sí?

—Querías conocer la opinión de Josy respecto a un caballo que estabas pensando en comprarte -le recordó, convencida del todo, como lo estuvo desde el principio, de que, en realidad, nunca había tenido intención de comprar caballo alguno.

—Sí, eso quería -contestó. Sin embargo, sus ojos dijeron lo contrario.

—¿Y eres tú el que me acusa de mentirosa?

—Entonces, en cuanto te enteraste de la terrible tragedia de tu hermana, te encargaste tú de montar a l-letty -respondió después de mirarla fijamente algunos segundos-. ¿Cuándo dejaste de ir a la empresa en la que estabas en prácticas? -le preguntó dando por zanjado el tema anterior.

—Hace tres o cuatro meses -contestó sorprendida por ese cambio de estrategia.

—Tres o cuatro meses -repitió Latham-. Justo después de que el marido de tu hermana falleciera; cuando tu hermana más te necesitaba. Fuiste capaz de sacrificar ese trabajo que tanto te gustaba por ayudar a tu hermana. Y no, no te marchaste porque el trabajo te aburriera, como había dicho tu padre.

Belvia no sabía qué decir. Le iba a dar un ataque de nervios. Deseaba que Latham tuviera una buena opinión de ella; pero eso suponía, en ese caso, tachar a su padre de mentiroso, lacra que le

impediría, en un mundo en el que el honor y las promesas lo eran todo, obtener el préstamo que tanto necesitaba para su empresa.

—Bueno, le dije que no seguía porque me aburría... Si no, habría intentado convencerme para que cambiara de opinión -intentó defenderlo. Sin embargo, cada vez le resultaba más difícil mentir a Latham; de modo que intentó dar un nuevo giro a la conversación-. Por cierto, no te lo había preguntado hasta ahora: ¿quiénes son tus invitados?

Latham la miró con frialdad y Belvia deseó no haber hecho esa pregunta. ¡Por Dios! Iba a conocerlos al día siguiente; iba a tener que cocinar para ellos; ¿qué más le daba decírselo!

Belvia se levantó y fue a la cocina a dejar la taza y el plato del café. Sabía que Latham la estaba siguiendo, pero no le prestó atención. No encontraba ningún motivo para hablar con él si no era capaz de responderle a esa pregunta tan trivial.

Colocó la taza y el plato en el fregadero y, al darse la vuelta, no pudo evitar hallarse cara a cara con Latham.

—Los invitados son mi hermana Caroline y su marido, Graeme Astil¡ -la informó. ¡Graeme Astil¡! Ese nombre le resultaba familiar.

—Ah, lo conozco -comentó con desdén. Un año antes habían coincidido en una fiesta y se había comportado como un donjuán; por supuesto, su mujer no lo había acompañado. A Belvia no le agradó enterarse de que ese tipejo estuviera casado con la hermana de Latham.

—¿Algún problema? -preguntó. Se había dado cuenta del tono despectivo de su comentario.

A Belvia no le seducía la idea de dormir en la misma habitación de Latham, sabiendo que su cuñado podría ir contándolo al día siguiente en cualquier fiesta.

—¿Y si lo tuviera? -preguntó desafiante.

—Mala suerte -respondió. Le lanzó una mirada asesina-. Pero te lo has buscado por ser tan pródiga otorgando tus favores.

—¡Gracias! -respondió enfurecida después de reprimir unas terribles ganas de abofetearlo. No soportaba seguir a su lado-. ¡Eres tan bueno haciendo café que seguro que no te importará fregarlo todo! -gritó Belvia. Luego se marchó a toda velocidad a la cama antes de perder el control por completo.

Capítulo 7

B ELVIA creía que no iba a ser capaz de pegar ojo en toda la noche, pero, aunque tardó mucho en conciliar el sueño, luego durmió hasta bien avanzada la mañana.

—¿Tienes pensado levantarte hoy? -le preguntó irónicamente Latham para despertarla.

Su voz sonaba tan poco agradable corno durante la escena final de la noche anterior. A pesar de que su corazón saltaba de alegría sólo de verlo, decidió luchar con sus mismas armas.

—¡Gracias por traerme el desayuno a la cama! -respondió con tanta o más ironía.

Latham le lanzó una mirada de desprecio y se marchó. Era un canalla; pero, era superior a sus fuerzas, Belvia lo amaba de corazón. Además, en la mesilla de noche había una taza y un plato que ella no había colocado por la noche. Sí, sí le había llevado el desayuno a la cama.

Es más, al bajar a la cocina, comprobó que se había ocupado de fregarlo todo, pues la pila estaba vacía.

—Gracias por el desayuno -le dijo en un tono más sociable cuando volvió a encontrarse con Latham-. ¿Has desayunado tú? -preguntó. Quería mostrarse amable con él; si no, no volvería a verlo después de ese fin de semana.

—Hará una hora -contestó. Belvia notó un tono crítico en su respuesta y decidió echar por tierra cualquier posibilidad de acabar esos dos días como amigos.

Belvia regresó a la habitación en la que había dormido, cambió las sábanas, quitó un poco el polvo de los muebles y borró cualquier huella que pudiera indicar que había usado el dormitorio y el cuarto de baño. Recogió todas sus cosas y fue a dejarlas en el otro

dormitorio.

Abrió la puerta de la habitación: las dos camas estaban hechas. No parecía que Latham hubiera dormido allí. Retiró el edredón de una de las camas y vio que no era ésa la que Latham había ocupado. Entonces colocó su camisón debajo de la almohada, el neceser en el baño y el resto (te la ropa en el armario. En total, le llevó diez minutos. De pronto empezó a inquietarse ante la perspectiva de que esa noche ella dormiría en una de esas camas y Latham en la de al lado.

Salió apresurada de la habitación y bajó las escaleras. Fue a la cocina, donde se lo encontró tomando un café y se arrepintió de no habérselo ofrecido ella antes: ¡después de que él le había llevado el desayuno a la cama...! Tampoco era tan grave: ¡ya era mayorcito para prepararse un café!

—Vamos a dar un paseo -afirmó Latham, dejando bien claro que Belvia tendría que acompañarlo.

—El paseo te lo darás tú. Yo tengo que ir preparando la comida -respondió.

A Belvia le pareció advertir una expresión de sufrimiento en los ojos de Latham, pero no pudo imaginar a qué podría deberse. Latham cambió de idea y, en vez de dar un paseo, salió un rato fuera de casa, pero sin salir de sus terrenos.

Belvia se alegró, pero también lo echó de menos; quería que regresara, quería salir a pasear con él... quería hacer cualquier otra cosa que no fuera pelar patatas para la comida.

Cuando terminó de prepararla, salió a ver si lo encontraba. No tuvo que andar mucho para localizarlo. En realidad, parecía que había estado esperando todo el tiempo a que saliera, pues nada más verla la saludó. -¿Vas a algún sitio? -preguntó Latham.

¿Adónde iba a ir si tenía que obedecer cualquier capricho suyo hasta que acabara el fin de semana?

—Si es una orden, sí -ofreció con astucia-. Dime, ¿a qué hora llegarán tus invitados?

—Te mueres de ganas por verlos, ¿eh? -comentó para provocarla.

—Deberías volver a la cama y probar a levantarte esta vez con el pie derecho -respondió. De pronto, se estremeció y deseó no haber pronunciado la palabra «cama»-. Mira, Latham: si tengo que

cocinar, necesito saber cuándo queréis que os dé de comer.

—Comeremos por la noche -respondió después de encajar la furiosa mirada de Belvia-. De momento, me bastará con un sandwich.

«¿De qué murió tu última sirvienta?», se preguntó Belvia. Regresó a la villa. ¿Cómo podía hacerse esas preguntas amándolo tanto? Porque no era un amor correspondido, pensó después de prepararle el sandwich. Y eso resultaba muy doloroso.

Belvia sólo quería grabar en su memoria los ratos en que habían estado juntos disfrutando de su mutua compañía. Al día siguiente, todo habría terminado y sus caminos no volverían a cruzarse de nuevo. Quería mostrarse dulce y encantadora, pero no era posible: Latham no podía enterarse de que lo amaba.

—Mi hermana llegará sobre las tres -anunció Latham mientras se comía el sandwich en la cocina. Su voz parecía amable.

—¿No va a venir tu cuñado al final?

—¿Acaso te preocupa? -respondió, desvanecido cualquier amago de amabilidad.

—Alguien tenía que haberte dado un buen par de azotes cuando eras pequeño -exclamó Belvia.

—¿Te apetece intentarlo?

—Todavía no he llegado hasta ese punto -respondió. Entonces, mientras se miraban furiosos, Latham esbozó una sonrisa, Belvia se contagió de aquel gesto, y al final rompieron a reír. Tenían el mismo sentido del humor. Cuando se calmaron, la miró a la cara y Belvia no supo sino decirle que se fuera de la cocina. Latham tampoco sabía qué decir, así que se marchó.

Graeme Astill llegó con su mujer. Definitivamente, ese hombre no le caía bien a Belvia. Sin embargo, prevalecieron los buenos modales y la educación. Pensó que no se merecía a Caroline, la hermana de Latham.

—No sabía qué íbamos a cenar -comentó Caroline, una mujer rubia y alta de veintiocho años, al entrar en la cocina con Belvia-. Por si acaso, he traído un pastel de manzana, que sé que a Latham le encanta.

Belvia podría haberse pasado toda la tarde escuchando a Caroline hablar de lo que a Latham le gustaba y le dejaba de gustar; pero ésta no añadió nada más. No quería preguntarle, porque eso

revelaría su interés por él. Aunque, ¿cómo no iban a pensar los Astill que estaba interesada en Latham si compartían habitación? Se alegró de que fuera Latham el que les indicara dónde estaba el dormitorio en el que ellos iban a dormir.

Empezó a sentir celos imaginando a cuántas chicas habría invitado a pasar allí un fin de semana cuando Caroline y Graeme no estuvieran con él para vigilarlo. Prefería no saberlo. Sin embargo, en un momento en que se quedó a solas con Latham en la cocina, sacó el tema:

—Supongo que es aquí a donde traerás a todas tus amiguitas, ¿no? -preguntó. Se arrepintió en seguida. Como Latham no respondía, Belvia empezó a buscar desesperadamente algo que añadir, para que no pareciera estar de veras interesada.

—Por si te interesa saberlo -respondió mirándola a los ojos-, tú eres la única mujer, aparte de Caroline, a la que he invitado a esta villa.

—No, si a mí me da exactamente igual -mintió. Una vez que sus celos habían desaparecido, prefirió cambiar de conversación-. Caroline ha tenido el detalle de traer un pastel de manzana, así que no tendré que molestarme en preparar el postre; siempre que su majestad no desee algo especial -comentó con sarcasmo. ¿No la había llevado allí de cocinera?

Le lanzó una mirada asesina. Sin embargo, a medida que la tarde fue avanzando y fue dando paso a la noche, Latham pareció más y más relajado y afable.

¿En qué podía estar pensando? ¿No parecía algo triste? ¿Era todo producto de su imaginación? No, no lo era: mientras Caroline y ella sirvieron la cena, Belvia se dio cuenta de que Latham no dejaba de mirarla.

Como no sabía qué decirle y no tenía la más mínima intención de dirigirse a Graeme Astil¡, se puso a charlar con Caroline en cuanto sirvieron el primer plato. Por suerte, Belvia se dio cuenta de que se sentía muy a gusto al lado de Caroline.

Latham, en calidad de anfitrión, fue el primero en intentar sacar un tema de conversación común e informó a su hermana de que a Belvia, como a ella, le gustaba montar a caballo. Ambas empezaron a hablar de lo mucho que disfrutaban cabalgando y, poco a poco, sin conexión aparente, el hilo de la conversación las llevó a charlar

sobre ropa, moda e incluso golf.

—¿Tú juegas al golf? -se interesó Caroline, que, al parecer, era toda una experta.

—Me temo que no -sonrió. De todos modos, pudo prolongar la conversación comentándole el torneo de golf que la empresa de su padre iba a patrocinar, y resultó que Caroline había participado en anteriores ediciones de dicho torneo y consideraba que era prestigioso.

Al final, fueron a la cocina y llevaron el pastel de manzana, que estaba delicioso, tal como todos reconocieron.

—No es nada. Un detalle para acompañar tu maravillosa cena -le dijo Caroline a Belvia-. ¿Compraste la comida por aquí o ya la traías?

—Belvia y yo pasamos por un supermercado al venir hacia aquí -intervino Latham. Belvia estuvo a punto de sufrir un paro cardiaco de la emoción que le produjo oír «Belvia y yo» -¿Tú, en un supermercado? -exclamó Caroline asombrada.

—Dejando de lado la tendencia del carrito a torcer hacia la derecha, reconozco que pasé un rato divertido -respondió. Sí, Belvia también había disfrutado mucho haciendo la compra.

Mientras se tomaban un café, Belvia tuvo ocasión de comprobar que la mirada triste de Latham había desaparecido. También se sentía contenta porque estaba sentado a su lado, en el sofá para tres personas, mientras que los Astill habían ocupado las dos sillas que había enfrente. Sabía que su nerviosismo se debía a estar tan cerca de él, pero, mientras no se dirigiera a Latham directamente, éste no lo notaría.

Después de charlar una media hora, Latham se levantó y dijo que, dado que las mujeres habían preparado la cena, ellos debían encargarse de fregar. Buena idea: con un poco de suerte, con la pila de platos que había, Belvia estaría dormida cuando Latham entrara en el dormitorio.

—Si no os importa, creo que me voy a acostar -comentó como si nada-. El aire del campo...

—Creo que yo también subiré a la habitación -se unió Caroline. Belvia tuvo ganas de abrazarla.

—¡Qué bonito! -comentó Graeme, al que no parecía emocionarle la idea de fregar. A Belvia le daba igual. Bastantes problemas, y más

serios, tenía ella ya.

—Buenas noches -se despidió sin atreverse a mirar a Latham.

Subieron las escaleras y se separaron al llegar arriba, donde Belvia se dirigió con total naturalidad al dormitorio de Latham. Nada más cerrar la puerta, se lavó los dientes, se duchó a toda prisa y se metió en la cama.

Antes de apagar la luz, agudizó el oído: nada. Latham seguiría en la cocina. Lo más seguro era que aún tardara en volver, teniendo en cuenta que tenía que colocar un montón de platos y cacerolas.

Apagó la luz y se tapó con el edredón. Quería dormirse antes de que Latham regresara y no despertar hasta el día siguiente. Pero no podía. Una hora después, abrió los ojos y vio que el dormitorio estaba inundado por la luz de la luna: se le había olvidado correr las cortinas.

Justo cuando iba a levantarse a correrlas, oyó que alguien subía por las escaleras; así que decidió quedarse quieta, sin moverse lo más mínimo. Se tapó la cabeza con el edredón y cerró los ojos con fuerza.

Casi se le cortó la respiración cuando oyó que la puerta de su dormitorio se abría. Latham no encendió la luz. Durante los siguientes diez o veinte minutos, cada segundo le pareció un siglo. Por lo que podía oír, también él tenía la costumbre de ducharse antes de acostarse.

La puerta del baño se cerró y Belvia oyó sus pasos cada vez más cerca. Daba la impresión de que se había detenido a mirarla. Por suerte, poco después, escuchó los muelles de la otra cama.

A Belvia le dio rabia que Latham hubiera vencido la tentación tan rápidamente; pero se alegraba: con que la hubiera rozado, habría despertado sus deseos más ardientes, y no estaba segura de haber podido contenerse. ¡Cuántas ganas tenía de descansar entre sus brazos!

Siguió escuchando la respiración pausada de Latham. Lo amaba y, sin embargo, sabía que en menos de veinticuatro horas todo habría acabado y no volvería a verlo. Era horrible.

Por fin, después de martirizarse con esa terrible expectativa durante mucho tiempo, se durmió. Unos pocos minutos después, Latham encendió la lámpara de la mesilla de noche, fue a la cama de Belvia y trató de despertarla.

—Belvia, sólo es un sueño, despierta -le decía. -¿Qué? -abrió los ojos-. ¿Qué pasa? -preguntó

medio dormida.

—Era una pesadilla -le explicó cariñosamente-. No te preocupes, no pasa nada.

—¡Latham! -exclamó mientras se incorporaba hasta sentarse-. ¿Estaba gritando?

—Tampoco es tan extraño en ti, ¿no? -preguntó en broma.

—Bueno, a veces grito un poco -sonrió-. Cuando algo me preocupa: los exámenes de clase... esas cosas.

—¿Estás preocupada? -se interesó.

—No es nada -respondió. No quería que Latham se preocupara. Se apoyó sobre su pecho para no mirarlo a los ojos.

Sintió que se estaba poniendo tenso y que no tardaría en apartarla; pero quería aguantar unos segun

dos más.

—¡Por Dios! Belvia, ¿te crees que soy de piedra? -preguntó y, sin poder evitarlo, sus brazos fueron hacia los de ella.

Pero, en vez de apartarla, la sujetó con fuerza. Belvia echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los

ojos; sus cálidos ojos...

—Latham -suspiró después de recibir sus labios.

—¿Estás despierta? -preguntó-. ¿O soy yo el que está soñando?

—Bésame -susurró reclamando su amor. Latham la estrechó entre los brazos y la besó. Era el paraíso.

—Cariño -susurró Latham. Belvia estaba fascinarla. La había llamado «cariño». Volvió a besarla, estrechándola con más fuerza, y Belvia lo rodeó con lo, brazos.

—¡Latham! -exclamó Belvia, que se acababa de dar cuenta de que estaba totalmente desnudo. Latham, el hombre al que amaba, se había levantado de su cama disparado al oírla gritar en sueños, para rescatarla de sus pesadillas.

—Belvia.

Podía sentir el calor de su cuerpo; era un milagro estar así. Latham empezó a besarle el cuello y Belvia se estremeció al acariciar su espalda. Sintió que su cuerpo era una llama encendida caricia a caricia. Sus pechos firmes... Quería gritar su nombre, proclamar su amor por Latham. Quería amarlo. Se estaban amando.

Un nuevo beso y sus manos bajaron hacia la delgada cintura. Belvia se apretó contra él hasta ser incapaz de distinguir dónde acababa su cuerpo y empezaba el de Latham, que tiró el edredón de la cama al suelo y, sin poder resistir más, se tumbó junto a ella y sobre ella, pues la cama no daba para más.

—¿De veras lo necesitas? -preguntó Latham mientras le quitaba el camisón.

—No... -respondió algo cohibida. Se apoyó sobre su pecho para que no la viera desnuda-. ¿Te importa... apagar la luz? -le susurró tímidamente al oído.

—¿Te dar vergüenza ver tu cuerpo? -susurró provocativamente mientras pulsaba el interruptor de la luz.

—Vergüenza, no; creo que soy un poco tímida.

—¿Tímida?

Quería decirle que nunca antes había estado desnuda delante de un hombre; pero sabía que no la creería y temía que se rompiese el embrujo de ese mágico momento. Decidió seguir besándolo y aplastó sus sinuosos senos desnudos contra su pecho. Lo oyó gemir de placer.

—Tu cara es preciosa. Y tú cuerpo es igual de bello -le dijo mientras la miraba envuelto en la luz de la luna. Luego sintió nostalgia de sus labios y repitió y fue bajando hasta coronar la cumbre de sus pechos-. Cariño -susurró extasiado.

Se fue recostando sobre ella con cuidado y cubrió de besos sus labios, sus pechos, su vientre, sus muslos...

—Latham, vida mía -susurró con timidez-. ¡Te deseo tanto...!

—Corazón -suspiró atragantado de emoción.

Ajustaron los cuerpos, Belvia lo rodeó con los brazos firmemente y se quedó sin respiración al intuir el látigo de su virilidad.

—Ahora, por favor -imploró en un arrebato valeroso.

—Pronto, cariño -le prometió mientras se demoraba en sus muslos y la besaba. Cuando no quedaban dudas de que su cuerpo, su indudablemente femenino cuerpo, estaba preparado, Latham la besó y se colocó justo allí donde Belvia aguardaba «a su bienvenida».

—Latham -repitió su nombre antes de empezar con los últimos lances del amor.

Cuando él la penetró ella sintió un leve dolor.

—¡Ay! -gritó Belvia.

Latham se detuvo y, acto seguido, se apartó de ella y se quedó sentado en la cama mirándola desconcertado.

—Eres... virgen -dijo sin creerlo aún. Belvia tomó sus brazos para que no se escapara. Quería decirle cuánto lo amaba.

—Por favor, no te enfades conmigo -le rogó-. Intenté decírtelo, pero...

—Pero no te habría creído -respondió, tratando de recuperarse de aquella sorpresa-. Belvia, amor mío, no estoy enfadado contigo, sino conmigo. ¡Estarías asustadísima!

—No, has sido muy dulce -replicó para consolarlo.

—Tenía que haberlo intuido. Tu timidez, tu...

Belvia supo entonces qué sensible era el hombre del que se había enamorado. Lo besó para demostrarle que no tenía nada que reprocharse.

—Siento haber gritado. No quería parar. Es que no creí que fuera a dolerme. Bueno, supongo que tenía que saberlo, pero... -vaciló. No sabía qué decir; así que lo abrazó de nuevo-. Por favor, hazme el amor -le pidió. Sus cuerpos volvieron a encontrarse y los amantes sofocaron sus gemidos con los labios.

—Amor mío -contestó Latham-, ¿estás segura de que realmente lo deseas?

—Latham, nunca he estado más segura de nada. Te necesito, te quiero -lo besó-. Por favor.

Latham reaccionó como ella esperaba y la sujeté por la cintura. Sin embargo, consciente de su virginidad, puso freno a su pasión. Se deslizó por su cuerpo despacio y le acarició los pechos y los pezones. Su lengua saboreó su ombligo, sus muslos...

—Latham -gimió. Nunca había imaginado sensación parecida y deseaba con todo su corazón que Latham estuviera gozando tanto como ella.

Finalmente, con suavidad y delicadeza, Lathani se sumergió en ella, pero esa vez Belvia no gritó. Se movió con lentitud, sofocando sus fogosos deseos.

Cuando terminaron, Latham la abrazó a la espera de que Belvia se durmiera. No podía creérselo: era un hombre sensacional, amable, caballeroso y delicado. Cerró los ojos y sintió un beso en el cuello. Permaneció en un reino de felicidad hasta que abrió los ojos:

había amanecido.

Aquella había sido la mejor noche de su vida, a pesar de que apenas había dormido, o tal vez debido a eso. Belvia dejó de sentirse angustiada, pues no era posible que un hombre se mostrara tan atento y considerado si no sentía algo de afecto hacia la otra persona.

Entonces, se dio cuenta de que Latham no estaba en su cama. Había aguantado hasta verla dormirse entre sus brazos, pero luego no habría resistido al cansancio y se habría ido a su cama. Giró la cabeza con timidez, tal vez Latham estaba despierto observándola, y, entonces, se dio cuenta de que la otra cama estaba vacía.

Se quedó un minuto pensando: era evidente que Latham tenía costumbre de levantarse pronto y había salido con sigilo para no despertarla. Sabía que a Latham no le costaría saludarla sin dar señales de lo que habían compartido la noche anterior; sin embargo, no estaba segura de que ella pudiera fingir igual que él. ¿No se había sonrojado al verlo en ocasiones anteriores sin siquiera haberse desnudado del todo? Ojalá pudiera darle los buenos en días en privado. Sin embargo...

—Estaba preparando un café. ¿Quieres? -le ofreció Caroline cuando Belvia bajó a la cocina.

—Me encantaría -respondió Belvia, que no veía a Latham por ningún sitio-. ¿Graeme no ha bajado to

davía?

—Se ha ido -le informó Caroline en un tono que sugería que no se había marchado a dar un simple paseo.

—¿Ido? ¿Adónde? -preguntó.

—No sé -contestó-. Y rne estoy dando cuenta de que en realidad me da igual -añadió con cierto alivio.

—¿Te da igual?

—Ahora sí. Al principio estaba muy enamorada de él. Tanto que toleré lo inconstante que era.

—Ah -exclamó Belvia. Pobre Caroline. Sonaba como si estuviera al corriente de los escarceos amorosos de su marido.

—De verdad -prosiguió Caroline mientras colocaba los cafés en la mesa de la cocina-. Hasta esta mañana, cuando lo vi tirado inconsciente en el suelo, pensaba que seguía enamorada de él; pero... –no pudo continuar.

—¿Graeme estaba inconsciente? ¿Había estado bebiendo?

—Latham lo derribó -explicó Caroline.

—¿Sí? -preguntó sorprendida-. ¿Le pegó?

—Un buen puñetazo. Llevaba años pidiéndolo a gritos. Se lo merecía. Y me alegro... por eso me he dado cuenta de que el amor que sentía por él estos años atrás, estaba muerto. Graeme sólo formaba parte de mi rutina; pero no lo necesito.

Belvia no sabía qué decir. No creía que pudiera comentar nada que mereciera la pena. ¿Dónde estaba Latham? ¿Seguiría furioso? Tenía que haberlo estado para pegar a su cuñado. ¡Pobre! Seguro que había reaccionado así por el mal trato que Graeme dispensaba a su mujer. En realidad, si mal no recordaba, no se había mostrado muy cordial con él durante la cena.

—¿Dónde está Latham?, ¿paseando? -preguntó. Supuso que habría necesitado salir a dar una vuelta para calmarse después de su altercado con Graeme.

—Se ha vuelto a Londres -respondió. Belvia se quedó boquiabierta-. Lo siento, ¿no te lo había dicho?

—Bueno... me quedé dormida -respondió para preservar su orgullo-. Supongo que me lo habría dicho, si me hubiera despertado un poco antes.

—Dijo que tenía que encargarse de algunos asuntos. Creo que se trataba de algo importante... -sonrió Caroline-. Si no, no se habría marchado. Se fue nada más darle el puñetazo a Graeme.

—Los negocios son los negocios -comentó Belvia, que estaba un poco más animada, contagiada por la alegría y la sonrisa de Caroline-. Creo que yo también tengo que ir pensando en volver a Londres -dijo después de mirar el reloj.

—Yo voy para allá dentro de poco. Si quieres, te acerco a algún sitio -le ofreció Caroline amistosamente.

—¿No se llevó Graeme el coche?

—Es mi coche y yo tengo las llaves. Con un poco de suerte, puede que aún nos lo encontremos haciendo autoestop -comentó con malicia.

Belvia no pudo evitar sonreír; pero al volver a la habitación que la noche anterior había compartido con Latham, se sintió destrozada. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo no se había dado cuenta de que para Latham aquello sólo había sido una

aventura sin importancia?

Tardó unos pocos minutos en recoger todas sus pertenencias, pero estaba tan nerviosa que tuvo que permanecer un rato más en el dormitorio para tranquilizarse.

Empezó a recordar lo cariñoso que se había mostrado Latham con ella la noche anterior y acabaron saltándosele las lágrimas. ¡Maldito fuera! Nadie en el mundo tenía derecho a hacerla sufrir como estaba sufriendo en ese momento.

Se secó los ojos y se aseguró de que no se notara que había estado llorando. Bajó con la maleta y dejó que Caroline cerrara la casa. Ninguna de las dos habló durante el viaje de vuelta, pues ambas tenían muchas cosas en que pensar.

Belvia intentó concentrarse en algo que la hiciera olvidarse de Latham; pero era inútil: no podía sacárselo de la cabeza. Pensó que, en realidad, él siempre había estado interesado en Josy; pero, ¿por qué tenía que pagarlo con ella?

Prefirió no pensar más al respecto. No se imaginaba por qué la habría sustituido por su hermana y, desde luego, no iba a llamarlo para preguntárselo. Belvia era consciente de que no podía quejarse: Latham había querido que cocinara para él y ella había accedido; Belvia le había pedido que le hiciera el amor y él había accedido. Había sido glorioso.

Caroline la dejó en su casa y se disculpó por no haber estado muy comunicativa durante el viaje:

—Estaba pensando que ahora no tengo a nadie de quien preocuparme y creo que voy a disfrutar de mi libertad -sonrió. Belvia reconoció un rasgo familiar en aquella sonrisa; un rasgo que le recordó a Latham y la dejó sin respiración.

—¡Aprovecha ahora que puedes! -respondió por fin. Le agradeció que la hubiera acercado a casa y la invitó a tomar café en alguna ocasión. Se despidieron.

—¿Qué tal Kate? -le preguntó Josy antes de que Belvia pudiera preguntarle si había ocurrido algo para que estuviera tan risueña.

—¿Kate? -Belvia no recordaba que había usado a su amiga como excusa para pasar fuera el fin de semana. Prefirió contestar con otra pregunta para no tener que volver a mentir-. ¿Ha ocurrido algo en estos dos días que deba saber?

—La verdad es que sí. ¿Quieres que prepare un café mientras

subes tus cosas a la habitación?

Belvia colocó la ropa en su dormitorio, se lavó las manos, se peinó y se miró en el espejo: no le gustó la cara que tenía. Dado que Josy era capaz de advetir en ella hasta el más leve indicio de preocupación, Belvia tendría que hacer lo posible por disimular lo atribulada que estaba.

—Bueno -dijo al bajar al salón, donde Josy la esperaba con el café-, a ver: ¿qué ha pasado?

—Pues, para empezar, he estado dándole muchas vueltas a la cabeza últimamente a lo de Hetty -le dijo mientras le llenaba la taza de leche.

—¿A lo de Hetty?

—Sí. No me parece bien que tengas que ocuparte tú todo el rato de ella y...

—Pero, tonta, si no me importa nada -la interrumpió Belvia.

—Ya lo sé. Y te agradezco que te estés portando tan bien conmigo. Pero eso no quita para que me haya sentido a disgusto por no montarla yo. El caso es que el viernes me sentí todavía más culpable cuando leí tu nota y me di cuenta de que habías tenido que pensar en mí y en Hetty antes de marcharte con total libertad.

—Entiendo -comentó Belvia, que se estaba sintiendo peor si cabe por haber mentido a Josy en la nota-. ¿,Y qué has decidido?

—Estuve todo el viernes pensando al respecto y no sé si al final me habría animado a hacer algo de no ser por... -se quedó sin palabras.

—¿Por? -preguntó Belvia muy interesada. Intuía que había sucedido algo muy importante en su ausencia.

—De no ser porque el primo de Marc vino a verme.

—¿El primo de Marc?

—No lo conoces. Yo sólo lo vi una vez, el día que llegué a Francia con Marc. No estuvo en el funeral Pero bueno, la cuestión es que ahora está en Inglate. rra por no sé qué negocios y lo invité a que viniera tomar un café. Por lo que sea, seguramente porque Marc y yo nos conocimos en la cuadra, acabamos hablando de caballos y me comentó que él tambiér tenía un par, pero que, como pasaba mucho tiempc fuera, estaba buscando a alguien que se ocupara df entrenarlos -Josy hizo una breve pausa para respi rar-. De pronto, mientras hablábamos, se paró de golpe y me preguntó si

estaría interesada en aceptar ese trabajo, aunque luego añadió que quizá fuera un lugar demasiado tranquilo, pues vive en un sitio aislado, sin apenas gente alrededor.

—¿No le dirías que sí te interesaba? -preguntó Belvia, cuyo asombro aumentaba por instantes.

—No, me negué por completo. Sin embargo, ya que había sido tan amable de ofrecerme el trabajo, me pareció que había sido muy brusca rechazándolo y me sentí obligada a explicarle que no había vuelto a montar ningún caballo desde la muerte de Marc. Entonces, me miró a la cara y me preguntó que si no creía que ya iba siendo hora de que volviera a ver a Hetty. Seguimos charlando un buen rato y, al final, se empeñó en conocer el sitio donde Marc había trabajado y...

—¡Has estado en la cuadra!

—Y he montado a Hetty -respondió. Se levantó de la silla, pues no aguantaba seguir sentada de nerviosa que estaba-. Antes de despedirse, me pidió que me pensara bien su oferta y que fuera a Francia; que sólo serían seis meses...

—¿Y ya lo has pensado? -preguntó. No quería interferir en la decisión de Josy, así que procuró no mostrar lo sorprendida que estaba para que ello no la influyera en modo alguno. Sin duda, sería un paso tremendo para Josy, teniendo en cuenta lo tímida que era; pero no menos cierto era que, de vez en cuando, Josy se las arreglaba para dejarla boquiabierta. Su decisión de casarse con Marc era buena prueba de ello.

—Todavía no lo tengo claro. Pero, ¿qué pasaría con papá?

—¿Qué tiene que ver papá con esto?

—Se pondría furioso, si le dijera que dejaba de ocuparme de la casa y me marchaba.

—¡Que se pague una asistenta! Si su empresa puede patrocinar un torneo de golf, digo yo que podrá permitirse ese gasto.

—¡Bel, no sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto! -exclamó Josy, como si las palabras de su hermana le hubieran infundido valor. Luego giró la cabeza mirando en dirección a la ventana-. Si al final me fuera a Francia durante un tiempo, no tendría que preocuparme más por Latham Tavenner, ¿verdad? -cambió de tema.

—Tranquila. Hagas lo que hagas, no volverá a insistir en salir contigo -afirmó con firmeza, a pesar de que el mero hecho de oír su

nombre la estremecía-. Créeme, Jo: no volverás a verlo nunca más.

—Me parece que te equivocas. Acaba de aparcar delante de casa -respondió Josy. Sin embargo, en esa ocasión, Belvia se sintió más angustiada que su hermana.

Experimentó un cúmulo de intensas sensaciones que le impedían pensar. Entonces, cuando ya hubo aclarado sus ideas, empezó a enfadarse. ¿Cómo se atrevía a ir a su casa a seguir acosando a Josy después de...?

—Yo me encargo de él -dijo Belvia, que deseaba escapar, pero, al mismo tiempo, abrirle la puerta y darle un bofetón-. ¿Por qué no te vas a la cocina y preparas el postre favorito de papá? Así no se pondrá tan furioso, si al final decides que tienes algo que contarle.

Josy recogió los platos y las tazas del café a toda velocidad, salió del salón y, cuando sonó el timbre de la puerta, se metió en la cocina.

Belvia esperó a que su hermana cerrara la puerta de la cocina para salir a recibir a Latham. Sus piernas empezaron a temblar, así que tuvo que esperar unos segundos para calmarse antes de abrir. El timbre volvió a sonar con impertinente impaciencia. Belvia colocó la mano en el pomo. Tenía que ser fuerte y comportarse con dignidad... a pesar de que Latham se la había robado por completo la noche anterior. Y encima, el muy canalla, tenía la desfachatez de presentarse allí para seguir molestando a Josy.

Capítulo 8

B ELVIA miró hacia el suelo al abrir la puerta, pero, después de fijarse en aquel cuerpo seductor, acabó subiendo la cabeza y se encontró con ese rostro que la arrebataba. Tal como había imaginado, no pudo evitar ponerse roja como un tomate.

—¡Pero bueno! -exclamó Latham sin dejar de mirarla a la cara; de admirar su rubor.

Belvia no quería oír ningún comentario sarcástico y decidió atacar con todas sus escasas fuerzas.

—¡Creía que me habías prometido alejarte de mi hermana! -exclamó.

—No pensarás en serio que todavía... -Latham se quedó sin palabras. No sabía qué decir. Se detuvo para respirar profundamente para, pensó Belvia, tranquilizarse. Lo que Belvia no acertaba a adivinar era por qué tendría Latham que tranquilizarse-. Me temo que voy a tener que darte más explicaciones de las que había pensado. ¿Me dejas entrar? -prosiguió con serenidad.

¿Para qué quería entrar? Belvia deseaba verlo, por supuesto que lo deseaba; pero no había nada que explicar: estaba claro que, para Latham, ella sólo había sido una aventura de una noche.

—Entra si lo crees necesario -Belvia se odió por ser tan débil y ceder a las pasiones del corazón.

¿Acaso no le bastaban dos palabras para explicar lo que había sucedido y decirle que no quería compromisos?

Se dio media vuelta y, a pesar de lo débil que acababa de mostrarse, logró marcharse al salón sin decirle nada más. Ya la seguiría si tenía interés. No sabía si sentarse, pues de esa forma disimularía que las piernas le temblaban, o permanecer de pie; al fin y al cabo, la conversación no podía llevarles demasiado tiempo.

Latham cerró la puerta del salón y fue hacia el sofá. Permaneció allí a la espera de que Belvia le concediera permiso para sentarse. Ésta no se atrevía a hablar, pues tenía miedo a desvelar, por el tono de la voz, lo que sentía por él.

Finalmente, fue hacia una de las sillas, se sentó y dejó así que sus actos hablaran por ella. Latham siguió su ejemplo, se sentó en el sofá y la miró. ¡Santo cielo! ¡Cuánto lo quería!

Volvió a bajar la vista y miró hacia los zapatos de Latham sin verlos en realidad. De pronto, empezó a enfurecerse. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo tenía el descaro de, después de acostarse con ella la noche anterior y de marcharse sin despedirse, aparecer en su casa como si fuera lo más natural del mundo? ¡Por Dios! ¿Por quién la había tomado?

—¿Cómo es que esperabas encontrarme aquí! -le preguntó con hostilidad.

—Sabía que estabas aquí -respondió con calma. Había encajado muy bien la acusadora pregunta de Belvia.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso? Me dejaste... -se quedó sin palabras. No quería hacer referencia al maravilloso y sublime fin de semana que habían compartido en Wiltshire.

—No era mi intención dejarte -se disculpó. Belvia lo miró con desconfianza-. Volví a Rose Cottage a buscarte, pero...

—¿,No querrás que me lo crea!

—Te aseguro que fui a buscarte. Imagina cómo me sentí cuando llegué y me encontré con que el cerrojo estaba echado -dijo Latham. ¡De modo que Latham tenía sentimientos!-. Lógicamente, llamé a Caroline para preguntarle si sabía algo de ti -prosiguió.

—Y te dijo que me había acercado ella.

—Me habría gustado que hubieras esperado -comentó con gran dulzura después de asentir con la cabeza.

—¿Sabes? ¡Ya me suponía que, al final, encima, la culpa la tendría yo! -exclamó. Belvia estaba luchando por mantener la compostura y no rendirse a ese hombre al que amaba.

—Cariño -sonrió Latham-, me merezco que estés enfadada conmigo.

Belvia no quería oír esas palabras engañosas ni ver sus maravillosos y fabulosos labios. Miró al reloj, aunque en realidad le daba igual la hora que fuera.

—Si hicieras el favor de terminar lo antes posible con tu explicación... -le dijo-. Mi padre quiere que le pongamos la comida a la una en punto y Josy prefiere que sea yo la que me ocupe del postre -añadió. ¿Por qué acababa siempre mintiendo a Latham Tavenner?

—Creía que tu padre no iba a estar hoy en casa: ¿no tenía que patrocinar un torneo de golf?

—Sí, pero eso no quiere decir que tenga que asistir -respondió. Belvia no esperaba que Latham se acordara de ese detalle-. Irá, por supuesto; pero más tarde, a la entrega de premios. Mi padre come siempre en casa los domingos -volvió a mentir.

—¿Entonces no ha ido todavía al torneo?

—Todavía no; así que... -vaciló. Latham la estaba mirando de una manera muy extraña. Belvia no sabía si se estaba riendo de ella o si, en cambio, la miraba con afecto... ¡Tonterías! Eso no era posible.

—¿Alguna vez te he dicho que eres increíble? -le dijo. El corazón de Belvia estaba desenfrenado-. Realmente increíble, cariño.

—¿Qué es lo que he hecho ahora? -preguntó desafiante. No se fiaba (le Latham. ¿Cuánto tiempo tardaría en intentar ridiculizarla? ¿Sería capaz de seguir resistiendo esos cumplidos?

—Para empezar, me has mentido descaradamente. -¡Lo que tú digas! -respondió. Luego no pudo contener su curiosidad-. ¿En qué te he mentido?

¿Cuándo te he mentido... últimamente? -No hace ni cinco minutos.

—¿Qué insinuas?, ¿que mi padre no está en casa?

—No sólo lo insinuó, sino que me atrevo a asegurarlo -respondió con autoridad. Y, antes de que Belvia pudiera reaccionar, añadió-. Lo primero que hice cuando salí del chalé esta mañana fue ir a ver a tu padre al torneo de golf.

—¿Has ido a ver a mi padre? -preguntó estupefacta. Le daba igual que Latham hubiera descubierto su «descarada» mentira.

—Exacto.

—Pe... pero... -balbuceó-. Ayer no me dijiste en ningún momento que tuvieras intención de ir a verlo esta mañana -protestó.

—No te lo dije porque aún no lo había pensado todavía -respondió.

—Me da la impresión de que tienes una forma un poco alocada de hacer negocios...

—No fui a verlo para hablarle de negocios -la interrumpió.

Belvia no podía creérselo: ¡había ido a ver a su padre para hablar de un asunto personal! Se le aceleró el corazón, pero, entonces, se acordó de su hermana.

—Josy -fue todo lo que acertó a decir. Latham, aun así, la había entendido de sobra. ¿Entonces?, ¿por qué le estaba diciendo que no con la cabeza?

—Nunca, en ningún momento, he estado interesado en Josy -afirmó categóricamente. Belvia no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Menos mal que no te llamas Pinocho, porque, vamos, la nariz te llegaría hasta el otro extremo del salón -dijo Belvia confundida.

Se levantó: no soportaba que Latham mintiera de esa forma, y tampoco soportaba saber que, en el fondo, deseaba creer que lo que estaba oyendo era verdad. ¿Cómo podía amarlo y odiarlo tanto al mismo tiempo?

Le estaba dando la espalda y temió perder el control cuando, después de levantarse del sofá, Latham se acercó a ella y colocó las manos con ternura sobre sus hombros. Belvia quiso alejarse, pero se sintió incapaz. Deseaba que Latham la estrechara entre sus brazos, como... ¡Dios!, ¡como la había estrechado la noche anterior! Intentó olvidarse de aquellos preciosos recuerdos.

—Cariño, no quiero herirte. Pero, para acabar de una vez por todas con todas las mentiras y engaños que nos han estado separando, me temo que voy a tener que hacerlo -dijo Latham. Belvia estaba aturdida. Había dicho «cariño» de una forma tan singular, tan afectuosa, que no podía aguantar las ganas que tenía de oír lo que tuviera que contarle... por doloroso que pudiera resultar.

—Entonces... ¿le hablaste de mí? -preguntó Belvia, que no supo adónde mirar cuando Latham la giró para mirarla a la cara.

—Estás temblando -comentó.

—Es el tiempo -respondió Belvia. Casi se desmayó al notar el tacto de sus labios de seda sobre las mejillas.

—Ven, siéntate -le recomendó. Luego la llevó, no a la silla de antes, sino al sofá. Belvia se serenó, pero, en cuanto Latham se

sentó junto a ella, empezó a temblar de nuevo.

—Bueno, dime -logró decir sacando fuerzas de flaqueza-. Fuiste a hablar con mi padre de un tema personal, ¿no?

—Sí -respondió-. Aunque, al principio, antes de que tú y yo nos conociéramos, fue tu padre quien me vino a ver a mí -añadió con mucho tacto.

—¡Ah! -exclamó Belvia. Sólo entonces se dio cuenta de que, a pesar de todo lo que había sucedido entre Latham y ella, tenía que seguir acordándose de que su padre necesitaba dinero para su empresa-. Y supongo que sería para hablar de negocios, ¿no?

—No -respondió Latham para asombro de Belvia-. Si pudiera ahorrarte tener que escuchar lo que voy a contarte, lo haría. Pero insisto en que sepas la verdad antes de que... Digamos que, bueno, quizá... Para que no sigas esforzándote por defender a tu padre, quiero que sepas que sé todo lo que debo saber sobre él... incluido el hecho de que está ansioso porque mi empresa realice una inversión en la suya.

—¡Ah! -exclamó Belvia tontamente. No estaba segura de si se había vuelto a sonrojar.

—No te sientas violenta -sonrió Latham-. Lo que hay entre tú y yo no tiene nada que ver con el dinero -añadió para tranquilizarla.

Belvia lo miró durante varios segundos y entonces supo que, fuera lo que fuera lo que tuviese que explicarle, deseaba oír hasta la última palabra. Además, como estaba empezando a pensar de nuevo con un poco de frialdad, quería saber qué tenía que ver su padre con lo que estaban hablando, con ellos dos. Tenía que descubrirlo cuanto antes.

—¿Me estás diciendo que la primera vez que mi padre fue a verte no fue para hablar de negocios?

—Exacto. O, al menos, eso creí entonces... Hasta hoy no me había dado cuenta de que me había engañado -respondió Latham. Belvia quería que la tierra se la tragara. Al parecer, también Latham había podido comprobar lo vil que podía llegar a ser su padre.

—No... ¿no te pidió que invirtieras en su empresa directamente?

—Nunca me habló de negocios -contestó. Luego tomó sus manos y las apretó. Belvia se estaba volviendo loca-. Tu padre vino a verme para... decirme que mantenías una relación adúltera con mi cuñado.

—¿Qué! ¿Yo! ¿Una relación adúltera? Pero si yo nunca... -se quedó sin palabras.

—¿Crees que no lo sé? Cariño, ¿cómo no voy a saber, mejor que nadie en el mundo, que nunca en tu vida has tenido una aventura? -dijo Latham pura calmarla. Belvia volvió a ruborizarse- Dulce Belvia, ¿entiendes ahora por qué me marché tan rápidamente después de anoche? No podía descansar hasta aclararlo todo.

Todavía estaba intentando recobrarse de lo que acababa de descubrir ¿cómo era posible que su propio padre hubiera sido tan despreciable?, ¿cómo había sido capaz de inventarse que estaba teniendo una aventura con el marido de Caroline? Al menos eso explicaba por qué había desaparecido Latham.

—Entonces... ¿fue por eso por lo que saliste de casa tan precipitadamente? -preguntó.

—Ya iba siendo hora de que alguien empezara a hacer justicia contigo -respondió. Luego colocó un brazo sobre un hombro de Belvia, que lo miró y lo amó... y supo que no iba a poder seguir concentrada mientras Latham no retirara el brazo de su hombro. Se separó unos centímetros para evitar el tacto de su piel.

—Creo que lo mejor será que empieces a contarme todo desde el principio -le pidió.

—No va a ser agradable -la advirtió mientras la miraba a la cara fijamente.

Belvia sabía que Latham dejaría de hablar si la notaba demasiado alterada; que no quería herirla más de lo imprescindible. Por eso se obligó a enmascarar sus sentimientos. Quería, necesitaba, saber toda la verdad.

—Graeme es un indeseable -dijo Latham-. Caroline me ha contado más de una vez que su marido no le era fiel. Bueno, creo que, más o menos, mi hermana ya te ha comentado que no es feliz con su nmarido , ¿no?

—Sí, aunque ya me lo imaginaba -respondió Belvia. Luego se explicó-. Coincidí con él en una fiesta

el año pasado. Después de que me lo presentaran, alguien me dijo que estaba casado... Nadie lo habría sospechado por su forma de comportarse. Caroline estará mucho mejor sin él.

—No puedo estar más de acuerdo. Ha tenido que soportar más de lo que ninguna mujer debiera -hizo una pausa-. Pues bien, sé con

certeza que Graeme está manteniendo en la actualidad una relación adúltera.

—Y tú pensabas, por lo que te había dicho mi padre, que yo era la mujer con quien estaba teniendo esa relación, ¿no?

—Estaba convencido de que me decía la verdad -respondió-. El caso es que Caroline, prefiero no andarme con rodeos, lleva cinco años casada con Graeme Astill y, durante esos cinco años, con tal de ver feliz a mi hermana, he sobornado a varias mujeres para que se olvidaran de Graeme. Hace unos meses, noté que Caroline volvía a estar triste, así que contraté a una agencia de detectives privados que ya había contratado en anteriores ocasiones, para averiguar de qué mujer se trataba esta vez.

—¿Qué me dices! -exclamó Belvia-. ¿Y también sobornaste a esa mujer?

—No. Esta vez Graeme estaba actuando con mucha discreción y los detectives no lograban descubrir nada.

—¿Estás seguro de que estaba teniendo una aventura?

—De eso no me cabe la menor duda. Sólo tenía que enterarme de quién era su amante. Quería proteger a mi hermana.

—Supongo que Graeme se daría cuenta de lo de los detectives.

—Caroline, en un momento de debilidad, después de su última reconciliación, se lo contó.

—Ya veo -dijo Belvia. Efectivamente, Graeme Astil] había estado actuando con mucha discreción, para que su cuñado no le estropeara aquella aventura-. Pero... -vaciló.

Belvia no conseguía entender por qué su padre, al parecer, se había dirigido a un desconocido para decirle que ella era la mujer con la que Graeme salía clandestinamente.

—No entiendo nada -prosiguió Belvia-. ¿Qué interés tenía mi padre en decirte que yo estaba teniendo una aventura con el marido de Caroline? ¿Qué sentido...? Y, en cualquier caso, ¿cómo sabía que Graeme tenía una aventura? ¡Ni siquiera sabía que mi padre lo conociera!

—No lo conoce -respondió Latham-. Según lo que tu padre me ha confesado esta mañana, después de presionarle mucho, parece ser que hace unas semanas escuchó una conversación telefónica que su secretaria estaba teniendo con Graeme.

—¡Vanessa Stanley! -exclamó Belvia a la vez que sentía

auténtica repulsión por su padre. ¿Cómo podía dedicarse a escuchar las conversaciones privadas de su secretaria?-. ¿Es ella la que...?

—Según tu padre, era evidente que se estaban acostando. Al parecer, mi nombre surgió en la conversación y tu padre se enteró de que yo andaba buscando a la mujer de turno y de que ellos estaban tomando todo tipo de precauciones para no ser descubiertos.

—¿Tu cuñado no quería que sobornaras a Vanessa? -preguntó Belvia mientras iba digiriendo que Vanessa Stanley era la amante.

—No creo que le dijera nunca que obtendría dinero a cambio de abandonarlo; pero, de algún modo, la convenció de la conveniencia de que su relación permaneciera en secreto absoluto.

—Pero... -empezaba a estar confundida-. Entonces, mientras mi padre sabía lo de su aventura, ni Vanessa ni tu cuñado eran conscientes de que él los había descubierto...

—Se creían muy listos. Y, de no ser por esa llamada, actuaron con inteligencia -afirmó Latham.

—Ya, pero sigo sin ver... -se detuvo de golpe. Conocía muy bien a su padre y, de pronto, empezó a entender. Sintió náuseas al pensar que su padre había sido capaz de utilizarla-. Ya: mi padre pensó que si te proporcionaba cierta información, tú te sentirías tan agradecido, que estarías dispuesto a hacerle un favor si, más adelante, te lo pedía -concluyó Belvia. Su padre era tan astuto como perverso.

—Si me hubiera dicho la verdad, seguro que me habría sentido obligado a él y le hubiera hecho cualquier favor.

—Pero no te enteraste de que te estaba engañando hasta... -se quedó muda. ¡No se había enterado hasta la noche anterior! Lo miró a los ojos y éste le lanzó una mirada cálida y tomó sus manos. Belvia prefirió soltarse. No podía pensar, si las manos de Latham la acariciaban. Bastante trastorno le estaba produciendo aquella mirada tan afectuosa-. Así que, al final, mi padre fue y te dijo que yo era la mujer con la que se acostaba tu cuñado -prosiguió, esforzándose al máximo para no perder la serenidad.

—Tu padre es mucho más sutil que todo eso, Belvia -comentó Latham con delicadeza-. Al principio no me dijo nada. Al parecer, sólo quería ponerse en contacto con mi cuñado urgentemente y me preguntó si sabía dónde podía encontrarlo. Le sugerí que lo llamara

a su casa, pero, en el transcurso de la conversación, me vino a decir que quería hablar con él sin que mi hermana se enterara.

—Y como siempre estás pendiente de tu hermana, fue entonces cuando salió tu instinto protector, ¿no es así?

—Instinto que los dos tenemos para cuidar de nuestras hermanas -comentó Latham con ternura. Belvia se sintió desfallecer. Tenía que aguantar.

—¿,Qué pasó entonces? -preguntó.

—Como yo me negué a darle más información hasta que no me contara de qué se trataba -prosiguió Latham, que parecía tener ganas de aclararlo todo cuanto antes-, tu padre tuvo que confesarme, «a su pesar», que Astil¡ estaba teniendo una aventura con una hija suya y que quería poner punto final a esa relación.

Belvia apartó la mirada. Se sentía avergonzada: ¿cómo era posible que su padre se hubiera inventado esa historia?, ¿cómo había sido capaz de mostrar tan poco respeto por ella?

—Su empresa está en serios apuros, cariño -prosiguió Latham para intentar aliviar su embarazo.

El tono en que la había llamado «cariño» le hizo olvidar lo dolida y mísera que se sentía por el comportamiento de su padre. Luego pensó que quizá llamaba «cariño» a todas las mujeres con las que había hecho el amor... cualquier cosa mejor que concebir esperanzas; que creer que ese «cariño» significaba que sentía algo de afecto por ella.

—Entonces, después de creerte lo que mi padre te había contado, una vez que ya habías descubierto a la mujer, le dijiste que se quedara tranquilo; que tú te encargarías de solucionarlo todo, ¿no? -le preguntó Belvia con tanta frialdad como pudo.

—No tenía ningún motivo para no creer a tu padre -respondió Latham-. Naturalmente, fui a ver a Graeme y le dije que sabía lo de su aventura contigo.

—¿Y no lo negó? -preguntó sorprendida.

—Me miró asombrado cuando me oyó decir tu nombre. Se quedó de piedra. Pero yo pensé que su asombro se debía a que no se explicaba cómo había descubierto el secreto que tan bien había guardado. Sin embargo, se recuperó en seguida y, tan sagaz y maquiavélico como tu padre, supongo que pensó que mientras yo sospechara de ti, más fácil le sería seguir con esa tal Stanley. Lo

peor de todo es que, a pesar de las ganas que tenía, no podía pegarle un buen puñetazo, porque Caroline seguía queriéndolo y yo le había prometido que nunca le haría daño. Por otro lado, corno tu padre me había dicho que tú tenías tu propio dinero, era inútil intentar sobornarte con más dinero.

—¿Por qué no me lo preguntaste nunca? -hizo una breve pausa y, en seguida, puso cara de comprender-. Porque no me habrías creído por más que lo negara, ¿no es eso?

—Así es, por mucho que me duela admitirlo. Aunque no me faltaban motivos -respondió.

—¿Motivos? -luego recordó-. Claro, yo me encargué de confirmar tus sospechas la noche que nos conocimos, cuando viniste a cenar y...

—Y te fuiste después de decir esa terrible frase que se me quedó grabada en la memoria: «Es que sólo puede librarse de su esposa después de la hora de cenar».

—No me extraña que te enfadaras.

—Me enfadé muchísimo y decidí que tenía que acabar como fuera con esa relación. En ese momento, pensé que tenías que ser una cínica descarada o que Astil¡ no te había avisado de que yo sabía que tú eras su amante. También me di cuenta de que, tal como habíamos acordado, tu padre no te había dicho que yo sabía lo de tu supuesta aventura.

—Me pregunto cómo pudo inventarse algo así -comentó Belvia, que no se sentía especialmente orgullosa de su padre en ese instante.

—Procura mantener la calma. Es una pesadilla. Pero una vez que lo hayamos aclarado todo... -se detuvo y la miró con gran cariño. Belvia no sabía qué creer.

—¿Por qué aceptaste la invitación a cenar de mi padre aquella noche? -preguntó. Creía que lo mejor sería empezar por el principio.

—Tu padre me había asegurado que, aunque tu hermana haría cualquier cosa que yo le pidiera, tú eras una mujer indómita. Pero yo estaba seguro de que, indómita o no, tenías que tener algún punto débil; así que quise verte para descubrirlo. A ser posible, durante una comida, pues así te verías obligada a pasar cierto tiempo conmigo.

—¿Lo encontraste?, ¿mi punto débil?

—De inmediato. Nada más ver lo que te esforzabas por proteger a tu hermana, desde el momento en que tu padre nos presentó, me di cuenta de que serías capaz de hacer cualquier cosa con tal de defenderla. Y esa actitud se vio corroborada, si es que era necesario corroborarla, cada vez que intentaba entablar una conversación con ella y eras tú la que contestabas.

Belvia pensó que, como él era igual de protector con su hermana, Latham no debió de tardar en averiguar su punto débil. Suspiró y, de pronto, se le vino a la cabeza la seriedad con que había dicho que nunca había estado interesado en Josy.

—Así que decidiste utilizar a mi hermana para intentar «domarme».

—Nunca en mi vida había visto una estrategia más evidente. Me di cuenta en seguida de que, a poco que flirteara con Josy, aparecerías como un rayo para protegerla.

—Y pensaste en pedirme que me olvidara de tu cuñado a cambio de no molestar a Josy.

—Ésa era la solución más lógica; pero, hablando con tu padre, debes saber que hemos estado en constante contacto, me comentó que, conociéndote corno te conocía, tú dirías que sí, que abandonarías a Graeme, pero que, en cambio, seguirías viéndolo a escondidas, con más discreción todavía. Al final decidí que, a fin de reducir el tiempo que pasabas junto a tu amante, sería yo quien, en un principio, se ocuparía de tenerte entretenida.

—¿Tan convecido estabas de que saldría contigo?, ¿de que Josy también lo haría?

—Josy, según tu padre me había dicho, y recuerda que yo no tenía ni idea de lo que estaba maquinando, habría estado dispuesta a salir conmigo con tal de no disgustarle. Respecto a ti, mi vida, que yo recuerde, no me hizo falta invitarte: te presentaste tú en lugar

de tu hermana.

—Pero tú no me esperabas a mí... la primera vez.

Esa noche, cuando llegué en tu limusina, tú esperabas que apareciera Josy.

—Esperaba que aparecieras tú, créeme -comentó-. Antes de telefonear a Josy el lunes, sabía que tu padre había hablado con ella esa misma mañana y que le había dicho que, en adelante, tenía que

ser más amable con los invitados. Y como eso, también sabía que ella iría a pedirte ayuda nada más comprometerse a salir conmigo.

—Y probablemente también pensaste que yo intentaría llamarte para avisarte de que Josy no iba a poder ir -dijo Belvia.

—Tu padre me llamó para prevenirme diez segundos antes de que tú llamaras -admitió-. El tiempo justo para decir en recepción que, en caso de que llamara una tal Belvia Fereday, le dijeran que no estaba localizable.

—Pero, por mucho que digas que me estabas esperando, cuando me viste parecías sorprendido. como si no pudieras creer que...

—Cariño, cuando te vi salir del coche no te miré sorprendido, sino impresionado -la interrumpió. -¿Impresionado?

—Sencillamente, nunca en mi vida había visto a una mujer más bella.

—¿De... de verdad? -preguntó halagada.

—Puedes jurarlo. Y entonces fue cuando todo empezó a estropearse.

—¿A estropearse?

—A estropearse o a arreglarse -sonrió-. De pronto, ya no sabía qué me estaba pasando. Lo único que sabía con seguridad es que si Josy, sorprendentemente, hubiera aparecido esa noche, la habría tratado con mucho tacto.

—Pero no fue Josy la que salió del coche, sino yo -apostilló Belvia. Lo amaba sin remedio: Latham se había dado cuenta desde el principio de lo tímida que Josy era, y la habría tratado con tanto cariño como a su propia hermana.

—Efectivamente, fuiste tú. Te estuve mirando durante todo el concierto y mi vida cambió por completo. En el entreacto tuve que separarme de ti para intentar serenarme un poco.

—¿Me estás diciendo que yo... de algún modo... te impedía concentrarte en ...?, ¿que estuviste pendiente de mí durante el concierto?

—Estoy diciendo eso y mucho más -prosiguió Latham-. Estoy diciendo que me sentía orgulloso de estar a tu lado cuando nos rodearon todos esos fotógrafos; que me alegraba de que Graeme tal vez llegara a ver una foto tuya conmigo a tu lado; que me sentí celoso cuando vi que Rodney Phillips estaba charlando contigo...

—¡Santo cielo! ¿Qué... qué quieres decir? -susurró emocionada.

¿Era cierto lo que estaba oyendo?

—Fue como estar en el cielo. De pronto, aunque no había sido mi intención, me encontré invitándote a cenar... y luego tu forma de despedirte cuando apenas acababan de servimos... Fue una experiencia totalmente nueva para mí.

—Recuerdo que le dije a tu chófer que no necesitarías más sus servicios esa noche -se disculpó Belvia.

—Lo sé, me lo dijo al día siguiente. Después de aquel desplante, me di cuenta de que quería volver a verte; de que me estaba metiendo en un lío.

—¿Cómo que «en un lío»?

—¿Cómo crees que me sentí la siguiente vez que apareciste en lugar de tu hermana y la química empezó a funcionar y te deseé fervientemente?

—Yo... tampoco había sentido algo así jamás -confesó. Le gustó corroborar que la pasión también lo había dominado a él.

—Ahora lo sé, pero entonces... entonces ni me lo imaginaba. ¿Querrás perdonarme?

—¿Debería? -preguntó insegura.

—Amor mío -exclamó. Latham no soportaba seguir separado de ella, aunque sólo fueran unos centímetros; así que le acarició un brazo. Belvia no se separó y permanecieron unos segundos sin moverse-. Tu padre lo tenía todo muy bien planeado. Llevaba varios días pensando cómo, podía manejar la situación para su conveniencia. El creía que se había cubierto las espaldas totalmente: me había pedido que no te mencionara que yo sabía lo de tu supuesta aventura con Graeme, pues estaba seguro de que lo negarías. Y también había previsto que yo iría a ver a Graeme a decirle el nombre de su amorcito; pero imaginó que, tal como sucedió, a Graeme le interesaría que yo siguiese una pista falsa. Mientras no le dijera que lo había sorprendido con Vanessa Stanley, él seguiría tan tranquilo.

—¿Y Caroline pensaba que yo...?

—No -la interrumpió Latham-. Ella sabía que Graeme tenía una aventura, pero ni siquiera ahora sabe con quién. Y ya, gracias a Dios, le da totalmente igual. El caso es que tu padre pensaba que lo había calculado todo hasta el último detalle; pero con lo que no había contado era con que, después de conocerte, yo empezaría a...

sentirme atraído por ti.

—¿Atraído?, ¿por mí? -preguntó Belvia, que no podía respirar de la emoción.

—Sí, vida mía, sí. Empecé a pensar en ti constantemente -confesó amablemente mientras sonreía-. Tu padre creía que mi empresa se comprometería a invertir en la suya y que tú nunca te enterarías de sus maquinaciones. Tenía pensado decirme que habías dejado a Graeme, y nadie podría echarle luego la culpa si mi cuñado hubiera empezado a flirtear después con Vanessa Stanley. A tu padre le daba igual lo que yo pudiera pensar de ti; pero nunca imaginó que yo me enamoraría de tu sensibilidad y de tu delicadeza... Nunca imaginó que llegaría a amarte.

— ¿Tú... me amas?

—Con todo mi corazón. Lo supe, aunque entonces no quise reconocerlo, desde la noche en que viniste a mi piso a hablarme de Josy. Recuerdo que te seguí a la cocina y te deseé tanto como tú a mí, pero dijiste que estabas confundida. Fue entonces cuando, al darme cuenta de tu delicadeza, al abrazarte, también yo me sentí desconcertado; porque no sólo me sentía atraído físicamente por ti. No me lo esperaba: se suponía que no eras tan delicada y, sin embargo, lo eras. Y cuando empezamos a besarnos fue maravilloso; no tuvo nada que ver con la vez anterior, cuando te acusé de ir de cama en cama y tú casi me desencajaste la mandíbula de un puñetazo. No, fue totalmente diferente: esa vez fuiste tú la que no quiso no seguir adelante. Me dijiste que no estaba bien, que no podíamos hacer el amor.

—Lo siento.

—¿Tú te disculpas?

—Es que yo quería... Aquella noche quería... -vaciló-. Al menos la primera vez, yo... quería hacerlo con un hombre que me amara.

—¿Me estás diciendo lo que creo que estás diciendo, amor mío? -le preguntó dulcemente mirándola a los ojos-. ¿Me estás diciendo lo que tus gestos y tus silencios me dan a entender?, ¿que aquella noche tú estabas enamorada de mí?

—No podía explicármelo; pero así era.

—¿Que me amabas? -preguntó Latham, que necesitaba escucharlo de sus labios.

—Sí, y te sigo amando -respondió sonriendo tímidamente.

—¡Dulce Belvia! -exclamó con ternura. Luego la estrechó entre los brazos y permanecieron en silencio durante varios minutos, sin hablarse ni besarse, simplemente aferrándose a la persona que amaban. Finalmente, Latham la besó y la miró a los ojos para ver en sus pupilas la confirmación de sus palabras... Y la vio-. Te amo. Tengo que estar soñando. Yo no merezco tu amor. ¡Con lo miserable que he sido contigo!

—Cierto -respondió riendo. Estaba tan emocionada que tenía que reírse o romper a llorar.

—Te amo, una y mil veces te amo -repitió. Volvió a besarla. Intentó decirle algo para aplacar el disgusto que Belvia tenía con su padre-. Bueno, al menos tu padre, eso me ha dicho, se habría opuesto a dejarte pasar el fin de semana conmigo si se hubiera enterado a tiempo.

—Seguramente porque pensaría que su plan peligraba, pues, en tal caso, tú le habrías dicho que tu cuñado también estaría allí -hizo una pausa-. No entiendo por qué Graeme aceptó tu invitación si sabía que yo iba a estar... Claro: no se lo dijiste, ¿verdad?

—Si te soy sincero -dijo Latham-, aparte de pedirle a Caroline que se asegurara de que tanto ella como Graeme estuvieran libres ese fin de semana, no había pensado nada en particular; ni siquiera los había invitado a Rose Cottage cuando vine a verte el viernes.

—¿No? Pero... Dijiste que...

—Mentiras, todo mentiras -confesó-. Te mentí al decirte que había invitado a unas personas a pasar el fin de semana en Wiltshire. A cambio de esta mentira, espero que te consuele saber que el miércoles anterior había venido a verte exclusivamente porque tenía necesidad de verte y de oírte.

—Yo te había preguntado si podía llamarte...

—Lo recuerdo. Pero, como tardabas, empecé a desesperarme. Decidí visitarte, pensando que ya se me ocurriría alguna excusa. Entonces me hablaste de lo mal que lo estaba pasando Josy y de la persona tan maravillosa que era. Yo sólo podía pensar que tú sí que eras maravillosa y que tu dolor me dolía en las entrañas, pero que, a mi pesar, iba a tener que herirte, porque no soportaba que tuvieras una aventura

con mi cuñado.

—¡Latham, cariño! -exclamó Belvia.

—Hacía mucho que deseaba oírte decir algo así -respondió. Luego la besó un instante-. Bueno, pues ahí estaba yo, cada vez más enamorado de ti, deseando protegerte y, al mismo tiempo, decidido a acabar cuanto antes con tu aventura. El viernes, después de dos noches angustiosas, necesitaba volver a verte.

—Así que viniste y me contaste unas poquitas mentiras -le dijo con picardía.

—¡Eres tan increíble! -volvió a besarla-. Mi cabeza estaba a punto de estallar, pero intenté no desviarme de la lógica: suponía que Graeme y su amante, tú, habríais estado hablando de mí y que tú le habrías dicho que yo estaba interesado en tu hermana.

—¿Por haberla invitado al concierto y a cenar a tu piso? -preguntó. Latham asintió con la cabeza.

—También deduje que, lo más probable, y perdón por lo que voy a decir, cariño, es que no le hubieras contado nada de lo atraída que te sentías por mí, que fue lo que pensé después de verte estremecer entre mis brazos.

—Buena deducción -apuntilló un poco sonrojada. -Y entonces fue cuando se me ocurrió lo de este fin de semana.

—¿Pensaste en reunirnos a todos?

—Aunque una parte de mí no quería que Graeme y tú estuvierais juntos en Rose Cottage, necesitaba solucionar las cosas. Nunca me he molestado en conocer a Graeme, pero, por lo que sé de él, imaginaba que no estaría dispuesto a que su amante durmiera con otro hombre estando él en la misma casa; de modo que Graeme rompería contigo, Caroline recuperaría a su marido y tú quedarías libre. Sólo tenía que asegurarme de que Astil¡ no se enterara de que ibas a estar allí hasta que ya fuera demasiado tarde.

—Por eso subiste a mi habitación antes de salir hacia Wiltshire, aunque dijiste que era para bajarme la maleta.

—Exacto: quería asegurarme de que no lo llamabas por teléfono.

—Y por eso leíste la nota que escribí a Josy.

—Por si la nota era para Graeme. Te amé más que nunca cuando, al leerla, comprendí que, para ti, ayudar a una amiga que se encuentra mal era algo tan natural que Josy no sospecharía nada extraño. Incluso te ocupaste de que alguien entrenara a Hett\ en tu ausencia.

—Por cierto, Josy ha conseguido volver a la cuadra y montar a

Hetty -dijo Belvia encendida de alegría-. Latham Tavenner, te amo con locura -añadió.

—Bésame siempre que digas algo así, por favor -rogó Latham. Sus labios se unieron y no se separaron hasta varios minutos más tarde-. Creo que esto fue lo que me animó a seguir adelante.

—¿Esto? ¿Un beso? -preguntó extrañada.

—Casi: me preguntaba cómo podías ser tan apamonada conmigo si de verdad estabas enamorada de Graeme o de cualquier otra persona.

—Y al final, como eras consciente de que me deshacía por ti, diste por sentado que te acompañaría a Rose Cottage.

—¿Me odias por eso?

—¿Por qué había de odiarte?

—¿Por qué no? Lo di todo por supuesto. Y eso que, mientras discutíamos, cuando me pediste que te prometiera que no me pondría «amoroso», casi preferí que te quedaras, porque yo sólo quería abrazarte y protegerte y no sabía si sería capaz de controlarme.

—Pero superaste tu indecisión, porque era imprescindible que yo fuera para que todo se solucionara. No podías permitir que Caroline siguiera sufriendo.

—Así que nos marchamos y pasé unas horas inolvidables comiendo contigo en el restaurante y haciendo la compra en el supermercado. No imaginas cuánto me costó separarme de ti, al llegar a Rose Cottage, para telefonear desde el coche a mi hermana y decirle que fuera para allá con su marido.

—¡Entonces era a Caroline a quien llamaste desde el coche! -exclamó al recordar aquel momento.

—Sí. Quería que viniese con Graeme para acabar con vuestra relación de una vez por todas, si es que teníais alguna.

—¿Habías empezado a dudarlo? -preguntó, pues ésa era la conclusión a la que había llegado después de escuchar a Latham, que, en cambio, negó con la cabeza.

—Todavía no. Y, sin embargo, algo no encajaba. Recuerdo que te pusiste muy nerviosa cuando entré en la habitación, mientras estabas haciendo las camas, y me acerqué a ti.

—Porque me abrazaste -explicó Belvia.

—Me sentí pletórico teniéndote entre mis brazos -sonrió-. Y

pensé que si yo me sentía tan bien, tú también tenías que sentirte agusto.

—Mientras me sujetabas, deseaba no tener que separarme nunca de ti.

—Amor mío, he tenido que estar ciego. Todo me indicaba que eras una mujer totalmente distinta a la ,que yo creía que eras y, sin embargo, yo sólo pensaba en lo peor.

—¿Tan convencido estabas de mi aventura con tu cuñado?

—Eran demasiadas coincidencias: el viernes por la noche, cuando te dije que el marido de mi hermana era Graeme Astill, admitiste que lo conocías.

—Sólo lo había visto una vez, en aquella fiesta; pero fue suficiente como para darme cuenta de que era un cotilla indiscreto. Temía que fuera contándole a algún conocido que yo había compartido habitación contigo y...

—Entonces, ¿era eso? ¿Por eso no querías pasar con él el fin de semana? Yo pensé que...

—Pensaste que me encontraba en apuros, porque, de compartir habitación con alguien, yo querría compartirla con él.

—Tienes que perdonarme. No empecé a darme cuenta de la verdad hasta que anoche te estreché entre mis brazos y luego...

—Latham, si supieras el empeño que puse en dormirme antes de que entraras en la habitación... -sonrió-. Y tú, en cambio, te dormiste nada más meterte en la cama.

—¡Ni hablar!

—¿No? Pero... si tu respiración parecía...

—Como la tuya. Los dos estábamos fingiendo --se echaron a reír-. Yo quería acercarme a ti, pero me negaba a tenerte sólo durante una noche.

—¡Latham! -exclamó conmovida.

—Necesitaba saber que habías terminado con Graeme para poder disfrutar de tu compañía con la conciencia tranquila -se detuvo. Luego prosiguio evocando la noche anterior-. Entonces tu respiración se serenó de verdad y supe que estabas dormida; pero no bien me hube dormido yo, empezaste a gritar. Me sobresalté tanto, que tuve que despertarte. Luego intenté resistir la tentación de acariciarte, pero te apoyaste contra mi pecho y entonces...

—¿Así que yo tuve la culpa? -le preguntó pícaramente.

—No. Nunca la tuviste -se disculpó. Luego la besó apasionadamente y le contó cómo se había sentido-. Al principio no podía creerme la mágica compenetración, el amor que nos unió. Me costó encajar aquel maravilloso descubrimiento que hice acerca de ti... Fue sensacional: de no haber sido porque te estaba viendo dormida entre mis brazos, habría pensado que estaba soñando. Luego, al amanecer, Inc enfadé mucho.

—¿Te enfadaste?, ¿conmigo? -preguntó sorprendida.

—Contigo no, cariño, amor mío. Aunque sí que pensé en despertarte para que me contestaras algunas preguntas que no dejaban de darme vueltas a la cabeza.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque al verte entre mis brazos sólo deseaba cubrir tu cuerpo de besos y caricias. Y si te hubiera despertado... no sé si no habría intentado volver a hacerte el amor.

—¿No querías?

—No era el momento indicado, dulce Belvia. Entonces necesitaba respuestas, y no eras tú quien tenía que dármelas.

—¿Mi padre?

—No sabía qué pensar de él; pero no podía seguir soportando tanta incertidumbre. Me pareció que estabas celosa cuando me preguntaste si siempre llevaba a Rose Cottage a todas mis amiguitas y deseé que de verdad lo estuvieras. Luego, después de hacer el amor, comprendí que Graeme no podía significar nada para ti... No podía aguantar más. Tenía que averiguar toda la verdad; así que me vestí...

—Y te fuiste -Belvia terminó la frase.

—No quería molestarte. Bastante te habíamos molestado ya entre todos. Pero yo necesitaba respuestas.

—¿Fuiste a ver a mi padre?

—Por suerte, antes, al bajar a la cocina, me encontré a Graeme, que estaba buscando una aspirina. -Y le preguntaste si...

—Ni siquiera. Antes de agarrarlo por el pescuezo y obligarle a hablar, el muy osado me preguntó, con segundas, claro está, si había pasado una buena noche.

—No contestaste, por supuesto.

—Sí: con un puñetazo que lo mandó al suelo. No imaginas lo bien que me sentí. Pero, cuando ya iba a levantarlo para rematarlo,

Caroline apareció. Me sentí fatal, pues le había prometido que nunca pegaría a su marido; pero Caroline me agradeció lo que acababa de hacer y luego, a solas, me aseguró que iba a divorciarse de él. Así que ya sólo tenía que ver a una persona antes de volver por ti.

—¡Si hubiera sabido que ibas a regresar...!

—Habrías evitado el ataque de nervios que me entró cuando me encontré con la puerta de Rose Cottage cerrada.

—¡Lo siento, Latham! -exclamó. Tuvo ganas de abrazarlo, pero aún no había oído todo lo que debía oír-. ¿Qué pasó cuando viste a mi padre?

—¡No imaginas la historia que me contó!

—¿No te contó la verdad?

—Al principio, no. Sólo cuando le dije que lo había descubierto todo, empezó a admitir que se había acercado a mí para conseguir una inversión para su empresa. Al final, me acabó contando todos los detalles de su plan.

—¿Cómo han quedado las cosas con él? -preguntó Belvia, que no podía evitar querer a su padre, a pesar de que no se lo merecía.

—Le dije más o menos que ya lo llamaría y me marché volando hacia Rose Cottage.

Entonces se besaron y, durante unos segundos, el mundo se detuvo para contemplar el amor que los unía.

—Señorita Fereday, no me ponga en aprietos -susurró Latham en broma sin apenas poder respirar-. Estoy haciendo todo lo posible por no olvidarme de que es domingo por la mañana, de que estoy en el salón de tu casa y de que tu hermana puede aparecer en cualquier momento.

—No creo que aparezca -sonrió Belvia, segura de que Josy no tenía la más mínima intención de dejarse ver-. Latham, ¿te pondrás en contacto con mi padre?, ¿crees que... invertirás en su empresa? -preguntó Belvia, preocupada de pronto por todos los trabajadores que se quedarían sin empleo.

—¿Tú qué crees, amor mío? ¿Crees que debo prestarle el dinero que necesita... o debería dejar que la empresa de mi suegro quiebre?

—¿Suegro?

—Por si no te has dado cuenta, cariño, en eso se convertirá tu

padre en cuanto podamos casamos.

—¡Ah! -exclamó sobrecogida. El corazón le latía sin control y Latham empezó a angustiarse.

—Porque quieres casarte conmigo, ¿verdad? Sé muy bien que no te merezco, pero...

—Estoy deseando casarme contigo -lo interrumpió para acabar con su agónica espera.

—¿Qué has dicho? -preguntó Latham visiblemente emocionado.

—Que estoy deseando casarme contigo cuanto antes y convertirme en la señora Tavenner -repitió.

Latham la miró y sonrió rebosante de felicidad. Luego estrechó a Belvia entre sus brazos y ésta reposó la cabeza sobre su corazón, allí donde deseaba permanecer el resto de sus días.



JESSICA STEELE (Warwickshire, Inglaterra (1933) - es una popular escritora británica. Desde 1979 ha escrito más de 85 novelas románticas publicadas por *Mills & Boon*.

Fue una niña delicada, a los 14 años le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que abandonar los estudios, a los 16 años comenzó a trabajar y nunca regresó a la escuela a la que siempre ha echado de menos.

Peter, su marido,la ha apoyado en su trayectoria profesional y durante el periodo de aprendizaje (5 años según Jessica).

Es feliz escribiendo a mano,y tiene gran cantidad de plumas. Para documentarse y obtener información para sus obras ha viajado por todo el mundo.